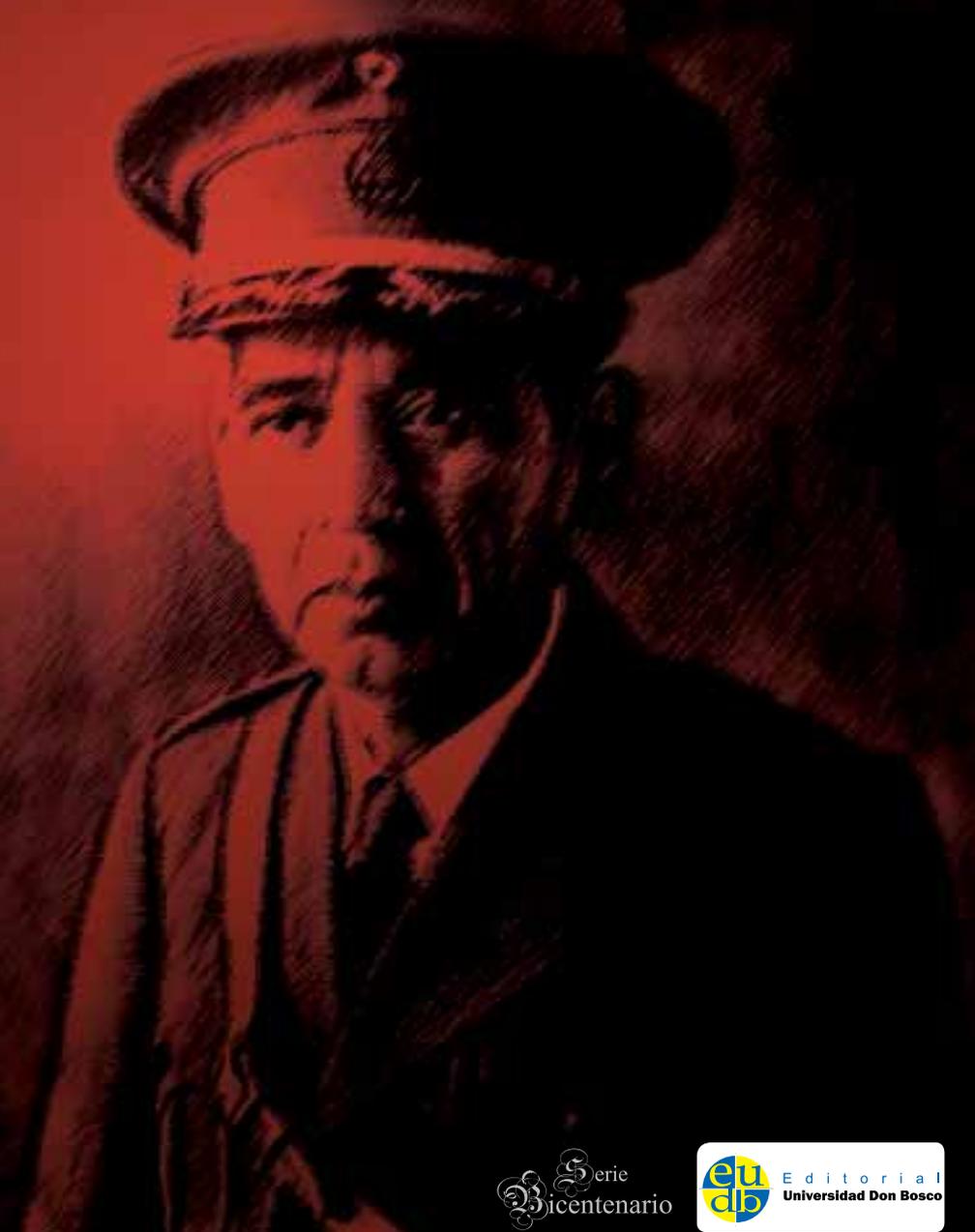


# POLÍTICA DE LA CULTURA DEL MARTINATO

RAFAEL LARA-MARTÍNEZ



Serie  
Bicentenario

 Editorial  
Universidad Don Bosco



Editorial Universidad Don Bosco

© 2011

© Lara Martínez, Rafael, primera edición 2011

Colección Investigación

Serie Bicentenario

Apartado Postal 1874, San Salvador, El Salvador

Diseño: Melissa Beatriz Méndez Moreno

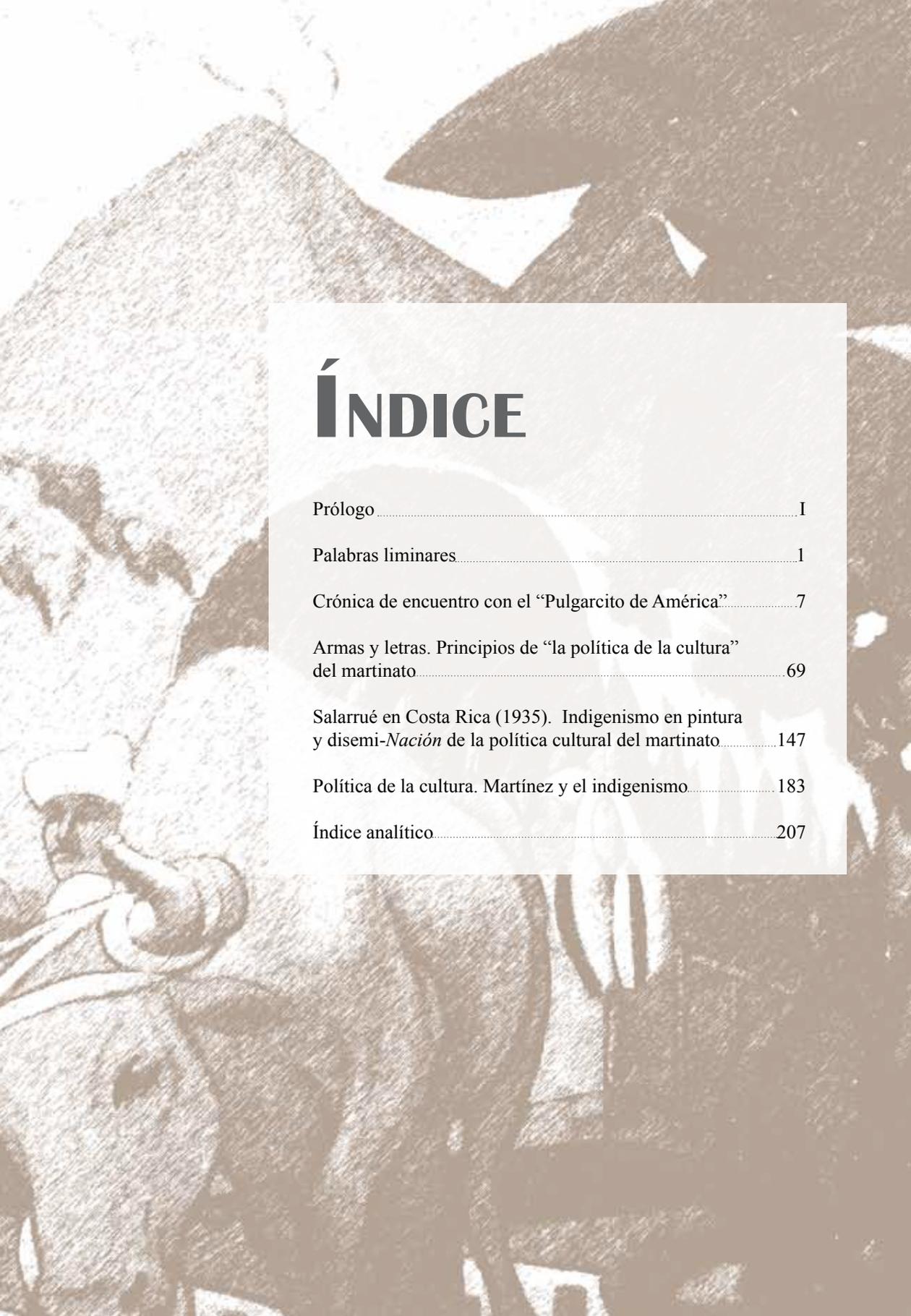
Hecho el depósito que marca la ley

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, electrónico o mecánico sin la autorización de la Editorial

**ISBN 978-99923-50-31-7**







# ÍNDICE

Prólogo.....	I
Palabras liminares.....	1
Crónica de encuentro con el “Pulgarcito de América”.....	7
Armas y letras. Principios de “la política de la cultura” del martinato.....	69
Salarrué en Costa Rica (1935). Indigenismo en pintura y disemi- <i>Nación</i> de la política cultural del martinato.....	147
Política de la cultura. Martínez y el indigenismo.....	183
Índice analítico.....	207



# **SOBRE POLÍTICA DE LA CULTURA DEL MARTINATO**

Luis Alvarenga  
Universidad Centroamericana (UCA), San Salvador

El largo período dictatorial del general Maximiliano Hernández Martínez (1931-1944) ha dado pie a numerosos ensayos de interpretación, sobre todo, en lo político. El trabajo que presenta hoy Rafael Lara Martínez propone aproximaciones novedosas al martinato desde una perspectiva cultural, que, sin lugar a dudas, puede ayudar a una comprensión de la complejidad de aspectos de la dictadura del general teósofo.

En la investigación de Rafael pueden verse las raíces intelectuales del martinato y de su política racial. Demuestra que no fue el producto de un puñado de militares de inclinaciones fascistas, sino de un complejo entramado social que tuvo también su expresión intelectual en la producción de la revista del Ateneo. De ahí que las leyes que prohibían el ingreso de extranjeros al país por motivos raciales no fuera un delirio de Hernández Martínez sino el resultado de un pensamiento fascista que ya se iba configurando con anterioridad. Mención especial también merecen los hallazgos del autor en cuanto a la tensión entre indigenismo y antiindigenismo en el martinato. Hay una coherencia interna entre el etnocidio del 32 y un indigenismo turístico, que se configura desde el poder y el cual sirve, por otra parte, para forjar una política de la cultura.

La perspectiva de análisis abierta en este libro sobre el martinato, permite ver las características de la modernización autoritaria en El Salvador. “Armas y letras” se llama uno de los capítulos, que también podría llamarse “Ilustración y balas”. La modernidad se impone en Latinoamérica mediante la modernización de una sociedad supuestamente atrasada (por factores raciales, como en *Civilización y barbarie* de Sarmiento) y amenazada por el fantasma del comunismo. Así, la acción providencial de una élite ilustrada coludida con un “hombre fuerte” como Martínez permitiría enderezar el rumbo de la barbarie a la civilización ilustrada mediante la represión y la “normalización” del indigenismo.



Los ensayos que conforman este libro unen dos aspectos: el arqueológico y el crítico. En lo tocante al aspecto arqueológico, el autor emprendió una acuciosa investigación en fuentes bibliográficas y hemerográficas del período, **lo cual no s lleva al aspecto crítico**: estos hallazgos posibilitan poner en duda, o al menos, matizar ciertas apreciaciones sobre los aspectos culturales del martinato.

Uno de los aspectos más interesantes y polémicos del libro es el aval de algunos intelectuales salvadoreños —con Salarrué a la cabeza— y latinoamericanos —como es el caso de Gabriela Mistral— a la política cultural del dictador. También lo es la determinación de la fuente bibliográfica de la que proviene la expresión “El Salvador, Pulgarcito de América” (Julio Enrique Ávila y no Gabriela Mistral).

En esta investigación se puede apreciar que las ideologías tienen muchos matices y que no se pueden delimitar esquematizadamente. Así como hay un antiimperialismo de izquierda, que es el que mueve a Farabundo Martí a unirse a la lucha de Sandino contra las tropas estadounidenses, también hay un antiimperialismo de derecha, el que motiva, según lo documenta Lara Martínez, a que los dos artífices de la represión del 32, Hernández Martínez y Tomás Calderón, expresen abiertamente su apoyo a Sandino.

Que las ideas y que los hechos admitan muchos matices, que la realidad sea multiforme y que se escape de las categorizaciones rígidas, es algo que se advierte en este volumen. Con seguridad, es ya una fuente importante de uno de los períodos más oscuros (y oscurecidos) de la historia de El Salvador.



# PALABRAS LIMINARES

Resulta sintomático de la manera en que se escribe la historia nacional salvadoreña, lo selectivo que suelen ser las fuentes documentales primarias. La historia se convierte en una materia flexible y maleable al antojo del presente, el cual la emplea para propósitos políticos en boga. Adaptar lo desconocido a lo familiar, el pretérito a lo actual, precisa al instante la verdad de lo dicho.

Interesa producir el asombro y la convicción que seduce al público lector u observador de imágenes. El cuadro íntegro del pasado se halla ante sí, sin ningún disfraz ni encubrimiento. Al evaluar esta adaptación importa lo arbitrario de las fuentes primarias que sirven a la recreación actual del pasado. *Lo normal* es hablar de un régimen ocultando la documentación primordial de su legado en el rubro de la política de la cultura.

El libro que el lector hojea entre las manos no pretende nada más que revelar una veta inexplorada de la historiografía salvadoreña, documentos oficiales de la presidencia del general Maximiliano Hernández Martínez (1931-1934, 1935-1944). Su ausencia en las investigaciones más avanzadas confiesan un síntoma expreso, el silencio adrede y voluntario, que rige la conciencia histórica actual. Se trata de un tribunal bastante injusto, ya que le niega la palabra al acusado.

Al respecto, existe un sano debate sobre la revuelta de 1932, sobre su organización y liderazgo, y sobre su represión. Pero esta afán por descubrir los movimientos sociales no se traslada aún hacia un rigor semejante en el estudio de la producción cultural, ni hacia el enlace entre el arte y la política. La historiografía sigue obrando como si la nacionalidad salvadoreña se recortara en dos extremidades sin comunicación.

A un lado, existe lo histórico —economía, sociedad y política— al otro, lo etéreo y hermoso, mito, arte y literatura. En la primera esfera viven los

“hombres públicos”; en la segunda, recluidos en su fantasía, los artistas. Entre el reino de este mundo y el del arte, no habría cabida a ningún enlace. Este terreno baldío se extiende tan amplio como un desierto despoblado por una razón muy sencilla.

Los estudios sobre 1932 y el martinato borran —reitero quizás adrede— las fuentes primarias del régimen, ante todo, las que describen el apoyo absoluto que recibe el general Martínez *de todos* los intelectuales salvadoreños a su proyecto cultural de nación. El cuadro en mural divide a un régimen militar y opresor de los intelectuales teósofos y alucinados en sus divagaciones imaginarias. Así, en un mismo gesto contradictorio se declara: “yo acuso al general de dictador, a la vez que defiendo su legado cultural para la reforma actual”.

No obstante, esta idea de escisión entre la política y el arte la niegan las revistas culturales de la época, al igual que la documentación primaria del régimen del general Martínez que el presente libro rescata del olvido. No existiría separación entre el arte y la política; habría consonancia absoluta entre lo *material* y lo *espiritual*.

El término que los unifica aparece en el *Boletín de la Biblioteca Nacional* en 1933: “política de la cultura”. Por esta noción que el presente envidiaría, el general Martínez recibe el apoyo incondicional de todos —absolutamente todos— los intelectuales salvadoreños, aún de la red intelectual masferreriana, e incluso de movimientos revolucionarios extranjeros, como el sandinismo.

Para hilar esta única red de intelectuales teósofos, sirva como ejemplo sencillo que el hermano de la mejor poetisa salvadoreña del siglo XX, Claudia Lars, el tocayo del general, Max. Brannon desempeña altos cargos políticos. Antes de toda afinidad de pensamiento teosófico, existen filiaciones familiares que al presente oculta. Luis Alfredo Cáceres Madrid, Miguel Ángel Espino, Francisco Gavidia, el Grupo Masferrer y la viuda del maestro, Claudia Lars, José Mejía Vides, Salarrué, etc. apoyan el quehacer estatal por fundar una cultura nacional basada en el rescate artístico del indigenismo.

A ellos se une el padre de César Augusto Sandino quien reconoce en el general

Martínez un artífice de la paz en Centro América. La paradoja que la actualidad elude es obvia y espinosa. Por un tiempo, Farabundo Martí lucha al lado de Sandino y luego se rebela contra el gobierno salvadoreño. Pero luego de 1932, su padre y sus seguidores que viven en El Salvador favorecen la propuesta nacionalista teosófica, indigenista y anti-comunista del martinato.

Lo mismo sucede con el pensamiento del único intelectual salvadoreño que denuncia la masacre de 1932, el de Alberto Masferrer. A la muerte del maestro, el año siguiente de 1933, su esposa recibe un estipendio oficial, se funda el Grupo Masferrer que desarrolla una agenda indigenista en música, danza y teatro, la cual refrenda la unidad cultural del régimen en vigor.

Sin este apoyo cultural sería incomprendible que el gobierno se mantuviera por tantos años. A la tesis de una represión sin precedente en 1932, el libro que el lector ojea añade el apoyo del arte y de la literatura indigenistas, de los círculos teosóficos, de los sandinistas y de los primeros masferrerianos al proyecto de “política de la cultura” que propone el martinato. La documentación primaria está debidamente citada para mostrar el testimonio histórico aún vigente.

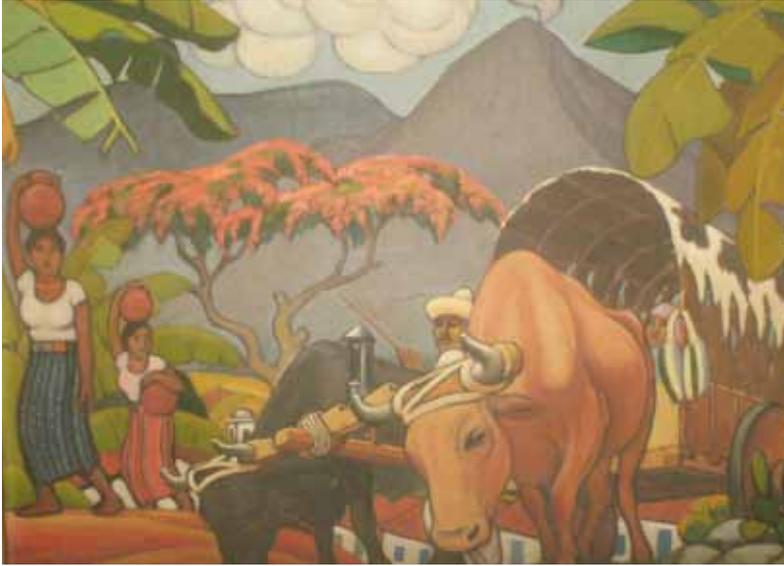
La resistencia a mi tesis —la reitero— es simple. “Denuncio la represión de 1932 y la dictadura del general Martínez, con el objetivo de eximir a quienes lo apoyan intelectualmente; ellos son los cimientos de la cultura del cambio actual: los intelectuales del martinato”. Este doble rostro —denuncia de un régimen; defensa de su cultura nacional— el presente lo vive como flagrante contradicción que oculta sus raíces históricas. La actualidad de la transformación social defiende la cultura indigenista, nacionalista y popular de un gobierno que acusa de dictatorial. En nombre de Goya (1776-1828), ¡viva el disparate! “Defiendo la cultura de Martínez sin Martínez” para que, en materia de política de la cultura, el cambio prometido de la izquierda sea la eterna repetición de lo mismo.



## **AGRADECIMIENTOS**

De nuevo agradezco la aprobación de la Universidad Don Bosco por publicar la presente obra, así como la labor artística de Melissa Beatriz Méndez Moreno en el diseño original del libro. Hasta la ciudad de San Salvador, a todos ellos les remito mis mejores reconocimientos para que las flores del nopal broten, en todo su colorido, en Comala y en el trópico montañoso. Que el agave milenario se alce en las colinas de Cuzcatlán y de Aztlán...

RLM, Desde Comala siempre...



Obsequio del pintor José Mejía Vides a su amigo y colega teósofo general Maximiliano Hernández Martínez



“La muñeca rota (1936)” de Salarrué (Obsequio del autor a su amigo y colega teósofo general Maximiliano Hernández Martínez)

# CRÓNICA DE ENCUENTRO CON EL “PULGARCITO DE AMÉRICA”

0. Obertura

I. Pregunta

II. Búsqueda

III. Hallazgo

IV. Paráfrasis final del manuscrito transferido de Cuzcatlán a Aztlán

V. Notas

VI. Lista de ilustraciones

VII. Anexos

VII. 1. “El Salvador” de Gabriela Mistral

VII. 2. “El Salvador, el Pulgarcito de América” de Julio Enrique Ávila

VII. 3. “El Pulgarcito de América”, juicio crítico de Alfonso María Landarech

VII. 4. “hôtel fraternité” de Hans Magnus Enzensberger

VII. 5. Carta de agradecimiento del padre de Sandino a Maximiliano Hernández Martínez

A Carlos Cañas Dinarte, en aprecio por su saber  
historiográfico y generosidad.

## O. OBERTURA

«Los escritores de la burguesía que han acuñado para El Salvador el ridículo término de “Pulgarcito de América” rehúsan hablar de problemas [sociales, por lo cual hay que “modificar” su imagen de marca, atribuírsela a una poeta “apócrifa” famosa, para desconcierto de mis críticos]». *El Salvador (monografía)* (1965: 15 (segundo párrafo), no aparece en la primera edición de 1963). Roque Dalton

**Palabras claves:** Julio Enrique Ávila, Roque Dalton, Gabriela Mistral, historiografía literaria de El Salvador, historia como conciencia y olvido.

**Resumen/Preámbulo:** Centenares de citas repiten que “...El Salvador, Pulgarcito de América...”, nombre literario del país, lo forja la primera latinoamericana en recibir el Premio Nobel de literatura, la chilena Gabriela Mistral (1889-1957). No obstante, ni siquiera los trabajos académicos restituyen el escrito completo que bautiza la nación centroamericana, la cual la poeta visita en septiembre/octubre de 1931. La fuente histórica privilegiada la constituye un libro en *collage* del salvadoreño Roque Dalton (1935-1975): *Historias prohibidas del Pulgarcito* (1974). Sin ensayo mistraliano original, a manera de crónica, el artículo reseña la búsqueda y el hallazgo del documento poético original que justifica tal sobrenombre: “El Salvador, Pulgarcito de América (1937-1939/9-1946)” de Julio Enrique Ávila (1892-1968). Como los eventos de 1932 que Mistral y sus anfitriones salvadoreños contemplan en silencio, la celebración actual del seudónimo literario del país deriva de una conciencia tardía que recrea los hechos desde la lejanía más discreta. Queda de lección que la historia disfraza los archivos olvidados y suplanta a los clásicos que los lectores modernos consideran verdaderos y auténticos. La propuesta exhuma originales soterrados por años que jamás afloran a falta de una historiografía literaria salvadoreña. Entre los documentos primarios la pesquisa recolecta la visita de Mistral a El Salvador, el papel central de Ávila durante la estadía de la chilena y anteriormente del mexicano José Vasconcelos (18/noviembre/1930), el giro hacia la derecha de posiciones juzgadas de izquierda (sandinismo, anti-

imperialismo e indigenismo) que no apoyan la revuelta de 1932, al igual que la confusión autorial que Dalton les hereda a críticos actuales.

**Keywords:** Julio Enrique Ávila, Gabriela Mistral, Roque Dalton, Salvadoran literary historiography, history as consciousness and oblivion.

**Abstract/Prologue:** Hundreds of quotes repeat that “...El Salvador, Tom Thumb of America...”, literary name of the Central American country, is coined by the first Latin American writer to receive the Nobel Prize of Literature, the Chilean Gabriela Mistral (1889-1957). Nonetheless, even academic and research publications obliterate to mention the original document in which she baptizes the country that she visits in September/October 1931. The historical source that justifies her authorship is found in a belated *collage* book written by the Salvadoran poet Roque Dalton (1935-1975): *Historias prohibidas del Pulgarcito* (Forbidden Stories of Tom Thumb, 1974). Lacking an original Mistralian essay, in the style of a chronicle, the article narrates the search and discovery of the original poetic document, which validates the epithet: “El Salvador, Pulgarcito de América (El Salvador, Tom Thumb of America, 1937-1938/9-1946)” by Julio Enrique Ávila (1892-1968). As the 1932 events that Mistral and her Salvadoran hosts observe in silence, the current celebration of the literary name of the country derives from a belated consciousness, which recreates facts from a discreet distance. It remains as a lesson that history falsifies forgotten archives and replaces classic authors that the modern naïf reader considers real and authentic. The proposal exhumes original documents buried for years due to a lack of Salvadoran literary historiography. Among the primary sources the research collects the visit of Mistral to El Salvador, the central role of Ávila during the stay of the Chilean poet and, before her arrival, of the Mexican José Vasconcelos (18 November 1930), the conservative turn of positions judged as radical politics (anti-imperialism, Sandinismo, and *indigenismo*) which do not support the 1932 revolt, as well as the authorial confusion that Dalton inherits to his current critics.

# I. PREGUNTA

La historia a narrar se inició con un correo electrónico inocente pero inquisidor. “¿Sabes cuál es el texto completo en el que aparece la frase de Gabriela Mistral “...El Salvador, Pulgarcito de América...”?” La pregunta me la dirigió la escritora salvadoreña Carmen González Huguet con quien solía intercambiar ideas con mediana frecuencia.

Confesaría que debí admitir mi ignorancia. Desconocía el texto de la poeta chilena, aun si había leído el artículo titulado “El Salvador” que publicó en el *Repertorio Americano* (véase: Ilustración I). (1) De este ensayo me sorprendía el silencio que guardaba Mistral sobre los eventos de 1932, al tiempo que se preocupaba por catar el café salvadoreño y compararlo al puertorriqueño. Presuponía que su visita al país del 19 de septiembre al 9 de octubre de 1931 en absoluto había marcado la conciencia social de la chilena. “Con lo cual no sé qué me place más entre mis tazas de cafés bebidas en tres meses de viaje por el reino del néctar negro”, concluían sus reflexiones salvadoreñas.



Ilustración I: “El Salvador” de Gabriela Mistral, *Repertorio Americano*

Me parecía que existía una extraña laguna de mutismo entre sus artículos de defensa a Sandino y la falta de referencia al genocidio que ocurrió al occidente de El Salvador en enero de 1932. (2) Sin embargo, esta reserva no se la atribuía a una decisión personal. Su discreción definía un espíritu de la época que la explicación en boga, la represión política, no cernía a cabalidad. Entre las “actividades literarias en el año de 1932” destacaban exaltación “de Sandino de [Gustavo] Alemán Bolaños” y la obra de “Roberto Suárez Fiallos *Los indios tienen corazón*” de tema indigenista. (3)

Para mi asombro, el apoyo al héroe de Las Segovias y al indigenismo significaban la oposición a la revuelta de enero de 1932. Esta coincidencia temporal exaltaba la “gran ofensiva [antiimperialista] mediante la cual [Sandino] espera alcanzar el triunfo de sus ideales patrióticos” a la vez que condenaba o, al menos, no apoyaba el levantamiento. (4) En suelo salvadoreño, el sandinismo se deslindaba de toda filiación política con 1932.

Mistral escribió sobre El Salvador desde Italia —confinada por el gobierno de Mussolini— pero publicaba con cierta libertad en Chile y Costa Rica. Su silencio lo compartía la mayoría de intelectuales centroamericanos de los treinta quienes tampoco denunciaron, ni siquiera anunciaron los eventos de 1932. Me cuestionaba si de algo valía reconstruir hechos *verdaderos* cuando los autores intelectuales que los vivieron los habían percibido desde una óptica ajena a la nuestra: defensa de Sandino - silencio de 1932. Había que proseguir la búsqueda, aun si «los del Sur [jamás] se acordarían de “los dos mil de Sandino”» que se levantaban en armas al occidente de El Salvador. (5)

El artículo del *Repertorio Americano* con temática salvadoreño me enseñaba que la historia no sólo consistía de hechos. Se formaba también de vacíos que una conciencia tardía intentaba colmar horrorizada desde la lejanía. En verdad, me repetía, si Mistral imaginó El Salvador como “Pulgarcito” esa referencia no aparecía escrita en su ensayo, como si una demora fuese característica de nuestra identidad. Había testimonios que perseguían mundos abolidos y difuntos desde la distancia.

## II. BÚSQUEDA

Mi primer recurso bibliográfico lo juzgaba doble. Acudí a la biblioteca de la Universidad de Nuevo México (UNM) a revisar los estantes enteros que contenían los libros de Roque Dalton, por una parte, y los de Gabriela Mistral, por la otra. Ordenados por países, los anaqueles de ambos autores se hallaban tan remotos como Centroamérica del Cono Sur.

Para mi sorpresa, descubrí que *Historias prohibidas del Pulgarcito* —libro que se iniciaba con la “cita” de la chilena— representaba uno de los libros más estudiados del autor salvadoreño. (6) Sin embargo, ninguna de las múltiples respuestas críticas de la obra roqueana se tomaba la molestia de rastrear la procedencia documental de la famosa frase. Les bastaba repetir la máxima en cuestión para asegurarle al lector instruido, pero ingenuo, que la chilena era su autora original. Acaso, llegué a la conclusión semanas después, más que críticos serían censores del dato primario que reseñaría hechos pretéritos. Este nuevo silencio alimentó aún más mi curiosidad. El título mismo de la obra más difundida de Dalton carecía de un referente historiográfico objetivo.

Con mayor ahínco hurgué los estantes que contenían la obra mistraliana. A falta de una recopilación completa en UNM, llevé a casa la *Antología mayor* de cuatro volúmenes. (7) Pero antes, hojeé minuciosamente la mayoría de biografías sobre la autora. Me percaté que casi ninguna reseña incluía referencias directas de su viaje a El Salvador, ni mucho menos de la famosa frase con la cual bautizó al país según Dalton.

Salvo un libro chileno de Virgilio Figueroa y otro puertorriqueño de Luis de Irrigoitia todos los demás ignoraban la presencia de la poeta laureada en el país. (8) Para la conciencia histórica y literaria chilena, El Salvador era un hecho insignificante y eludible. Su famoso bautismo que había calado tan hondo en el sentir nacional, en el Cono Sur quedaba en el silencio.

Al tiempo que ojeaba una de las bibliografías más exhaustiva de la autora, *Vida y obra* de la *Antología mayor* (1992), enviaba correos electrónicos a colegas

que habían escrito sobre *Historias prohibidas* aseverando que su pesquisa crítica los conducía a la maestra y poeta, aun si no citaban el documento original. Se me aseguró que pronto resolverían la duda al enviarme la fuente primaria, la cual todavía estoy a la espera de recibir luego de varios meses. Acaso se trataría de un nuevo silencio. Igualmente me sucedió con las fuentes de datos y fundaciones mistralianas que encontré en la red. Ninguna accedió a mi solicitud de información.

La revisión de la bibliografía de la poeta me produjo una nueva sorpresa. No había mención alguna del testimonio de Pulgarcito en sus ensayos sobre Centroamérica, ni en sus poemas que leía a vuelo de pájaro en busca del oro filosofal. Me percaté, sin embargo, que pese a la amistad que Mistral profesaba por Claudia Lars nunca había escrito nada sobre su obra, mientras honraba la de Salarrué en el mismo *Repertorio Americano* luego de su visita al país, y existía inédito en su archivo personal otro elogio crítico del cuentista salvadoreño. (9)

\*\*

Por fortuna, me disponía a visitar El Salvador por un par de semanas, tiempo suficiente para consultar los periódicos que de 1931 se conservaran en la Biblioteca Nacional y en la del Museo de Antropología. En la primera encontré el *Diario Del Salvador* (véase: Ilustración II), *El Tiempo*, *La Prensa* y *Diario Latino*, mientras en la segunda se hallaba *El Día*. (10) Aun si la presencia de Mistral aparecía en primera plana cada día de sus dos semanas de visita, no descubriría rastro de la famosa frase.

Al conversar con Manlio Argueta, Director de la Biblioteca Nacional, me sugirió que tal vez el flamante título del país expusiera un puro invento, semejante a la frase que el historiador Jorge Arias Gómez le atribuyó al legendario Farabundo Martí —“si la historia no puede escribirse con la pluma, se escribe con el rifle”— pero que nadie localizaba discurso ni documento original que la enmarcaran. De nuevo, intuía que una conciencia tardía sustituía hechos y decires pretéritos.



**Ilustración II:** “Gabriela Mistral”, *Diario Del Salvador*

La interminable búsqueda se prestaba a una incitante digresión que del flamante título “Pulgarcito” me conducía al silencio sobre la revuelta y matanza de 1932. Ambas temáticas surgían simultáneamente y se entrecruzaban en las fuentes. Transcribía cómo hacían eclosión las más variadas posiciones políticas de izquierda —anti-imperialismo, indigenismo y sandinismo— para conjugarse con su contrapartida de derecha.

Con dedos ennegrecidos y sucios, en los periódicos de 1931 encontré la vindicación que Mistral hacía de lo indígena. En los albores de 1932, su defensa indigenista la secundaban Francisco Gavidia, la Universidad Nacional, la Asociación de Estudiantes Universitarios y otros intelectuales que la recibían con honores (María de Baratta, Miguel Ángel Espino, Pedro Geoffroy Rivas, Gilberto González y Contreras, etc.), sin advertir que al mismo tiempo había alzamientos en comunidades al occidente del país y la Virgen del Adelantado incitaba a la revuelta. (11)

En la Universidad Nacional (27/septiembre/1931), el discurso “Origen indoamericano y sus derivados étnicos y sociales” lo aplaudieron autoridades gubernamentales, estudiantes y los mismos escritores que luego se convirtieron en portavoces de 1932. A los asistentes los convenció el proyecto mistraliano de revelar la mitad ignorada de nuestra “curiosa raza” que yacía oculta desde la conquista: la “indígena”. (12) “Velada[s] a la Mistral” —como “la ofrecida en la Escuela Froebel” que clausuraba con «“Sentimiento pipil” cantado por la señorita Josefina Interiano»— exponían el hondo compromiso del indigenismo salvadoreño cuyo “esencialismo” se prolongaría hacia octubre de 1932: “los indios son los dueños naturales de estas tierras” aún sin apelativo pulgar. (13)

Gobierno y Universidad mantenían políticas de rescate y promoción de la cultura de la región de los Izalco que se prolongarían por años en agendas intelectuales —“una patria donde el pobre indio irredento hasta hoy, (ob)tenga” un *Minimum vital* (Radiodifusora Nacional, 24/octubre/1933)— y en revistas oficiales. (14) Si la revuelta de 1932 no se reducía a su dimensión “étnica”, en crasa paradoja, el silencio estatal y el de los escritores vindicaba ese arraigo local en el occidente de un país sin topónimo poético. (15) Durante las dos semanas de la estadía de Mistral, el indigenismo en pleno lo explayaban poesía, prosa, baile, música y arte en su honor. La presencia activa de ese ideario se convertiría en política cultural de “lo nuestro” frente a toda ideología social extraña, tal cual el comunismo que se perfilaba en el occidente del país. (16)



**Ilustración III: José Vasconcelos, *Diario Del Salvador***

Hacia menos de un año (18/noviembre/1930), al exaltar al mexicano José Vasconcelos, el poeta y funcionario Julio Enrique Ávila había predicho que sólo un “espíritu eminentemente popular y democrático” podría “redimir al indio” e “impulsar el arte autóctono” por un saber pos-racionalista en el cual “conocer es más que inteligir” (véase: Ilustración III). (17) Esta redención cultural la pondría en marcha la labor conjunta de estudiantes, docentes y gobierno. Desde la “Radiodifusora Nacional” y “Universidad” (1933-1935), la agenda de “liberación de la mujer proletaria”, del “indio” y conversión del *Alma Mater* en “casa del pueblo, casa democrática” —abierta a “clases trabajadoras”— cobraría forma ideológica durante el martinato. (18)

Una suerte semejante, un giro hacia la derecha, correrían las enseñanzas anti-imperialistas de la Alianza Popular Revolucionaria (APRA), tras la breve presencia de Víctor Haya de la Torre (julio-septiembre/1928) y Esteban Pavletich en el país (julio/1928). (19) Tal cual lo declaraba el apoyo del costarricense Octavio Jiménez Alpízar al golpe de estado del General Maximiliano Hernández Martínez, este gesto enérgico pondría fin al “tutelaje del amo yanqui” en el futuro “Pulgarcito”. (20)

En aulas y círculos poéticos, se había colmado todo abismo de silencio mohoso que distanciaba el indigenismo universitario —conferencias sobre “folklore indígena de la región de Izalco”— de las regiones afectadas por los eventos a venir (1932). (21) No se percibía que hubiese lagunas de separación entre el intelectual y la sociedad en un país sin mote literario que respaldara su nombradía. El estudio de “las costumbres de nuestros aborígenes” demostraba que “la Universidad no debe ser aristocrática divorciada completamente del pueblo” motivando a que “los estudiantes se pregunten que han hecho por este sufrido pueblo salvadoreño”. (22)

Por este estrecho enlace oficial con el pueblo salvadoreño, para la conciencia literaria latinoamericana, “el mar” omnipresente de Sandino ardía en “sal como un grano pegado a la comisura”, mientras 1932 se ocultaba “tirado fuera del almad de la patria” grande. (23) El vendaval huracanado de esa fecha clave —“como “el Norte”, viento que sopla por ciudades, pueblos y cantones en diciembre, el movimiento se dispersó por la región en 1930 y 1931”— no conmovió la conciencia intelectual que presenciaba ese auge desmedido. (24) Las cadencias que visualizaban hechos no los calificarían de igual manera al situarse adyacentes a su vivencia, que al observarlos distantes en la extrañeza. Con desafecto objetivo, casi sólo la lejanía refería la hecatombe olvidando la manera en que sandinismo, anti-imperialismo e indigenismo latinoamericanos revertían su orientación política en suelo salvadoreño. Todas estas tendencias apoyaban al general Martínez.

La cita más cercana al canónico “Pulgarcito” rezaba “en El Salvador se ha hecho en un mínimo de territorio un maximum de trabajo”, aun si no figuraba “entre los países pequeños, pero *musculados*”. (25) No obstante, la mayoría de personas que consultaba me aseguraba la autoría de la chilena remitiéndome a

fuentes dispares que rebuscaba con mayor ahínco y leía infructuosamente. De nuevo, ya sonaba a estribillo sin sentido, se me imponía el silencio o, acaso, la conciencia tardía de la experiencia que la poeta laureada y sus anfitriones habían vivido en el país. Hacía constar una distancia entre vivencia y palabra.

\*\*\*

También en San Salvador, conseguí el artículo que Claudia Lars escribió sobre su amistad con Mistral. (26) Su elogio de la poeta sureña reiteraba el silencio de la tan citada frase. La contextura plástica que a Lars le impresionaba de la chilena cayó en olvido de la conciencia histórica nacional. “*Estampas de piedra y fuego*, llamó a estas breves páginas que tienen pequeños rincones húmedos y aromados: los cafetales. Nadie hasta hoy, entre nosotros, ha ofrecido en el campo de las letras algo más vivo y hermosamente terrible sobre nuestro reino de Plutón”, concluía la reseña larsiana.

De nuevo, vislumbraba desfases entre la percepción de quienes conocieron a Mistral —historia como vivencia— y nuestra conciencia tardía, historia como reconstrucción. La sublime “sensibilidad del paisaje” no establecía vínculo alguno entre “el derecho [indígena] a un suelo que es suyo por ley natural” y los eventos de 1932 acaecidos en “el pequeño país [...] labrado como una joya por sus volcanes [en] Génesis continuado y que no se cierra [por el permanente] reino del fuego”. (27) En la chilena y su generación, el adagio pulgar también se revestía de ausencia.

“*Su ideal de democracia con libertad, es decir, su ideal anti-comunista*” modulaba todo juicio mistraliano y el del círculo salvadoreño que la recibió con gala. (28) A diferencia de la propuesta para “el pueblo araucano” nadie entreveía el enlace entre “este año de 1932, cuando mis discos me lo [= acento araucano] han traído a Europa a conmovirme [...] de remordimiento” y “el despojo [izalqueño] de su tierra”. (29) Entre quienes acogieron a Mistral con honores tampoco aparecía la máxima canónica. La desconocían o les resultaba irrelevante.

Anteriormente, por una antología chilena, un escrito de Trigueros de León me había advertido que los poetas que presenciaron la llegada de Mistral al país

ignoraban el sobrenombre literario de El Salvador, a la vez que se conmovían ante “la plasticidad” de su prosa como una de “las más originales de América”. (30) Al igual que en Lars, posiciones que al presente calificaríamos de silencio —eventos acallados de 1932 en Mistral— nuestros antecesores las elogiaban como verdadera revelación y hallazgo. “El Salvador debe agradecerle a quien supo descubrir sus más apretados secretos”. (31)

El sufrimiento martirial de la poeta —“Cristo de carnes desgajadas y hendidas”— superaba toda tragedia local que jamás emergía en la elipsis poética de una generación. (32) Esta misma vena sacrificial —de exclusivo corte individual y lírico— la exponía Alicia Lardé de Venturino en su poema “A Gabriela Mistral” sin referencia alguna a lo político: “mujer divina del corazón sangrante”. (33) Todos ellos plasmaban exigencias de una época que aún no cernimos a cabalidad: una cristología poética.

El lapso entre juicio pretérito y presente no podría ser más vasto ni flagrante, ya que el pasado y la actualidad se definirían por sensibilidades en riña. Si nuestros antecesores exigían fundar una geografía poética como cimiento de la literatura nacional, al presente sólo nos interesaría la política. Quizás obtendríamos mayor conciencia social, pero se extraviaría toda relación ecológica, mito-poética con el mundo. Según actitudes clásicas, la conciencia social contemporánea carecería de una subjetividad lírica, ya que imaginaba una historia sin espacio-tiempo. El siglo XXI “pasa inadvertido ante la majestuosidad de nuestros volcanes, ante la belleza de nuestros lagos y ante la diafanidad de nuestro suelo”, me enseñó un libro que posteriormente confirmaría mi sospecha sobre la falta de autoría mistraliana. (34)

En su “apatía por lo nuestro”, sólo un orgullo posmoderno argumentaría entender hechos que antecesores ignoraron. Quizás...

### III. HALLAZGO

Al cabo, la persona que me condujo al hallazgo definitivo fue Carlos Cañas Dinarte, a quien tuve la oportunidad de visitar la noche anterior de mi regreso a Aztlán. Hablamos de temas diversos —él se interesaba en mapas antiguos; yo, en otro silencio, literatura náhuat— mientras compartíamos un café espeso

y aromático, no muy distinto del que saboreaba Mistral al concluir su escrito sobre El Salvador.

Si este deleite había fascinado al primer Premio Nobel latinoamericano de literatura, simple escribano en pena de Comala, yo podía permitirme también momentos similares de júbilo ante el “néctar negro”. Su “intensidad viril” y “excitación femenina” infundían experiencias de “las finas oscuridades de lo bajo, donde ramilletes” de historia olvidada “rojea[ba]n” sin que nadie se percatara de “su ardentía confesada en el verde austero”. (35)

Cañas Dinarte me aseguró tener copia del documento original con la frase canónica, repetida hasta el cansancio “bajo la desinteligencia de Centro América”. (36) La letanía no le correspondía a Mistral sino a un poeta e intelectual salvadoreño olvidado de la primera mitad del siglo veinte: Julio Enrique Ávila (1892-1968), la misma persona que había recibido a Mistral y Vasconcelos en la Universidad Nacional en su exaltación conjunta del indigenismo.

De ser así, Dalton demostraba su amplio conocimiento de la historiografía literaria nacional, a la vez que confesaba que un libre arbitrio antojadizo guiaba su reescritura de la historia oficial. Había que tergiversar clásicos, ante todo, los de “la América casi doméstica, que es la Central”. (37) O, quedaría abierta otra hipótesis, Dalton recibió la máxima de rumores públicos, anteriores a él, sin mayor rigor historiográfico.

No lo sabía a ciencia cierta, pero un juicio roqueano indirecto levantaba toda sospecha. (38) El poeta comprometido percibía a su antecesor como “burgués”, como aquel “burgués” cuya agenda poética había introducido el vanguardismo (1913), a la chilena Mistral en la Universidad Nacional (1931), y cuyo ideario político había presentado a Vasconcelos y el indigenismo mexicano (1930), todo ello en pleno suelo salvadoreño. A lo mejor, Dalton intuyó la manera en que por magia de transmutaciones antes referida, su antecesor y allegados habían convertido posiciones radicales de izquierda —sandinismo, anti-imperialismo e indigenismo— en defensa nacionalista contra 1932. Este sentimiento de seguro lo corroía sin cese.

Al día siguiente, lo primero que hice al llegar a casa fue consultar las historiografías canónicas de la literatura salvadoreña que tenía a mano. Todas anotaban la existencia de un corto escrito intitulado “El Pulgarcito de América” —más correctamente, “El Salvador, Pulgarcito de América”— pero no asentaban fecha exacta de edición ni mencionaban la fuente en la cual aparecía publicado. He aquí lo que referían sobre el autor y su obra del “trópico” como “medida cabal de la riqueza terrestre” siempre soterrada. (39)

“Hubo un Adelantado. Ya en Francia había tomado alientos el cubismo [...] en avance de vanguardia [...] Julio Enrique Ávila lo hacía aquí [...] destrozó métricas y matrices [...] así empieza en El Salvador la Vanguardia en el año de 1913”. (40)

“Si no pudo liberarse Julio Enrique Ávila (N 1892) de la consonancia, fue uno de los primeros que en América elaboraron poesía amétrica, haciendo de lado la estructura modernista [...] *El Pulgarcito de América*, su patria, condensación de afecto y realidad [...] si Ávila es el precursor Geoffroy Rivas es quien planta la acción vanguardista en forma, contenido, y con una dirección”. (41)



**Ilustración IV:** “Julio Enrique Ávila”, Hoja. Publicaciones de la Asociación “Amigos de la Cultura”

“Julio Enrique Ávila [...] *El Pulgarcito de América*”. (42)

“Julio Enrique Ávila (1892-1968) [...] “El Pulgarcito de América” (opúsculo patriótico)”. (43)

Las cuatro fuentes verificaban la sospecha que Cañas Dinarte me había insinuado, la misma que intuía Argueta sin conocimiento de causa, pero con instinto de escritor. Resultaba imposible demostrar la autoría de Mistral con documentos primarios. O de encontrar una obra de la chilena, la vanguardia de Ávila ofrecería una intermediación nacional olvidada, pero ineludible.

Por casualidad, días después encontré una referencia más cercana al círculo poético en el cual se movía Dalton. *En Hoja*, publicación de la propia generación comprometida, Italo López Vallecillos remataba el indicio de una autoría irreconocida. La persona que inventó el apelativo de su generación le rendía “homenaje a Julio Enrique Ávila”, con quien “una larga amistad espiritual me une” por su precoz vanguardismo poético (véase: Ilustración IV). (44)

En su *Suplemento*, esta misma revista transcribía una carta personal de Otto René Castillo a Roque Dalton (24 y 21) y una vindicación de Aquino escrita por Jorge Arias Gómez (1-11). Si “con el versolibrismo de Julio Enrique Ávila se inicia[ba]n en El Salvador las distintas modalidades de las escuelas de vanguardia”, acaso este reconocimiento generalizado causaba un hondo escozor —¿angustia de influencia?— en quienes tardíamente se reclamarían de tal tendencia. (45) Paulatinamente, se levantaba la sospecha que Dalton desconociera la obra de Ávila (véase: Ilustración V).

\*\*

La crítica actual, esfera académica que en EEUU se llamaba estudios culturales, operaba como historia sin historiografía. Los antropólogos rematarían arguyendo que los estudios culturales se definirían como antropología sin trabajo de campo. No había búsqueda del dato pretérito directo ni vivencia de los hechos.

En cambio, la investigación crítica censuraba toda pesquisa del documento primario para sustituir el pasado por la ilusión política del presente. Tal cual lo prescribía Salarrué, “el inmenso número de errores [históricos] existentes bastan para comprender la necesidad de una rectificación seria que [no la modificarían sólo teorías en boga sino] la formación” de una historia fundada en el campo y archivos nacionales. (46)



**Ilustración V:** “A Roque Dalton”, Hoja. Publicaciones de la Asociación “Amigos de la Cultura”

Por años, todos repetíamos —debía incluirme en el error— una autoría única equivocada y confundíamos canjes arbitrarios, ficciones deliberadas, con hechos reales. Esta ausencia murmuraba un “tropicalismo literario” como “palabra que hemos manchado” a falta de rigor historiográfico. (47) En su embrollo se mezclaba el panegírico —“el cielo tropical [que] es absoluto, de un absoluto teológico”— con la crítica cultural. (48)

\*\*\*

Posteriormente, en uno de esos ratos de ocio en que solía aburrirme en la oficina, revisé un tomo de *Cypactly. Revista de Variedades* que dirigía Carlos Martínez Molina con una asiduidad bastante extraña para la historia cultural del país (1931-1952). En el número ciento cuarenta (140), correspondiente al noveno año (IX) de su publicación, se me volvió a deparar la sorpresa del hallazgo (“Agosto 25 de 1939”). El escrito de Ávila databa de siete años antes de la versión que aparecía en la revista *Centro América Ilustrada*, a la vez que el ensayo demostraba su presencia reiterada en publicaciones nacionales. En esta revista, en su “Loa a Gabriela Mistral”, el mismo Ávila en absoluto aludía a la frase canónica de su propia factura. “Tú [quien] no rehúyes los maderos para tu crucifixión, por luminosos, por dulces” siempre desconocerás lo que, en su compromiso, el futuro inventará de “tí”. (49)

La historia literaria salvadoreña ofrecía al menos dos referencias explícitas a la frase canónica cuyo verdadero autor yacía en el máximo olvido. En un país “mestizo”, anticipando “voz de los sin voz”, la publicación del opúsculo en *Cypactly* se acompañaba de una ilustración que retrataba a una mujer con rasgos africanos bastante definidos, como si la invención del seudónimo poético nacional presupusiera exaltar etnias acalladas desde entonces (véase: ilustración VI y VII). Juzgaba de una osadía asombrosa exaltar lo africano en un país que a esa etnia le negaba su existencia. Los primeros números de esta revista me confirmaban que, durante su visita al país, Mistral ignoraba el término consagrado que el futuro le atribuiría. La reseña de su breve estadía en absoluto refería el famoso epígrafe de *Historias prohibidas*. (50)

Me bastó seguir desempolvando libros en mi desordenada biblioteca para advertir que el escrito de Ávila se había reproducido por años hasta el cansancio. Hojeaba la novena (IX) edición de *Lecturas nacionales de El Salvador* de Saúl Flores, la cual se iniciaba con el texto olvidado. (51) Como cuentista y “poeta lírico” influyente, Ávila aparecía también en *Antología del cuento centroamericano* de Hugo Lindo (Ed.) y *Cuzcatlán. Libro de lecturas nacionales* de Francisco Espinosa (Ed.), quien lo consideraba uno de “los poetas de mayor nombradía”. (52)



**Ilustración VI:** “El Salvador, Pulgarcito de América” de Julio Enrique Ávila, *Cypactly*.  
*Revista de Variedades*

Al ignorar las reiteradas ediciones de la antología de Flores, se repudiaba el saber elemental que cualquier estudiante salvadoreño de secundaria poseía de la literatura nacional hacia mediados del siglo XX. Por desgracia, mucho más hemos olvidado y ansiamos olvidar en nombre de una memoria que siempre lleva a cuestras y oculto a su antónimo complementario, el olvido.

Sea que lo acuñara Ávila o Mistral, ya no me quedaba duda que el primero había popularizado el término en la conciencia literaria nacional de la primera mitad del siglo pasado. En aquel “sentimiento nacional” regionalista que la vanguardia comprometida extirparía para acceder a la (pos)modernidad revolucionaria, la difusión escolar de la frase canónica inculcaba “un panorama de nuestro suelo” que jamás agotaría una historia abstraída de su entorno geográfico. La historia se alzaba entre el olvido y la tachadura.

Semanas después llegó a mis manos una lectura fulminante que me causó escalofrío. A uno de los primeros críticos de la literatura del istmo, Alfonso María Landarech, lo desdeñaba la práctica reciente de los estudios culturales centroamericanos. (53) A quien Dalton mismo honraba como profesor insigne en sus años mozos, incluía un extenso capítulo dedicado a Ávila. (54) A veinte años que Landarech declarase “¿y quién no conoce aquí a Julio Enrique? Figura prócer [...] poeta de verso amplio, muy alegórico y original”, en sentido católico-marxiano, Dalton confesaba “acepto que mi poesía no es ya la de antes, la que gustaba tanto al Padre Landarech. El bueno de Tapón insistía en convencer a todo el mundo de que su querida oveja negra era el poeta lírico más importante de la literatura nacional. Esto le ganó el odio de Hugo Lindo y de otros poetas católicos”. (55)

Por siempre dudaría que Dalton desconociera el sentir estético de su propio profesor, quien apuntaba como “próximo a publicarse: El Pulgarcito de América” de Ávila e incluía una larga página que transcribí en los anexos como juicio de la obra en cuestión. (56) Sin embargo, esta ignorancia de los predecesores directos de Dalton caracterizaba la crítica de su obra a casi treinta y cinco años de su trágica muerte. Habríamos de olvidar lo que en el pasado “ha hecho época” para afirmarnos en un presente original y posmoderno.

El verdadero sentido de este olvido me llegó directamente de Santa Ana. Desde esos cafetales inverosímiles en páramos templados, fieles a la causa, antiguos alumnos me aconsejaban consultar *Estudios históricos*. (57) En epígrafe, el prólogo de Manuel Castro Ramírez anunciaba que “todos nacimos medio muertos” no sólo “en 1932. (58) Este fallecimiento nacional se repetía décadas después por el desdén de toda historiografía. “Los pueblos se enlazan con la muerte el día en que se divorcian de su historia” e ignoran a sus antecesores literarios primarios. (59)

en  
ha gigante; y  
sparrastique,  
parece abrida-  
das, como en  
Por los cuas  
y en el cen-  
todo se alzó

no hormigas,  
poco a poco,  
les; y cuando  
y suntuosas,  
sacudió la  
de barajas  
caprichoso,  
na, todos por  
didos por los  
re fué tenaz,  
e los escomar-  
ares, la vida  
rosas; y a los  
resplandeció  
fué larga su  
igü de nuevo  
fué arrasada.  
ica, increíble,  
an desafiado  
el punto, que  
aneras en las  
án en turia.  
ajetreo, la  
parte, parece  
ue epiléptico.  
las, alturas y  
de un vergel,  
árido pedre-

# EL SALVADOR, PULGARCITO DE AMÉRICA

Por JULIO ENRIQUE AVILA

ficado con su yunta de bueyes, con-  
fundido entre la tierra parda, arro-  
jando su semilla y recogiendo su  
cosecha.

Y si los hombres son fuertes,  
rocos y pacientes a la par, la mujer  
es admirable, sencillamente admi-  
rable. En las madrugadas, apenas  
Venus, el lucero grande, el nixta-  
malero, los despierta, el hombre se  
levanta hacia la tina de agua serena-  
da, sumerge en ella su cabeza  
todavía soñolienta, y la sacude ya  
fresca, como un árbol cuajado de  
rocío. Luego va en busca de los  
bueyes, pone en sus hocicos húme-  
dos dos manojos de zacate y retorna  
al hogar. En la choza, la mujer,  
diligente, ha encendido el brasero,  
echa las primeras tortillas y prepa-  
ra los frijoles fritos y el café estí-  
mulante y oloroso. Al mediodía,  
cuando el sol calcinante y la dura

tarea han agobiado las espaldas del  
peón, cuando la sed abrasa y el hambre  
apremia, como una samaritana,  
surge en lontananza la mujer, con  
el cántaro humilde y el agua fresca.

Y en las tardes, al retorno, tras  
las voradas encendidas de crepú-  
culo, bajo el parpadeo de las prime-  
ras estrellas, chisporrotea el hogar  
y la cena espera, lista y sabrosa.

Mujer cristiana, humilde y abne-  
gada hasta el sacrificio, cuando el  
hombre no trabaja, ella, varonilmen-  
te, saca la tarra y prepara la comida  
y, además, da hijos para la tierra.

En las alturas, las montañas se  
cubrieron de cafetales, la mayor  
riqueza del país. ¡Y es de ver la  
maravilla de un cafetal en flor!  
¿Habéis visto alguna vez campos  
nevados en primavera, bajo el sol?  
¿Y habéis conocido nevadas que  
aroman hasta la embriaguez? Pues  
eso es un cafetal en flor. Y en las  
épocas del frío, bajo las vientos de  
diciembre, los cafetales son des-

la hi  
este diminuto  
de sores forma  
Patria que de  
de vida, desde  
Independencia  
por dos virtud  
Invencible por  
do, una prote  
favor de los pu  
estos dos asp  
toda su histori  
hasta nuestros

En la conc  
de Cuzcatlán  
fué herido y  
vez el valient  
de Alvarado; y  
Atlatcátl, muñ  
montañas sin-  
ladori; y fué u  
doreño, José  
logró en la A  
redención de  
hasta hoy.

Sin embarg  
guerrero. Am  
no tiene camp  
colores; el az  
retazo de tele  
amor. Blanco  
nieve de las  
alma. Por es  
acogedora y l

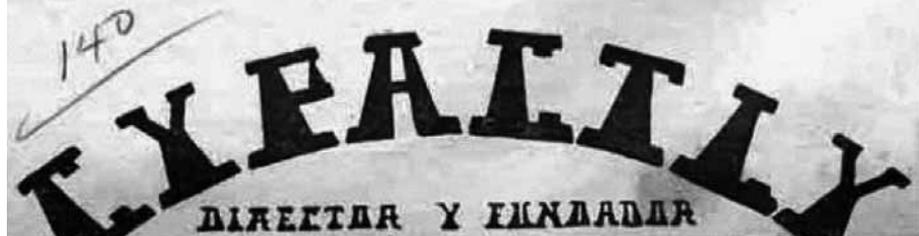


Ilustración VII: “El Salvador, Pulgarcito de América” de Julio Enrique Ávila, *Cypactly*.  
*Revista de Variedades*.

Luego de reseñar “origen de la Universidad”, al igual que de valorar la independencia patria y sus próceres, la recopilación concluía con “El Salvador, Pulgarcito de América” de Julio Enrique Ávila. (60) Su omisión actual la anticipaba el mismo Castro Ramírez al afirmar que “El Salvador [...] ha carecido de una verdadera obra histórica [...] inspirada en el sentido de la crítica [ya que] sin documentos y sin tradición no puede surgir la historia” (61) No sería exceso de rigor reclamar “que hagamos historia con documentos” más que con “arte imaginativo”, aun si la actualidad se negara a esa labor historiográfica de recolección del pasado. (62) Se juzgaba pretérito por presente

y la bibliografía nacional de la primera mitad del siglo veinte quedaría oculta para que la fantasía reemplazara el análisis. Seguiríamos por años “enlazados con la muerte”...

Fueron meses después que creí encontrar la publicación más temprana del escrito de Ávila. Directamente de la Biblioteca del Congreso recibí los primeros cinco años de una publicación esencial de la presidencia del general Maximiliano Hernández Martínez: *La República. Suplemento del Diario Oficial* (1932-1937). Me pareció verdadera ficción que la documentación directa del régimen se hallara ausente de casi todos los libros de historia que enjuiciaban su mandato.

Ni siquiera los trabajos más acabados sobre el crimen primordial que se le atribuía a su régimen —la matanza o etnocidio de enero de 1932 en el occidente del país— se atrevían a explorar los expedientes primarios del implicado. (63) Si esa hecatombe el presente la juzgaba como “alzamiento en la oscuridad”, ¡cuánto más lóbrego calificaría ocultar ese protocolo oficial! En ese archivo del martinato —velado por la historia actual— no sólo se transcribía el escrito de Ávila sino también se implicaba a todos los intelectuales salvadoreños por su colaboración inmediata con el régimen luego de la masacre. (64)

Para forjar una “política de la cultura”, la asistencia que Martínez recibió de escritores consagrados como Salarrué, los seguidores de Alberto Masferrer, de pintores clásicos como Luis Alfredo Cáceres Madrid y José Mejía Vides, de grupos teosóficos, e incluso del padre de César Augusto Sandino y de los grupos anti-imperialistas asentados en la capital mexicana, deberá permanecer silenciada por años. En su presunta originalidad, la exigencia cultural de la “*izquierda*” salvadoreña del siglo XXI se arraigaría en contenidos indigenistas y artísticos del mismo régimen político del cual anhelaría desprenderse y criticar. (65)

\*\*\*\*

Los libros, aun los reportes políticos son la ficción [para] tender[le] trampas verbales al interlocutor [, lector y crítico]. RD (66)

Argumentaría que existía en Dalton una clara conciencia que hacía de la historia ficción. Por juego borgeano de espejos, los antónimos se intercambiarían volcando los hechos en las invenciones y viceversa. Los opuestos se diluían en una totalidad narrativa cuyo encanto y seducción sobrepasaban cualquier exigencia de adecuación a la realidad. He aquí citada la obligación roqueana de alterar documentos originales por espurios en aras de su objetivo último. El diseño político y poético del autor dictaba la concordancia entre archivo y hecho.

“Los textos reproducidos a lo largo del libro han sido extraídos de las siguientes fuentes [...] fuera de los textos y poemas originales tres han sido modificados para lograr los efectos perseguidos por el autor y dos textos aparentemente extraídos de otras publicaciones son apócrifos, escritos también originalmente por el autor. Corresponde al lector descubrirlos”. (67)

Hasta el momento, no existían hipótesis válidas que identificaran los cinco textos falsificados que el autor mismo señalaba como tarea inmediata de un lector con mirada aguda, ni tampoco abundaban los estudios que revelasen cada una de las fuentes historiográficas *reales* que componían el *collage* de *Historias prohibidas* en su conjunto. Ante estos nuevos silencios se me imponía “descubrir” originales sin alteraciones arbitrarias para reclamar autorías que el mismo Dalton sugería rastrear al final de su “Pulgarcito”. Sus lectores contemporáneos nos negábamos a indagarlas, pensando que teorías críticas y culturales reemplazarían exigencias historiográficas.

Pero “el intelectual —el verdadero intelectual, porque el otro es un farsante debe oponerse a los prejuicios, a los dogmatismos, vengan estos de la izquierda o de la derecha [...] el intelectual que necesitamos en Centro América es aquel que no renuncia a la obligación permanente de pensar y producir ideas [...] es por naturaleza un inconforme [...] porque viviendo en un mundo en crisis, debe tratar de resolver [los mitos y] problemas de la sociedad en que vive”. (68) Así juzgaba la generación comprometida su difícil labor de crítica ante un medio social que mitificaba la historia y acallaba hechos. De igual manera, juzgaba mi quehacer al presente.

Para revertir el silencio en boga, el lector encontrará en los “Anexos” el texto original de Julio Enrique Ávila titulado “El Salvador, Pulgarcito de América” publicado en 1938/9 y 1946 (véase: Ilustración VIII). Asimismo se reproduce un poema del escritor alemán Hans Magnus Enzensberger intitulado “hotel fraternité” (1972), el cual ofrece idéntica estructura que el reconocido “Poema de amor”. Su versión española la elabora un colega cubano de Dalton, Heberto Padilla, a quien en su “conferencia de prensa” “Roberto” considera «“uno de los cuatro grandes” de la poesía cubana» (69). También los anexos incluyen la carta de apoyo que el padre de Sandino le escribió al general Martínez.

Si el primer texto aclara la autoría del título —salvo que algún estudioso rescate un documento soterrado de Mistral— el segundo revela la manera en que un poema celebrado por definir “lo nuestro” proviene de una reescritura de lo ajeno; deriva de una “poesía” para quienes “no leen “poesía”. Las referencias declararían homenajes encubiertos a autores sin nombre en la bibliografía de la obra roqueana. Siempre se trabajaría en silencio; pero el silencio previo sobre la historia social lo reemplazaría el ocultamiento actual de la historiografía literaria. La mayor sorpresa me al deparaba el apoyo sandinista al martinato.

A la semejanza formal de los poemas de Enzensberger y Dalton, se agregaría la analogía en el diseño liberador del autor de *Historias prohibidas* con su antecesor acallado, doblemente borrado: ~~Julio Enrique Ávila~~ = Gabriela Mistral. De conocer el escrito “burgués”, Dalton no sólo calcó el título y tachó el nombre del verdadero ensayista, poeta conservador, defensor indirecto de regímenes que él mismo impugnaba. A la vez, el esquema libertador global de la obra lo encontraba esbozado en ciernes en Ávila: “amor invencible por su libertad”. Ávila sugería un “clima de efusión” y “abundancia” que situaba “la soberana naturaleza de América al [centro] de nuestra literatura”, según la exigencia mistraliana. (70)

La derecha e izquierda políticas no se distinguirían por su objetivo explícito último, como por los medios que utilizarían para lograrlo. En Ávila se trataba de los gobiernos civiles y luego militares de la primera mitad del siglo XX, con afanes de democracia electoral; en Dalton, de la lealtad al Partido Comunista Salvadoreño, primero, y a la guerra de guerrillas, en seguida.



## EL SALVADOR, Pulgarcito de Am

El Salvador es el más chico de los países de América Central. Su territorio es muy pequeño, comparado al que cubren los de los otros países de la América Central. Su extensión superficial es de 21,260 kilómetros cuadrados, que son unos pocos kilómetros más que la extensión superficial de los Estados Unidos. Su población es de unos 1,500,000 habitantes, que son unos pocos millones más que la población de los Estados Unidos. Su economía es muy débil, y su industria es muy pobre. Su agricultura es muy débil, y su ganadería es muy pobre. Su comercio es muy débil, y su industria es muy pobre. Su economía es muy débil, y su industria es muy pobre. Su agricultura es muy débil, y su ganadería es muy pobre. Su comercio es muy débil, y su industria es muy pobre.



Julio Enrique Ávila (autor del artículo)

El Salvador es el más chico de los países de América Central. Su territorio es muy pequeño, comparado al que cubren los de los otros países de la América Central. Su extensión superficial es de 21,260 kilómetros cuadrados, que son unos pocos kilómetros más que la extensión superficial de los Estados Unidos. Su población es de unos 1,500,000 habitantes, que son unos pocos millones más que la población de los Estados Unidos. Su economía es muy débil, y su industria es muy pobre. Su agricultura es muy débil, y su ganadería es muy pobre. Su comercio es muy débil, y su industria es muy pobre.

El Salvador es el más chico de los países de América Central. Su territorio es muy pequeño, comparado al que cubren los de los otros países de la América Central. Su extensión superficial es de 21,260 kilómetros cuadrados, que son unos pocos kilómetros más que la extensión superficial de los Estados Unidos. Su población es de unos 1,500,000 habitantes, que son unos pocos millones más que la población de los Estados Unidos. Su economía es muy débil, y su industria es muy pobre. Su agricultura es muy débil, y su ganadería es muy pobre. Su comercio es muy débil, y su industria es muy pobre.

El Salvador es el más chico de los países de América Central. Su territorio es muy pequeño, comparado al que cubren los de los otros países de la América Central. Su extensión superficial es de 21,260 kilómetros cuadrados, que son unos pocos kilómetros más que la extensión superficial de los Estados Unidos. Su población es de unos 1,500,000 habitantes, que son unos pocos millones más que la población de los Estados Unidos. Su economía es muy débil, y su industria es muy pobre. Su agricultura es muy débil, y su ganadería es muy pobre. Su comercio es muy débil, y su industria es muy pobre.

El Salvador es el más chico de los países de América Central. Su territorio es muy pequeño, comparado al que cubren los de los otros países de la América Central. Su extensión superficial es de 21,260 kilómetros cuadrados, que son unos pocos kilómetros más que la extensión superficial de los Estados Unidos. Su población es de unos 1,500,000 habitantes, que son unos pocos millones más que la población de los Estados Unidos. Su economía es muy débil, y su industria es muy pobre. Su agricultura es muy débil, y su ganadería es muy pobre. Su comercio es muy débil, y su industria es muy pobre.

El Salvador es el más chico de los países de América Central. Su territorio es muy pequeño, comparado al que cubren los de los otros países de la América Central. Su extensión superficial es de 21,260 kilómetros cuadrados, que son unos pocos kilómetros más que la extensión superficial de los Estados Unidos. Su población es de unos 1,500,000 habitantes, que son unos pocos millones más que la población de los Estados Unidos. Su economía es muy débil, y su industria es muy pobre. Su agricultura es muy débil, y su ganadería es muy pobre. Su comercio es muy débil, y su industria es muy pobre.

Ilustración VIII: "El Salvador, Pulgarcito de América" de Julio Enrique Ávila, *Centro América Ilustrada*.

No obstante, esta distinción drástica se resolvía en la identidad de las posiciones políticas contrapuestas que en conjunto imaginaban la historia salvadoreña como gesta heroica de un pueblo escogido en marcha severa hacia la conquista de su libertad, hacia el ideal de su verdadero nombre: “Salvador”. Para un mismo fin utópico —liberación nacional— se cotejaban medios divergentes que implementarían su inevitable arribo: apoyo a los gobiernos en curso o democracia electoral vs. oposición política radical y armada.

En modesta hipótesis, recalcaría la magnitud suprema del siguiente par de párrafos en el opúsculo de Ávila, ya que sus líneas esbozarían el diseño global de *Historias prohibidas* como lucha constante de un pueblo hacia su liberación nacional por venir. Por común acuerdo, en la derecha e izquierda, la epopeya salvadoreña se iniciaría con la exaltación de la defensa *indígena* de un territorio asediado por invasores extranjeros con distinto apelativo actual: comunismo internacional en unos, imperialismo estadounidense en otros. (71) Pero los contrarios se reunirían en su clamor unánime a altavoz por “los pueblos oprimidos” y “rebeldes” desde la invasión original de Pedro de Alvarado (1524). (72)

“Patria que desde su primer aliento de vida, desde su primer grito de independencia, se ha caracterizado por dos virtudes: primero, un amor invencible por su libertad; y segundo, una protesta viva y eterna a favor de los pueblos oprimidos. En estos dos aspectos está encerrada toda su historia, desde la conquista hasta nuestros días.

En la conquista del viejo reino de Cuscatlán —hoy El Salvador—, fue herido y derrotado por primera vez el valiente Capitán Don Pedro de Alvarado; y su cacique simbólico Atlacatl, murió de tristeza en sus montañas, sin someterse al conquistador; y fue un noble varón salvadoreño, José Simeón Cañas, quien logró en la América Central la redención de los Esclavos. Y así hasta hoy”. (Ávila)

Por ello, me preguntaría si cualquier escritor poseería los mismos derechos que se adjudicaba Dalton al “modificar” autores y documentos originales —prosiguiendo una práctica literaria bastante borgeana— o si este privilegio se lo reservaría a los elegidos. De admitir que alteraciones ficticias nos

pertenecerían a todos, al más común de los mortales, tal vez en breve leeremos textos espurios que falsifiquen a su arbitrio el legado roqueano, de igual manera que él tergiversó a sus antecesores.

Ser roqueano a cabalidad significaría fidelidad a los procedimientos antojadizos, a la ficcionalización de quien se reconoce como maestro. Por ejemplo, si con potestad oficial de Sub-Secretario de Instrucción Pública, Ávila formaba parte del cortejo que “en las primeras horas de la mañana de ayer” recibió a la maestra a su “arribo a playas salvadoreñas”, en un instante a solas, el escritor le musitó el honroso estribillo —“Bienvenida Gabriela a El Salvador, el Pulgarcito de América”— a la vez que le declamaba fragmentos selectos de sus escritos. (73)

Luego ella lo repetiría sin citar a su inventor original, creando el mito que tanto nos embargaría hasta el presente. El mismo adagio Ávila lo había insinuado ya antes del “Discurso pronunciado en la recepción la Ldo. José Vasconcelos” en la Universidad de El Salvador, afirmando una “santa” utopía de “poetas” e “iluminados” que, al “desmaterializarse”, formarían una “raza cósmica” que “no tiene cuerpo”. (74)

O quizás, seguía dudando Dalton jamás leyó a Ávila —como si fuese posible para un escolar desconocer *Lecturas nacionales* y a su propio maestro de literatura que lo encaminó a la gloria— de manera que las coincidencias esbozadas sugerían una simple unión política de los opuestos. Quizás...

Pero, de encontrar un documento mistraliano originario, esta implacable ley alquímica de la *coincidencia oppositorum* jamás ocultaría el giro histórico-nacionalista que Ávila le concedió al nombre literario del país, tal cual lo recitaron miles de estudiantes que leyeron las “lecturas nacional” de Saúl Flores por años y tal cual el propio Dalton lo recibió de su profesor de literatura, “el bueno de Tapón”. El escrito aviliano nos ofrecería un eslabón perdido (1938/9-1946), una continuidad acallada sin la cual no existiría ruptura, vía de acceso hacia una revelación: las *Historias prohibidas del Pulgarcito* (1974).

\*\*\*\*\*

No obstante, esta continuidad entre maestro y alumno aparecía siempre encubierta por insulto y blasfemia como manera vanguardista de realizar una crítica literaria de ruptura, ahora recusada para mayor gloria del poeta que la ejercía. Su mayor ejemplo lo transcribía el capítulo central de *Pobrecito poeta que era yo...* —“III. Todos. El party” — el cual Dalton añadió luego de 1964 a su novela original *Los poetas*. (75) A reverencia y seriedad de los estudios culturales en vigor —en medida estricta de su vanguardia poética— el escritor oponía irrespeto hacia los clásicos y desacralización por la injuria.

El tacto riguroso y actual por la personalidad insigne del poeta guerrillero la sustituía un doble gesto sacrilego y obsceno. En primer lugar, en su festividad de palabras, “todos” los escritores comprometidos hacían *tabula rasa* del pasado. Como temática recurrente de “el party” se repetía la ausencia de toda tradición literaria y de modelo poético a imitar. “Que se vayan mucho al infierno todos los gerifaltes de las generaciones anteriores a nosotros”; “nuestro problema es que no tenemos maestros, guías de juventud”; ¿a imagen y semejanza de quien voy a convertirme en un poeta comunista?; “nuestra tradición cultural es la cagada”; “somos nosotros solitos quienes tendremos que hacerlo todo”. (76) La idea misma de ruptura reclamaba la inexistencia del legado literario nacional.

En segundo lugar, al afirmar que “gran artista será [...] quien pueda [inventar] un pasado”, Dalton ultrajaba a todo antecesor que se sospechara había influido en la composición de sus escritos. Entre las afrentas más relevantes, recitaría las siguientes. Jorge Luis Borges (en la “infamia”), Francisco Gavidia (“viejito loco [...] pelo de indio [...] que caíste en un país de tontos a tu medida”), Pedro Geoffroy Rivas (“en mierda [...] bañándose”), Claudia Lars (“vieja loca con aspecto de piano encostado [...] última vetarra”), Alberto Masferrer (“Viejuemierda” con similares “cultos homosexuales” a los “de Relaciones Exteriores”), Pablo Neruda (“soñoliento”), Nuncio Apostólico (“verguemos al Nuncio [...] nos vamos a hacer famosos”), Consuelito de Saint-Exupery (“cuerito salvadoreño más cosmopolita y culto”), etc. (77)

Según requisitos autobiográficos de su generación, Dalton juzgaría las injurias precedentes como disfraz que denunciaba su verdadera identidad disimulada, más que verdad en sí: “puteada introductoria, terapia de emergencia del

salvadoreño medio, punto de apoyo, máscara”. (78) Había que ocultar toda influencia literaria para asegurarse que el futuro lo juzgaría según cánones de ruptura. Pero, él mismo aseguraría, “¿qué es un escritor? [sino] un ladrón [de significados ajenos] (traductor: traidor) de formas elaboradas por otros”. (79)

En diálogo conflictivo con los clásicos, ¿qué sería de una ruptura si no ocultara toda continuidad con sus antecesores por el insulto o la tachadura? Por ejemplo, al contradecir a Gavidia, los versos indigenistas roqueanos del poema “Al maíz” —“yo no creo en la leyenda de tu origen/si fueras sólo sangre de tapir/ si sólo sangre de serpiente fueras”— admitían su fuente primaria inmediata por siempre acallada: “en la preparación del maíz entró la sangre del tapir y de la serpiente”. (80) Insulto y negación aclararían una ley reactiva de la poética roqueana según la cual « “en El Salvador toda obra de arte se produce contra algo o contra alguien”». (81) Antes de conversar con el indígena en sí, el indigenismo de Dalton perjuraba de sus lecturas gavidianas lo cual, en su denegación, filtraba estéticamente su propio enfoque histórico.

Sería previsible que la exigencia del ultraje se revirtiera contra la persona que forjó la frase clave la cual, en su estupor, tanto fascinaba a Dalton hasta popularizarla. En efecto, la edición mecanografiada, ligeramente revisada de *Historia prohibidas*, incluía un epígrafe adicional que rezaba así: “...Y entre oraciones bronceas labarosas, pendónicas, al Varón de Centroamérica, con fondo musical de esa inmortal idiotez llamada *El Carbonero* (“me cruzo por los valyados”, Santo Fuerte!), y entre aferramientos —conmoveros como un archipiélago recién bombardeado, no lo niego— a la creencia de que todo lo bueno viene en frascos chiquitos (el Pulgarcito de América, ay no, tú, carajo, no hay derecho de que esa vieja cerota nos haya ninguneado así por el camino del muchacho a quien consolamos diciendo “No, mijito qué va, vas a ser cabezón!”) vamos ostentando (llamando a piedad, cherito, a piedad que ha tenido que aguantarse la risa) esta terrible naturaleza de enanos con demasiada sangre...”. (82)

Si los seguidores de Dalton —los roqueros— jamás revertirán la insolencia grosera hacia su padre espiritual, esta negativa demostraría una crasa traición. Se trataría de infidelidad a principios desacralizadores de una vanguardia que, paradójicamente, declararían obsoleta y difunta. Al igual que la sustitución

de originales por apócrifos, el agravio poseería un papel central dentro de la economía poética roqueana del cual, al presente, se alejarían todos sus presuntos seguidores. Antes de la denuncia y de “toda revolución que vendrá”, «“en el principio existía el caos...”» el cual se traducía en “subversiones verbales” destructoras previas a toda utopía de justicia social. (83)

## IV. PARÁFRASIS FINAL DEL MANUSCRITO TRANSFERIDO DE CUZCATLÁN A AZTLÁN

Si la historia *fue*, la leyenda [de las *Historias prohibidas*] *debería haber sido*. JEA (84)

En paráfrasis mistraliana, la historia ístmica la escribió “el fuego de ajorcas rápidas” que “robusto, frenético y fino” disolvió “las coyunturas ávidas” del pasado en “piedras amodorradas [...] habla de ellas mismas” como presente comprometido que permanecerá sin lágrima por la pérdida. (85) En la actualidad, este ardor disolvente que ignora las huellas de lo ocurrido prosigue su reinado bajo el mando de una historia teórica sin historiografía.

Ciertamente, es posible que toda esta crónica resulte una sencilla elucubración mía sobre sustitución de originales por copias espurias. Acaso el texto roquero legítimo no refleje escritos apócrifos que remitan a documentos desconocidos por críticos actuales: Ávila y su Pulgarcito. No obstante, pese al intenso sol que agobia a quienes vivimos en el infinito desierto de Aztlán, con la humildad del polvo confieso lo siguiente.

“No hay ejercicio intelectual que no sea finalmente inútil [...] Es lícito ver en [las *Historias prohibidas*] una especie de palimpsesto, en el que deben traslucirse los rastros —Tenues pero no indescifrables— de la “previa” escritura de nuestro[s antecesores]” olvidados. (86) Aún en omisiones y errores, *esta crónica* incita a trasvasar la teoría crítica de los estudios culturales hacia una historia salvadoreña más rigurosa en su labor historiográfica: doce ediciones de “El Salvador, el Pulgarcito de América”, nueve en la antología de Saúl Flores, una en *Cypactly* y otras dos en *Estudios históricos y Centro América Ilustrada*, al igual que reseña crítica de Landarech y otras menciones aledañas.

Hasta el presente no habría hipótesis serias sobre los cinco apócrifos que Dalton mismo anuncia como tales, ni cotejos severos entre los fragmentos del collage y sus fuentes documentales primarias. Por ejemplo, las historias prohibidas se inician con un leit-motif de la literatura salvadoreña tal cual lo estipulan Gavidia y Ávila, entre otros. (87) “Tiáhuit tzuntzunat (Canto náhuatl de la zona de Sonsonate)” calca a María de Baratta sin partitura, segundo cantar ni comentario de la autora. (88) De ella, el poeta retoma la confusión generalizada entre “náhuatl” o lengua mexicana y náhuatl o lengua pipil salvadoreña. “1932 en 1972 (Homenaje a la mala memoria)” reescribe con asombrosa fidelidad una noticia partidaria de El Mundo, etc. (89)

Ante el vacío de una historia sin historiografía, mi espejismo actual no resulta del todo vano. Su logro no lo mediría apego a una verdad teórica, sino búsqueda y restitución de un olvido. De aquel olvido (lethe) que desde la antigüedad clásica hasta el presente se exhibe en antónimo de verdad (a-letheia). “Pero por la verdad la bella”, desconozco quiénes se ofrendarían cada primavera en “muerte” crístico-pascual, marxista-guerrillera, ya que sin «“cordero mudo delante del que lo trasquila”» jamás habrá revolución... (90)

## NOTAS

- (1) Tomo XXVII, No. 9, sábado 2/septiembre/1933. Original no consultado: Santiago de Chile: *El Mercurio*, 29/mayo/1932. Versión distinta: *Revista El Salvador* de la Junta Nacional de Turismo, No. 10, marzo/1937: 17-20 (*English version*) y 24-27 (versión castellana). Véase: Ilustración I y Anexo I que coteja tres versiones distintas. La publicación también aparece un mes después en El Salvador, lo cual demuestra el conocimiento que poseía una generación literaria sobre el escrito mistraliano (*La República. Suplemento del Diario Oficial*, Año I, no. 261, 16/octubre/1933). Esta conciencia debía enterrarse, olvidarse, para que las nuevas generaciones le atribuyeran a Mistral la autoría del nombre literario del país. Tal cual lo vaticinaba la publicación nacional, “los países grandes [Chile] se comen el prestigio de los pequeños”.
- (2) “Sandino, contestación a una encuesta” (4/marzo/1928), “La pobre ceiba”

(25/marzo/1928) y “La cacería de Sandino” (7/junio/1931), reproducidos en Mistral, *Escritos políticos* (Jaime Quezada (Ed.)), México, D. F.: FCE, 1994: 228-232, 233-236 y 237-239.

- (3) Juan Felipe Toruño, *Boletín de la Biblioteca Nacional*, No. 12-13, enero/1934: 55 (Tomado de *Revista del Ateneo de El Salvador*, Año. XX, Nos. 145, 1932: 101-105). En el periodista nicaragüense Gustavo Alemán Bolaños se encarnaba el complejo conflicto que oponía sandinismo y anti-imperialismo, por una parte, a revuelta de 1932, por la otra. Mientras le agradecía de “viva voz” al líder Farabundo Martí acompañar “al general Sandino en Las Segovias”, le reprochaba dirigir un alzamiento comunista, inspirado en ideología extraña, *El Día*, 1/febrero/1932. El libro de Alemán Bolaños —*Sandino. Estudio completo del héroe de Las Segovias*— se publicó en Guatemala (Imprenta La República, 1932), con “Ediciones simultáneas en México y Buenos Aires”. En otro contemporáneo, Alberto Guerra Trigueros, se manifestaría la misma paradoja de apoyo simultáneo a Martínez (“ver por fin reconocido el gobierno del general Martínez, por los gobiernos de Nicaragua, Guatemala y Honduras (1934)”, *Poesía versus arte*, San Salvador: Dirección de Publicaciones, 1998: 25) y a Sandino (“En el aniversario de un muchacho”, *Repertorio Americano*, Tomo XXXIII, No. 6, 13/febrero/1937: 92. Se acompañaba de una foto de “Somoza y Sandino”, al igual que de un recuadro “Calendario. 21 de Febrero: Muerte de Sandino”).
- (4) *Cypactly. Revista de Variedades*, No. 13, marzo 20 de 1932: 17. La defensa de Sandino se acompaña de su foto. La breve glorificación confirmaría que esta generación entreveía vínculos estrechos entre “el defensor de la soberanía nacional de Nicaragua” y Martínez, el de la salvadoreña contra el comunismo. Alemán Bolaños (*Sandino*, 1932: 78) planteaba la existencia de enlaces indirectos por “notas enviadas [de Las Segovias al] ministro de relaciones exteriores de El Salvador [sin] reconocimiento por Estados Unidos”, las cuales se publicaron en *Diario Latino*. Ambas posiciones políticas —el sandinismo y el martinato— compartían su oposición nacionalista a toda ingerencia extranjera.
- (5) Mistral, “Sandino: contestación a una encuesta” (4/marzo/1928), *Escritos políticos*, 1994: 231.

- (6) México D. F.: Siglo XXI Editores, 1974. Véase: nota (67) sobre edición mecanografiada del mismo libro.
- (7) Santiago de Chile: Cochrane, 1992.
- (8) *La divina Gabriela*, Santiago de Chile: Imprenta El Esfuerzo, 1933 y *Pensamiento y forma en la prosa de Gabriela Mistral*, San Juan: Universidad de Puerto Rico, 1989.
- (9) *Repertorio Americano*, Tomo XXIII, No. 15, 17/octubre/1931: 236 y “Recado sobre libros: un cuentista centroamericano”. *La Patria*, 4/mayo/1935: s/p. Archivo Gabriela Mistral en poder de Doris Dana, 169. Gabriela Mistral, *Vida y obra*. Santiago de Chile: Cochrane, 1992: 462. Entrada bibliográfica 757.
- (10) *Diario Del Salvador* , 23/septiembre/1931.
- (11) “Explotando a los incautos campesinos”, *La Prensa*, 13/septiembre/1931 y “Suceso Sangriento cerca de Zaragoza”, *Diario Del Salvador*, 25/septiembre/1931 y *El Día*, 23/septiembre/1931, al igual que “En Panchimalco estaban organizándose los comunistas”, *El Tiempo*, 9/octubre/1931. Durante los festejos a Mistral, la presencia de poetas que *a posteriori* denunciarían la matanza la documentaban *El Día* (23/septiembre/1931) para Pedro Geoffroy Rivas —cuyos poemas recitó Jacinto Castellanos junto a los de Francisco Gavidia y Alfredo Espino— y Virgilio Figueroa (*La divina Gabriela*, 1933: 234-242) para Gilberto González y Contreras, quien declamó su “Loa a Gabriela Mistral” en el Liceo Gabriela Mistral el 22/septiembre/1931. Hacia la misma fecha, albores de 1932, una defensa americanista de la contra-revuelta, Gavidia la esbozaba en *La formación de una filosofía propia, o sea latinoamericana* (San Salvador: Talleres Gráficos Cisneros, 1931).
- (12) Figueroa, *La divina Gabriela*, 1933: 239.
- (13) *El Día*, 3/octubre/1931. Ante el Presidente de la República y el Gral. José Tomás Calderón, la defensa del indígena a sus tierras ancestrales la

realizó José M. Peralta en “Alocución” en el Ateneo de El Salvador el 12 de octubre de 1932, sin aludir a la revuelta (*Revista del Ateneo*, Año XX, No. 145, 1932: 18). En el ramo literario, la defensa indigenista la llevó a cabo Marcos Gordo, S. J. en *Joyas viejas. La poesía lírica azteca (Divulgación)* (San Salvador: Tipografía La Unión, 1937). Primero, a través de la “Radiodifusora Nacional” en el programa “Alma Cuscatleca”, y luego por la publicación del folleto citado en agosto de 1937, le correspondería a Gordo introducir a la conciencia poética nacional la existencia del manuscrito de los *Cantares mexicanos* y de la obra de Ángel María Garibay cuyo legado desarrollaría unos veinte o treinta años después Pedro Geoffroy Rivas en su poesía indigenista. Resultaría paradójico anotar que el compromiso indigenista en poesía —“cuya genealogía entronca el noble Cuscatlán” (5)— lo difundió un órgano oficial del martinato, antes de revestirse de aureola de protesta. Gordo era también profesor y conferencista destacado en el colegio jesuita Externado de San José, en el público Instituto Nacional General Francisco Menéndez”, al igual que en la Academia Salvadoreña de la Lengua y en el Ateneo.

- (14) Raúl Andino, *Seis conferencias*, San Salvador: Biblioteca Nacional, 1937: 53 y *Revista El Salvador*, Órgano Oficial de la Junta Nacional de Turismo (1935-1939) que difundió en publicación bilingüe, español e inglés, el quehacer poético indigenista de una generación. Hacia finales del martinato, la acción indigenista gubernamental culminó con la edición de *Recopilación de materiales folklóricos salvadoreños* (San Salvador: Imprenta Nacional, 1944) la cual se implementó por “Acuerdo Ejecutivo de fecha de noviembre de 1941” (*Planes para la investigación del folklore nacional y arte típico salvadoreño*, San Salvador: Imprenta Nacional, 1941).
- (15) J. L. Gould and A. Lauria-Santiago, “They Call Us Thieves”, *Hispanic American Historical Review*, 84.2, 2004: 195. El pensamiento indigenista de Mistral lo difundió *Cypactly. Revista de Variedades* —“El tipo del indio indoamericano” (Año. 2, noviembre 18 de 1932)— quizás como manera de orientar a las masas descarriadas hacia la obra estatal que fundaría una nueva nacionalidad.

- (16) “20 % [de indígenas en el] empadronamiento total del país”, *La República, Suplemento del Diario Oficial*, 30/noviembre/1935, y ratificación del Instituto Indigenista Interamericano en 1942. Faltaría documentar las “cualidades que acrediten una sólida preparación intelectual” de “los señores generales don José Tomás Calderón y Max H. Martínez” al ser “recibidos en sesión solemne [...] como socios del Ateneo” en 1924 (Discurso del general José Tomás Calderón, *Revista del Ateneo*, No. 92, enero-junio/1924: 1880 y 1862). Durante la décadas de los veinte, su constante participación en los círculos intelectuales salvadoreños les concedió una aureola artística de letrados. Hacia enero de 1926, Calderón figuraba como vicepresidente y Martínez como prosecretario del Ateneo (Nos. 103, enero/1926: 4092). Acaso la configuración de esta “red intelectual” avaló el golpe de estado de Martínez en diciembre de 1931, al igual que se dispensó de denunciar la matanza en enero de 1932. La propia actitud anti-imperialista y pro-sandinista del general Martínez (vocal) la explicitaba su adhesión al manifiesto “El Ateneo de El Salvador lanza su protesta ante el mundo civilizado por la conducta arbitraria e inhumana de los Estados Unidos” (*Revista del Ateneo*, Nos. 116-118, enero-marzo/1927: 4571).
- (17) *El alma popular de nuestra Universidad*, San Salvador: Biblioteca Universitaria, 1941: 6 y *Discursos pronunciados en la recepción del Ldo. José Vasconcelos (18 de noviembre de 1930)*, San Salvador: Biblioteca Universitaria, 1930: 8 y 13 (Contiene: “Discurso de Presentación por el Dr. Julio Enrique Ávila, Secretario General de la Universidad (3-15)” y “Filosofía en la Universidad por el Licenciado don José Vasconcelos (17-27)”). Véase también: José Vasconcelos, “Con los jóvenes salvadoreños. El empréstito es el emisario de la escuadra. El eje del crédito está en el Estado no en el banquero”, *Repertorio Americano*, Tomo XXIII, No. 13, 10/octubre/1931: 211. El mexicano declaró que “los empréstitos [...] jamás fueron respetuosos ni colaboradores de nuestro bienestar”. Ante “gran multitud [que] lo aclamaba”, la llegada de Vasconcelos el 15/noviembre/1930 la reportó *El Día* (11/noviembre/1930) por medio de “telegrama” que dirigió directamente “al poeta Julio Enrique Ávila [...] de Tegucigalpa”. Su posible salida la confirmaría el *Diario del Salvador* (25/noviembre/1930) que anunciaba la falta de “prohibición” de viajar

a Guatemala. El día siguiente impartía su “primera conferencia en Santa Ana” (*El Día*, 26/noviembre/1930). Su temática anti-imperialista, indigenista, anti-comunista, por la educación popular y técnica la aplaudió una “enorme concurrencia” (*Diario del Salvador*, 19/noviembre/1930).

(18) Raúl Andino, *Seis conferencias*, 1937: 49, 53 y 68.

(19) Las fechas de Haya de la Torre en el país — del 30/julio-14/septiembre/1928 — las deduciría del artículo de Richard Salisbury, “The Middle American Exile of Víctor Haya de la Torre” (*The Americas*, Vol. 40, No.1, 1983: 8-9) y de Jussi Pakkasvirta, “Víctor Haya de la Torre en Centroamérica” (<http://www.helsinki.fi/hum/ibero/xaman/articulos/200005/pakkasvirta.html>). Durante su permanencia en El Salvador “lo recibió Alberto Masferrer” a quien Haya de la Torre juzgaba “figura gloriosa”, mientras Dalton lo tildaba de “viejuemierda” como si, antes de la fundación del Partido Comunista Salvadoreño (marzo/1930), lucha anti-imperialista e izquierda local fuesen movimientos fútiles, desechables (Haya de la Torre, “San Salvador bajo la opresión (25/octubre/1928)”, *Obras completas 2*, Lima: Editorial Juan Mejía Baca, 1976: 154, y Dalton, *Historias prohibidas*, 1974: 103). El juicio despectivo contra APRA que se le atribuyó a Miguel Mármol — “no era aún la bacinica que fue después y sigue siendo” (*Miguel Mármol*, México, D. F.: Ediciones Cuicuilco, 1982: 145, inicio de capítulo IV, véase también: inicio de III sobre la Universidad Popular) — no reflejaría más testimonio que una opinión personal de Dalton, bastante tardía. En el “Cuaderno de notas” (Cortesía de la familia), telegráficamente se asentaba: “Asistí a la Universidad Popular dependía de la Federación regional: políticas antimp. sandinista voceadores famosos de “El Martillo” org ofic. regional (9) lo voceaba y reporta en S. Salv y su zona. 1926. Ahí llegó Pavletich – a dar conferencias “Domingos alegres” gran inquietud (10) el sandinismo el antiimperialismo creció bárbaramente (12)” (9-12).

(20) “Estampas. Si El Salvador capitula... Urge ya el ejemplo viril. Ya no queremos más el tutelaje del amo yanqui”, *Repertorio Americano*, Tomo XXIII, No. 22, 12 de diciembre de 1931. El espíritu anti-imperialista que generó el martinato — cuyo gobierno no lo reconoció el estadounidense por varios años — no podría ser más explícito. Una negativa presidencial

—“propongo a la faz de la nación que no consienta jamás la contratación de empréstitos” (1937)— aplicaba a la letra consignas anti-imperialistas que aconsejaba la izquierda más radical (véase por ejemplo: Haya de la Torre, “San Salvador bajo la opresión (25/octubre/1928)”, *Obras completas 2*, Lima: Editorial Juan Mejía Baca, 1976: 154-157).

- (21) *El Día*, 30/septiembre/1931.
- (22) Telémaco, *El Día*, 2/octubre/1931.
- (23) Mistral, “Elogio de la isla de Puerto Rico”, Prosa, Santiago de Chile: Cochrane, 1992: 112 y 117.
- (24) J. L. Gould and A. Lauria-Santiago, *To Rise in Darkness*, Durham/London: Duke U. P., 2008: 132.
- (25) *La Prensa*, 20/septiembre/1931 y Mistral, “El ritmo de Chile” (19/septiembre/1936), *Escritos políticos*, 1994: 35.
- (26) “Apuntes sobre mi amistad con Gabriela Mistral”, *Cultura*, No. 57, julio-septiembre/1970: 94-109; véase además: “Un libro ejemplar”, en: Mistral, *Lecturas para mujeres*, San Salvador: Ministerio de Educación, 1961: 7-10 que tampoco menciona la fórmula clave.
- (27) Mistral, *Repertorio Americano*, 25/noviembre/1933 y 2/septiembre/1933.
- (28) Mistral, “Vasconcelos y Chocano”, *Prosa*, Santiago de Chile: Cochrane, 1992: 475.
- (29) Mistral, “El pueblo araucano” (17/abril/1932), *Escritos políticos*, 1994: 47 y 49. Nótese la coincidencia entre los eventos salvadoreños acallados —quizás por su trasfondo “comunista”— y la defensa mistraliana de indígenas chilenos. Al igual que el sandinismo y el anti-imperialismo no se traducían en apoyo a la revuelta, el indigenismo tampoco expresaba una filiación semejante; ni siquiera manifestaba un anuncio de la

matanza. En cambio, la intención indigenista-vasconceliana de Martínez la documentaba Alfonso Taracena (*José Vasconcelos*, México: Editorial Porrúa, 1982: 103): “en un banquete en la Legación de El Salvador en México, el secretario de Hacienda de ese país, doctor Carlos Méndez de Castro, reveló que [...] había sugerido al Presidente Martínez en San Salvador, llamar al licenciado Vasconcelos para que ocupara un puesto [...] la proposición fue atendida [...] esto fue en agosto de 1933”. Su negativa por aceptar el puesto y su actuación anterior junto a Ávila en 1930 demarcarían distancias políticas obvias.

- (30) (Ricardo) Trigueros de León. “Recuerdo de Gabriela Mistral”. *Antología general de Gabriela Mistral*, Santiago-Chile: Homenaje de Orfeo, Nos. 23-27, 1967: 197. No aparece en sus *Obras: poesía y prosa*. San Salvador: DPI, 2007, la cual incluye la prosa “Gabriela Mistral” (181-182) del libro *Labrando madera* (1947).
- (31) Trigueros de León, 1967: 27.
- (32) Trigueros de León, *Labrando en madera* (1947), *Obras*, 2007: 181.
- (33) En: *Alma y corazón: Antología de las poetisas hispanoamericanas*, Miami: Ediciones Universal, 1977: 76-77.
- (34) Saúl Flores, *Lecturas nacionales*, San Salvador: Talleres Gráficos Cisneros, 1940/1970: 3. La dedicatoria al general Calderón la borraron las ediciones recientes
- (35) Mistral, “Elogio de la isla de Puerto Rico”, *Prosa*, Santiago de Chile: Cochrane, 1992: 113.
- (36) Mistral, “Discurso en la Unión Panamericana”, *Antología mayor. Prosa*, 1992: 76.
- (37) Mistral, “La pobre ceiba” (25/marzo/1928), *Escritos políticos*, 1994: 234.

- (38) Véase: epígrafe inicial el cual sugeriría que el título de *Historias prohibidas* (1974) se hallaba en la mente del escritor una década antes, aun si dudaría que el autor ya le había atribuido la frase en cuestión a Mistral quien, en sentido marxista estricto, no calificaría de “burguesa” como Ávila por su distinta relación a los medios de producción. Nótese que la referencia a la frase canónica apareció en el segundo párrafo de la segunda edición de *El Salvador (monografía)*, La Habana: Casa de las Américas, 1965. No se encontraba en la primera edición de 1963.
- (39) Mistral, “El trópico y José Martí” (24/junio/1932), *Escritos políticos*, 1994: 216.
- (40) Juan Felipe Toruño, *Índice de poetas de El Salvador en un siglo, 1840-1940*, San Salvador: S/ed., 1941: 45.
- (41) Juan Felipe Toruño, *Desarrollo literario de El Salvador*. San Salvador: Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, 1958: 284 y 349. A diferencia de la actualidad, Toruño no habla de ruptura sino de su antónimo complementario, continuidad. Concibe una neta secuencia cronológica para las distintas vanguardias históricas salvadoreñas: Ávila-Geoffroy Rivas-generación comprometida-Dalton.
- (42) Luis Gallegos Valdés, *Panorama de la literatura salvadoreña*. San Salvador: UCA-Editores, 1981: 216, quien le concede a Ávila un capítulo independiente.
- (43) David Escobar Galindo (ed.), *Índice antológico de la poesía salvadoreña*. San Salvador: UCA-Editores, 1982: 256.
- (44) López Vallecillos, “Del homenaje a Julio Enrique Ávila”, *Hoja. Publicaciones de la Asociación “Amigos de la Cultura”*, Año III, No. 3, noviembre de 1956: 10 (Caricatura de Ávila), véase: Ilustración III. El juicio lo reitera López Vallecillos en *El periodismo en El Salvador*, San Salvador: Editorial Universitaria, 1967: 247.
- (45) Gilberto González y Contreras, *Hombres entre lava y pinos*, México D.

F.: B. Costa Amic Editores, 1949: 47. La sección “12. La verdad de los intelectuales puede ser la verdad” de *Un libro rojo para Lenin* (Managua: Editorial Nueva Nicaragua, 1986: 57-58) establecía conexión directa entre el silencio de la generación mistraliana sobre 1932 y el legado del “general don José Tomás Calderón” en su idealización conjunta del país. Además, en ese apartado, al citar a Mistral, quien “dijo que El Salvador es un pequeño país que ha sido levantado como una joya”, Dalton reconocía su lectura del único artículo que la chilena escribió de su visita.

- (46) *Crisol. Revista del Hogar* dirigida por Salarrué, 1/noviembre/1922: 2.
- (47) Arrigoitia, 1989: 106.
- (48) Mistral, “Elogio de la isla de Puerto Rico”, *Prosa*, Santiago de Chile: Cochrane, 1992: 112.
- (49) *Cypactly*, Año IX, No. 137, 10 de mayo de 1939: 4. Leída el 27/septiembre/1931 en la Universidad Nacional.
- (50) *Cypactly* (Año I, No. 4, Octubre 1º de 1931: 1, 5 y 13) incluía reseña de la estadía de Mistral, “Breve visita a Gabriela Mistral”, al igual que dos escritos suyos: “El grito. En homenaje a la ilustre huésped, Gabriela Mistral, reproducimos el presente artículo” y “Madre Granada. *Cypactly* se honra publicando esta composición inédita de Gabriela Mistral”. La presencia de la chilena la reseña también la *Revista del Ateneo de El Salvador* (Nos. 144, Año XIX, 1931: 98-103), cuyo número se inicia con una foto del “Sr. Gral. Don Maximiliano Hernández Martínez, Presidente Constitucional. Ex-presidente del Ateneo”.
- (51) Saúl Flores, *Lecturas nacionales*, 1940/1970, fechado de 1938, proyecto que “desde hace varios años veníamos acariciando la esperanza de ofrecer a nuestra patria”.
- (52) *Antología del cuento centroamericano*, Hugo Lindo (Ed.), San Salvador: Universidad Autónoma de El Salvador, 1949: 181-187 y *Cuzcatlán. Libro de lecturas nacionales*, San Salvador: Ministerio de Cultura, 1959: 75-77,

al igual que *Cien de las mejores poesías líricas salvadoreñas* (San Salvador: Ministerio del Interior, 1951: 177-179), libro que por su “dedicatoria al Teniente Coronel don José María Lemus, fervoroso promotor de la cultura nacional” establecía compromisos entre arte y política. En la antología *Puño y letra* (San Salvador: Editorial Universitaria, 1959: 5) de Oswaldo Escobar Velado (Ed.), célebre por su poesía comprometida temprana, Ávila figuraba como quinto poeta de la serie con “La divina raíz”. Resultaría obvio que Dalton no podía ignorar al “primer poeta revolucionario nacional”, aun si le rendía homenaje al “enemigo” (Dalton, *Pobrecito poeta que era yo...*, San José, CR: Educa, 1976: 181).

- (53) *Estudios literarios. Capítulos de literatura centroamericana*, San Salvador: Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, 1959.
- (54) “Julio Enrique Ávila, escritor y poeta”, 1959: 114-139, pero fechado al final “8 de septiembre de 1949”, es decir, el capítulo estaba terminado antes de que Dalton se graduara de bachiller (1953).
- (55) Landarech, 1959: 114-115 y Dalton, “Los hongos IX” (1966-1971), *En la humedad del secreto*, San Salvador: Dirección de Publicaciones, 1994: 528. En la sección anterior, “Los hongos VIII”, Dalton reconocía su continuidad con una condición católica que la militancia marxista nunca erradicaría: “recé en dos ocasiones”. Aun si Landarech no juzgó la escritura de Dalton, su criterio podría deducirse de lo que pensaba de Pedro Geoffroy Rivas: “completamente comunistoide y anticlerical” (Landarech, 1959: 49).
- (56) Landarech, 1959: 116 y 129.
- (57) *Estudios históricos*, San Salvador: Imprenta Nacional/Biblioteca Universitaria, 1941.
- (58) Dalton, *Historias prohibidas*, 1974: 128.
- (59) *Estudios históricos*, 1941: 3.
- (60) *Estudios históricos*, 1941: 342-344.

- (61) *Estudios históricos*, 1941: 5.
- (62) *Estudios históricos*, 1941: 5.
- (63) La publicación oficial del martinato se hallaba ausente en los dos últimos libros sobre 1932: Jeffrey Gold y Aldo Lauria-Santiago, *To Rise in Darkness* (Duke UP, 2008, al igual que en Héctor Lindo-Fuentes, Erik Ching y Rafael Lara-Martínez, *Remembering a Massacre* (UNMP., 2007). Pese a su diferencia de enfoque, ambos análisis se acuerdan en ocultar la documentación primaria del régimen que implicaría la colaboración de la *intelligentsia* salvadoreña en su conjunto en la legitimación cultural del martinato.
- (64) El apoyo inmediato que recibió Martínez de todos los intelectuales más destacados por su trayectoria poética, pictórica y política, la historia actual debería rastrearla en *La República* desde finales de 1932.
- (65) El espectador actual apreciaría la manera en que los más diversos museos salvadoreños utilizan el pasado a su arbitrio político en el Museo de Arte (MARTE) y en el Museo de la Palabra y de la Imagen (MUPI). Por años, ambos recintos celebrarán el legado cultural del martinato sin hacer alusión al marco político que lo sustentaba. Abstraer el arte de su contexto político inmediato —ocultar la documentación primaria del martinato— esclarece el terreno común de la museografía e historia nacional salvadoreña en boga.
- (66) Dalton, *Pobrecito poeta que era yo...*, San José, CR: Educa, 1976: 58 y 53.
- (67) Dalton, *Historias prohibidas*, 1974: 231-232.
- (68) “Cuadernillo del Director, El INTELECTUAL como conducta moral”, *Hoja. Publicaciones de la Asociación “Amigos de la Cultura”*, Año III, No. 3, noviembre de 1956: 1.
- (69) Dalton, *Pobrecito poeta que era yo...*, San José, CR: Educa, 1976: 91 y 135.

- (70) Mistral, “El trópico y José Martí” (24/junio/1932), *Escritos políticos*, 1994: 217-218.
- (71) Nótese falta conjunta de una agenda indigenista estricta en ambos lados: el derecho a las tierras ancestrales que reconocía la corona española, pero que expropiaron las repúblicas liberales independientes.
- (72) Como *leit-motif* de la literatura nacional, el mismo texto de Alvarado lo transcribía y poematizaba la historia gavidiana que inspiró *Los testimonios* (1964: 113-114), “La batalla de Acajutla” en *Obras completas I*, San Salvador: Dirección de Publicaciones, 1974: 333-338 (Obras, 1913 y 1928). Igualmente, la carta de Alvarado la refería un documento bibliográfico de *El Salvador (monografía)* (Casa de las Américas, 1963, versión original), pero tachada ulteriormente a partir de 1965 (Gavidia, *Historia moderna de El Salvador* (1914), San Salvador: Dirección de Publicaciones, 1958: 22). El título gavidiano que introduce la carta —“la epopeya de Cuscatlán”— serviría de guía al proyecto roqueano. Sería crasa ingenuidad creer que Dalton leyó a Alvarado sin el filtro poético de sus antecesores: Gavidia, Ávila y, añadiría, María B. de Membreño a quien Ávila introdujo, “Heroísmo indio”, *Literatura de El Salvador* (San Salvador: Tipografía Central, 1959: 50-51).
- (73) *Diario del Salvador*; 20/septiembre/1931. La presencia reiterada de Ávila durante varios actos públicos en honor a la poeta chilena —el 22/septiembre en el Liceo Gabriela Mistral; en la Sociedad de Empleados de Comercio le entregó “diploma de socia honoraria de la Academia de Profesores” y el 27/septiembre en la Universidad Nacional— la reseña Figueroa, *La divina Gabriela*, 1933. La remoción de su cargo de Sub-Secretario de Instrucción Pública “el 2 de diciembre de 1931” la anunciaba *Cypactly*, No. 10, enero 20 de 1932: 4, junto a una foto de Ávila.
- (74) 18/noviembre/1930: 14 y *El vigía sin luz*, San Salvador: Ministerio de Educación, 1927/1961: 21.
- (75) Dalton, *Pobrecito poeta que era yo...*, San José, CR: Educa, 1976: 147-223. De *Los poetas* (1964, cortesía de la familia) existen dos

mecanografiados con ligeras diferencias.

(76) Dalton, *Pobrecito poeta que era yo...*, San José, CR: Educa, 1976: 150, 182, 184, 189 y 190.

(77) Dalton, *Pobrecito poeta que era yo...*, San José, CR: Educa, 1976: 120, 121 y 211, *Historias prohibidas*, México: Siglo XXI Editores, 1974: 103-112 y *Un libro levemente odioso*, San Salvador: UCA-Editores, 1989: 75 y 112.

(78) Dalton, *Pobrecito poeta*, 1976: 77.

(79) Dalton, *Pobrecito poeta*, 1976: 144 y 282. Que esta idea de escritor como “traidor de formas elaboradas por otros” expresa la opinión de Dalton, la confirma la ausencia de esa aserción en los manuscritos originales de *Los poetas* (1964).

(80) Dalton, *En la humedad*, 1994: 246 y Gavidia, *Historia moderna de El Salvador* (1914), 1958: 20.

(81) Dalton, *Pobrecito poeta*, 1976: 88.

(82) *Las historias prohibidas del Pulgarcito* (La Habana, 1969-1971), en: *Poesía Completa III*, cortesía de la familia. Este segundo epígrafe provenía de Dalton, *Pobrecito poeta que era yo...* (San José, CR: Educa, 1976: 16), el cual plantearía un despegue idéntico para autobiografía e historia nacional por la (con)fusión entre el yo y la comunidad. En comunicación personal, Manlio Argueta me informó que el insulto a Mistral aparecía en la edición príncipe, pero Siglo XXI Editores lo había vetado por ofensivo. En el mismo libro se hallaba otra cita marginal (1976: 152), “si no hablamos en voz alta, la Centroamérica caníbal se come de fijo al Pulgarcito de América”. De nuevo, según Argueta, otro famoso epígrafe, el de *Taberna y otros lugares* (La Habana: Casa de las Américas, 1969), no le correspondería a Jorge (Arias Gómez) sino a un colega guatemalteco “con quien compartió trinchera Roque”.

- (83) Dalton, *Pobrecito poeta que era yo...*, San José, CR: Educa, 1976: 147 166 y 181.
- (84) Se trataba de una paráfrasis aviliana de la *Poética* de Aristóteles (III.7) la cual distinguía historia de ficción, a la vez que declaraba la superioridad filosófica del simulacro imaginado sobre los hechos ocurridos (Ávila, *Almas de libros*, San Salvador: Ediciones del Ministerio de Cultura, 1949: 108). “Es manifiesto asimismo de lo dicho que no es oficio del poeta [Roque Dalton] el contar las cosas como sucedieron, sino como debieran o pudieran haber sucedido, probable o necesariamente”. Y, continúa Aristóteles (III.10), si “la revolución, es según se ha indicado, la conversión de los sucesos en [su] contrario”, la poesía roqueana nos indicaría cómo lo verosímil recubriría lo factual en la generación que lo precede como en la suya propia.
- (85) Mistral, “Elogio de las materias”, *Prosa*, Santiago de Chile: Cochrane, 1992: 147 y 153.
- (86) Borges, <http://www.literatura.us/borges/pierre.html>.
- (87) Véanse: nota (61) y texto de Ávila. Durante la guerra civil de los ochenta, uno de los más encarnizados batallones se llamaba “Atlacatl” cuyo nombre denotaba la utilización del mismo símbolo de “defensa nacional”, pero en sentido contrario al de Dalton. Idénticos hechos consumados —“batalla de Acajutla”— adquirirían distinto valor según el arbitrio de quien los evocara.
- (88) Dalton, *Historias prohibidas*, 1974: 28-29 y Baratta, “Dos cantares autóctonos de Izalco”, *Cuzcatlán típico*, San Salvador: Publicaciones del Ministerio de Cultura, 1951: 180-182. Sin pentagrama, los cantos náhuatl los reproduce Juan Felipe Toruño en *Desarrollo literario de El Salvador* (San Salvador: Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, 1958: 49-51)
- (89) Dalton, 1974: 193-195 y *El Mundo* 16/febrero/1972. Aun si resultaría difícil asegurar la fuente primaria de bombas y refranes en *Historias*

*prohibidas* (1974: 29, 61, 68, 86, 102, 113, 140, 161, 179 y 207 para las bombas; 13, 56, 72, 85, 99 y 130 para los refranes), asentaría cinco equivalencias de bombas con la colección de Francisco Espinosa, *Bombas* (San Salvador: Imprenta La Salvadoreña, 1932; en: *Folklore salvadoreño* (San Salvador: Patronato Pro-Patrimonio Cultural, 2000: 39 (“Dice que no me querés...” (Dalton, 1974: 61)), 39 (“Vos sos como la baraja...” (Dalton, 1974: 68)) y 41 (“Negrita por un trabajo...” (Dalton, 1974: 86)), con variantes en 51 (“En el centro de la mar...” (Dalton, 1974: 140)) y 49 (“Estas muchachas de aquí...” (Dalton, 1974: 179))). Más paradójico sería anotar que la recopilación más exhaustiva de “bombas” se llevó a cabo por “decreto ejecutivo del año 1941” bajo la presidencia del general Maximiliano Hernández Martínez (*Recopilación de materiales folklóricos salvadoreños*, San Salvador: Imprenta Nacional, 1944: 52-101). Lo popular y lo típico de una nación lo recolectó un gobierno que la actualidad juzga sólo por su carácter opresor.

(90) Dalton, *En la humedad del secreto*, 1994: 400 y 525, al igual que *Hechos* 8: 32-33 e *Isaías* 53: 7-8.

## LISTA DE ILUSTRACIONES

- Ilustración I: “El Salvador” de Gabriela Mistral, *Repertorio Americano*  
Ilustración II: “Gabriela Mistral”, *Diario Del Salvador*  
Ilustración III: José Vasconcelos, *Diario Del Salvador*  
Ilustración IV: “Julio Enrique Ávila”, *Hoja. Publicaciones de la Asociación “Amigos de la Cultura”*  
Ilustración V: “A Roque Dalton”, *Hoja. Publicaciones de la Asociación “Amigos de la Cultura”*  
Ilustración VI: “El Salvador, Pulgarcito de América” de Julio Enrique Ávila, *Cypactly. Revista de Variedades*  
Ilustración VII: “El Salvador, Pulgarcito de América” de Julio Enrique Ávila, *Cypactly. Revista de Variedades*  
Ilustración VIII: “El Salvador, Pulgarcito de América” de Julio Enrique Ávila, *Centro América Ilustrada*

# ANEXOS

## 1. “EL SALVADOR” DE GABRIELA MISTRAL

Gabriela Mistral. “El Salvador”. *Repertorio Americano*, Tomo XXVII, No. 9, sábado 2/septiembre/1933.

“Gabriela Mistral y El Salvador. “Como también por este capítulo los países grandes se comen el prestigio de los pequeños, nadie conocía el bálsamo maravilloso como resina de árbol centroamericano, sino como..... el Bálsamo del Perú””. *La República. Suplemento del Diario Oficial*, Año I, No. 261, 16/octubre/1933. Fechado al final: Sta. Margheritta, 1932.

El pequeño país ha sido labrado como una joya por la forja de sus volcanes, afinado del fuego en tal montaña, desformado en la de más allá por derrumbe o explosión; más manipulado por Plutón que ningún suelo del mundo. La geografía del país, por esto, al revés de todas las geografías, es una especie de Génesis continuada, que no se cierra como la Génesis de los otros países terrestres; hay una extraña creación constante y atrabiliaria que hacen del lago de hoy el río de mañana; o de la montaña de lomo bovino, un enjorobamiento de cráteres sucesivos; del llano de caña o café, un cono inesperado: la geología salvadoreña es más el reino del fuego que el de la tierra y está llena de una imaginación juguetona y terrible. Nuestra Cordillera de los Andes también se trae su médula espinal ígnea disimulada bajo un espinazo elefantino; pero los fuegos de la matrona nuestra andan metidos en más hondura, y sólo de tarde en tarde alcanzan a repechar su propio obstáculo y evidenciar su amenaza. El Salvador es la tierra del fuego en la dermis que salta encima cuando quiere; o, mejor que eso, un barreno hecho por violencia para cernerse con la polvareda, de vapor, llama y ceniza, pero haciendo su ahechadura al revés, hacia arriba, hacia el cielo... y de todo eso ha nacido una tierra vegetal preciosa, espaciada o trufada de fuego en donde se le toque.

Cada generación salvadoreña ha conocido novedades en la cara de Ceres que es inmutable en todas partes, y los niños de este país de cuento saben que la tierra suya es tornadiza y atrabiliaria como el mar mismo.

Caminar a lo largo de treinta kilómetros que corren de Ahuachapán a San Juan de Dios, para saberse lo que es una tierra volcánica, es decir, el fuego en acto de posesión de un territorio: los ausoles pequeños —fumarolas—, que dan solamente una voluta de humo y los mayores que muestran desde lejos su pesadilla revuelta de negros y grises; las fuentes hirvientes donde desollar en una hora al buey del cuento, y la fantasmagoría de los géiseres cargados de cal, que trabajan como una legión de artesanos locos en hacer pirámides, agujetas y barroquería de forma y color.

Se sabe entonces que de veras el fuego miguelangelea y ticianea sobre las cosas cogiendo y gozando las arcillas de todas las calidades y los tintes: desatentos ocre, azafranes y cárdenos. De veras el fuego es tanto el tatuador como el pintador, y ha tomado la tierra fina de este país como un herrero fantasista de mis infancias que se las había arreglado para darme en un pedacito de hierro todos los colores existentes a base de morados, verdes y granates.

La historia de los volcanes, de puro extraordinaria, da espejeos y encandila al que la oye o la lee.

El Izalco se puso a nacer, como un hijo de hombre, a ojos vistas delante de los pobladores, allá por 1700, en una llanura ganadera, y como un hijo de hombre se ha ido creciendo en cuerpo y erupción tras erupción, hasta su adultez viril de volcán con faldas completas y cono perfecto. Comenzó echando de las entrañas rabiosas peñasquería y lava gruesa, para acabar en la humareda mansa de este tiempo, que se disuelve en una ceniza dulce que le afina más y más los rasgos de criatura dionisiaca, que se va volviendo pitagórica. Dos mil metros ha echado cielo arriba y continúa la extraña industria de labrarse a sí mismo, trabajando por tres cráteres escondidos el día y la noche. El Faro del Salvador lo llaman los marinos, y, en verdad, aupado en pocos años y manipulado delante de sus gentes como un faro cualquiera, su nombre casi no lleva metáfora. Al revés de los demás volcanes centroamericanos, que así aceptan, en una complacencia de patriarcas amables, vegetación de selva y

hasta cafetales sobre su cabeza y en medio cuerpo, el Izalco, superabundante de calentura todavía, se muestra en la genuina calvicie ígnea, que conviene a la forja que se continúa.

Aunque se dé al Izalco, para elogio suyo, el nombre de Faro del Salvador, es otra la montaña bautizada con el nombre del país.

El volcán San Salvador engañó muchos años con su forma de simple montaña inocente cubierta de vegetación, guardando sólo en lo alto, como una confesión, una de las lagunas maravillosas que se hallan en los viejos cráteres: cinco kilómetros de circunferencia del gran jade líquido e intocado, que regala con su vista nada más que al cielo. Sin embargo, una tribu de conos apegados a la masa de San Salvador en una cacharrería geológica, insinuada al volcán en la masa patrona, hasta que en uno de los conos segundones, el Quezaltepeque, confesó en pleno, en una erupción de hace pocos años, su condición de volcán. Los Indios, más sabedores del secreto del suelo que los Blancos, lo sabían volcán capitaneador de sus cachorros, por las fuentes termales de las faldas, y por el aire malo, atosigando hedores, que les hacía interrumpir la cosecha de muchos días en sus alrededores.

Las enormes masas de lava del Quezaltepeque se pueden ver todavía en una especie de camino negro de demonios, en una cauda de materias vomitadas a lo largo de kilómetros.

Aventador de lavas mayores y criaturas plutonescas de veras; es el volcán de San Miguel, que casi no tiene cráter, de tenerlo en cada ocasión donde le place abrirlo, y resoplara hasta por catorce horas al mismo tiempo, dejándose ocioso el principal, que es una magnífica tarasca de tres kilómetros, por donde podría desahogarse el buen furor del planeta si quisiera quedarse en sosiego. Copos de vapores por todas partes y, a los pies, un verdadero valle de fumarolas por donde hacer un paseo maravilloso, aunque un poco infernal, oliéndole a la tierra el hedor de sus entrañas de azufre, de alumbre y de las otras cosas fuertes que le gustaba chupar a la Sibila, pero que desvanecen al hombre acostumbrado al puro olor de sus piñas y de sus mangos.

El lago Ilopango, de nada menos que setenta kilómetros, traía locos a los Indios con las subidas repentinas del nivel, que para ellos eran una especie de pechada mala que hacía el monstruo de las profundidades en cada temblor. Procesiones de desagravio y acarreo de ofrendas en cada uno de estos trances, desde la guirnalda de flores hasta las bestias propiciatorias y el lago precioso y socarrón aceptando aquello con su indiferencia de Dios Lerdo o Dios demasiado Dios, para tomar en cuenta canastas florales o corderitos. Hace unos doscientos años el Ilopango desarrolló su pirueta más gallarda de ascenso de aguas. Unos derrumbes cegaron el río Jiboa, por donde alivia, y el lago se puso a subir como una prueba de atletismo, y subía espumajeando como una marmita, ya sin las lamentaciones del coro trágico de las indiadas, hasta que venció sus propios bordes y comenzó a vaciarse en un aluvión tal sobre sus faldeos, que en algunos días bajó diez metros de nivel, como una bestia pletórica que se sangrase hasta la medida de su bienestar. Allí volvió a quedar, rehecho y nuevo, con islas e islotes a montón y una cara nueva que aprenderle.

La laguna que doncella, más verde que cualquier agua verde en el remate del volcán Alegría, merece bien que se la cuente aunque sea pasando. Ella se las ha arreglado, como el mito se las arregla para ser fabuloso y posible; ella tiene una orilla caliente y una frígida, con una intermedia de tibieza. Al que la quiere probar, le da en la lengua un sabor ácido que le quita la curiosidad del saboreo y contiene debajo de la acidez una terrible mescolanza de sabores revueltos.

[La flora de El Salvador se halla, más que cualquier otra de Centro América, bajo el signo que León Daudet llamaría “intensidad”, como lo están los deseos suelos ígneos, los de las Islas de la Sonda, productoras de plantas medicinales y tintóreas y de especiería. Los tres lotes, los tres géneros nobles, corresponden, pues, a una riqueza especial y bastante violenta de los limos, que se trae sus relaciones con el fuego, que saca del fuego su condición maravillosa.

En los tiempos en que la Química no se había puesto aún a fabricar anilinas para reemplazar los tintes naturales, que eran magníficos, que eran a veces indelebles, pero que resultaban caros, en esos tiempos en que un color hermoso confesaba, hermosamente también, un zumo vegetal, un jugo animal o un limo arcilloso, dando así a púrpuras, a rojos y azafranones unos patrones

casi personales en el palo de Campeche, en la cochinilla o en los barros de Siena; en esa época, acabada por la industria plebeya que vivimos, El Salvador producía en grande y explotaba sus admirables añiles que hacían su riqueza. Campos y Campos de añil cubrían la tierra salvadoreña de su plantía bajo y delicado. Vinieron las anilinas alemanas e inglesas, con su pacotilla colorante que cuesta poco y que dura cinco años en los tejidos o en la pintura de aceite, y se le acabó a la Patria del añil su comercio noble y a las tintorerías de todas partes la coloración leal que perduraba].

(Estos dos párrafos no aparecen en la versión original del *Repertorio Americano* ni tampoco los incluye la antología mayor de la autora en el volumen Prosa (Santiago de Chile: Cochrane, 1992: 92-96). Los incluye la *Revista El Salvador* de la Junta Nacional de Turismo, No. 10, marzo/1937: 17-20 (*English version*) y 24-27 (versión castellana)).

El producto representativo salvadoreño lo constituía el bálsamo, o sea el grumo resinoso de un curioso árbol, parecido a San Juan de Dios, en su aplicación a curar llagas y otras fealdades que da de sí la piel nuestra. El producto fue famoso durante la colonia y, como también por este capítulo los países grandes se comen el prestigio de los pequeños, nadie conocía el bálsamo maravilloso como resina de un árbol centroamericano, sino como Bálsamo del Perú. Los españoles querían esconder el lugar nativo del árbol extraordinario, que rezuma esa medicina natural, y para despistar a los buscadores, se las arregló de esa manera: Bautizando la resina bajo el nombre peruano, con el que ella ha recorrido el mundo y ha estado en las bocas alabadoras de la campesina de Chile o de la curandera balcánica.

Ahora le está pasando cosa peor que eso al santo bálsamo y es que su grumo entra anónimamente en la preparación de innumerables jabones, emplastos y polvos, los cuales ya no llevan ni siquiera el apelativo falseario, sino la enjuta marca comercial que, como las cosas del tiempo —bancos y sociedades—, no lleva rubro, ni confiesa paternidad del país.

Costa del Bálsamo se llama todavía, con lindo nombre, la región donde el árbol pululaba; pero en cualquier parte del país lo encuentra para conocerle la talla de suma gallardía, semejante al eucalipto, y para tocarle el tronco de

las heridas siempre manantes el viajero curioso que gusta de averiguarle a un territorio un poco de su índole en la vegetación y el bestiario originales, porque ellos suelen decir de una región tanto como el grupo de sus hombres.

Relegada a segundo término la explotación del bálsamo y acabada casi por completo la del añil, El Salvador ha entregado dos tercios de su suelo al cafetal productor que rinde, en abundancia y en calidad todo lo que le piden en un suelo tan generoso.

Cafetales por donde se mira, todavía más que en Costa Rica; cafetal en laderas volcánicas, en axilas de vallecito, en costas bajas. En doce días de caminar con los ojos pegados en el campo de pura maravilla, la mirada se acostumbra a este cultivo que es, al lado de los frutales o del algodón, uno de los más lindos en el orden de la limpieza y de a pulcritud. Las grandes lluvias no alcanzan a hacer pantanales en ellos, porque el sol alacrano lo seca todo: el campesino anda siempre duendeando bajo ese ramaje del cafeto tan asaeteado de luz en una fineza que es casi la del mirto, limpiando el plantío, como el hombre chino del té, con unos cuidados casi femenino de puro escrupulosos.

Los escritores y dibujantes apenas se han ocupado de decir el cafetal que tanto se lo merece en sus tres turnos: el de la floración embalsamadora que vale el naranjal, el del fruto en bonita rojez contra la rama verde barnizada y en el de su cosecha por las mujeres, que ya hubiese querido conocer Virgilio, para cantarla paso a paso.

Resulta graciosa la disputa que llamaríamos Caribe, por la preponderancia y la honra cafetalera, que yo me he oído desde Puerto Rico hasta Guatemala. Naturalmente, Puerto Rico cuenta en su favor de la vieja tradición de su café, una fama que anda en páginas de clásicos españoles y hasta en antiguas canciones. La patria cafetalera clásica no necesita para vender publicidad loca ni alegato en el mercado; ella vende todo el café que alcanzan a dar sus plantíos.

Pero después de la buena fortuna puertorriqueña, vino la producción de cada uno de los países centroamericanos. El de Costa Rica convenció a la clientela europea; el de Guatemala ha ganado el premio cafetero de una exposición

reciente donde se exhibían todos, unos tras otros; Colombia impone en París de más en más su producción, y El Salvador se ha ganado el puesto más próximo al hermano puertorriqueño y logra también venderse sin esfuerzo en las plazas de la competencia.

La disputa coge al viajero que precisamente atraviesa la zona del café, o sea el círculo caliente del Caribe y... lo pone en aprietos para saber cuela de las partes se lleva la razón.

[La que escribe, beberá un año en su Europa de los cafés embusteros sus dos arrobas del buen néctar salvadoreño y lo tendrá presente de la fuerte presencia que es el disfrutarlo cotidianamente. Así y todo no sabe decir cosa válida sobre el pleito] (Estas dos oraciones no aparecen en *Prosas*, 1992). He aprendido en la discusión, y no es poco, que es mucho más fácil apuntar dentro de un bloque de cosas malas la peor, que apuntar dentro de un bloque de excelencias, la nuececilla de lo óptimo. Por algo se ha dicho por ahí que lo desagradable puede decirse hasta en el grado de lo repulsivo; pero que lo dichoso se mete en las vaguedades de lo inefable y ahí desaparece para nuestros ojos (fin de párrafo en *Prosas*, 1992, que independiza las oraciones siguientes). Con lo cual no sé qué me place más entre mis tazas de cafés bebidas en tres meses de viaje por el reino del néctar negro. Bebedores sapientes los hay como para trazar la línea de las bondades y las fallas. Brillat Savarines criollos que algún día nos pondrán sobre el papel el mazazo de la prueba... en la que tampoco crearán los disputadores.

Sta. Margherita, 1932. (Otras fuentes cambian la fecha original y le atribuyen: marzo de 1923 (*Revista El Salvador*; quizás por inversión de números) o noviembre de 1937 (*Prosa*, 1992). Original no consultado: Madr: ABC, 16/mayo/1932 y Santiago de Chile: *El Mercurio*, 29/mayo/1932. Mientras en *Centro América Ilustrada*, No. 24, Año II, agosto de 1946: 33-34, aparece sin fecha). Fechado: Santa Margherite, Ligure, 1932.

## 2. EL SALVADOR, PULGARCITO DE AMÉRICA DE JULIO ENRIQUE ÁVILA

Julio Enrique Ávila, “El Salvador”, *La República.Suplemento del Diario Oficial*, Año V, No. 1379, 25/septiembre/1937. Acaso la publicación más temprana que documenta el nombre literario del país —“el Pulgarcito de América”— data de la celebración de “la ilustre fecha de la Independencia Nacional, en la cual al general Martínez se le concede el título de “Benefactor de la Patria” (*La República*, Año V, No. 1379, 15/septiembre/1937). Una serie de “alocuciones pronunciadas en la radiodifusora nacional el 15 de septiembre de 1937, por las que se hace el elogio de Centroamérica” alaba a los países del istmo. El panegírico a El Salvador le corresponde a Julio Enrique Ávila cuyo discurso aparece publicado diez días después.

Julio Enrique Ávila, “El Salvador, Pulgarcito de América”. *Cypactly. Revista de Variedades*, Año IX, No. 140, Agosto 25 de 1939: 1 (Grabado e ilustración del Br. Ricardo Contreras la cual presenta a una mujer de origen africano como característica de lo salvadoreño). En esta revista las contribuciones de Ávila se prosiguen a lo largo de varios años junto a las de Salarrué, Lars y otros intelectuales salvadoreños lo cual demuestra que su olvido actual traiciona su protagonismo durante la primera mitad del siglo XX. De nuevo, se trata de dos juicios críticos contradictorios sobre la historia, a saber: lo que el presente dice del pasado y la opinión del pasado sobre sí. Cortesía de la Biblioteca de Babel en Aztlán.

Julio Enrique Ávila, “El Salvador”. Saúl Flores (Ed.), *Lecturas nacionales de El Salvador*. San Salvador: Talleres Gráficos Cisneros, 1940: 5-6. IX Edición: Tipografía Editorial “Central”, 1970: 5-6. Se trata del escrito que inicia el volumen el cual se atribuye a “Breve Boceto de El Salvador”. El libro lleva refrenda oficial de Salarrué y Salvador Calderón Ramírez, “miembros de la Sub Comisión encargada por la Comisión Bibliográfica del Ministerio de Educación Pública”, fechada “San Salvador, 22 de septiembre de 1938” lo

cual demostraría la iniciativa del gobierno del general Martínez por crear una literatura nacional. La página final (246) de “Agradecimientos” a “personas que me han alentado y ayudado, moral y materialmente” la encabeza “El señor Ministro de Gobernación General José Tomás Calderón”. La página de “Agradecimientos” no aparece en la novena edición (1970). Cortesía de la Biblioteca de Babel en Aztlán.

*Estudios históricos*. San Salvador: Imprenta Nacional/Biblioteca Universitaria, 1941: 342-344.

*Centro América Ilustrada*, No. 25, Año II, octubre de 1946. Lleva foto del autor y lo antecede mapa de “Nueva geografía de El Salvador” de T. F. Jiménez (Es posible que exista un manuscrito más extenso ya que Cañas Dinarte en su *Diccionario* (DPI, 2002: 49) menciona el texto inédito “*El pulgarcito de América* (folleto de intención cívica salvadoreña” el cual merecería publicarse para restituir la autoría de quien bautizó literariamente al país). Cortesía de Carlos Cañas Dinarte.

El Salvador es el país más pequeño del continente, el Pulgarcito de América. Tan pequeño, tan pequeño es, que podría imaginarse que cupiera en el hueco de una mano. Sin embargo, la pequeñez geográfica, pobreza de territorio, ha sido vencida por un alma indígena indomable que ha logrado florecer los páramos y ha hundido su arado de madera hasta en los bordes del precipicio y las aristas de las cumbres. Todo el país cultivado, se ofrece al peregrino como un huerto generoso; y bajo sus sombra un huerto con los brazos abiertos, con los brazos en cruz, para acoger al que viene de fuera en busca de abrigo o sustento. Pueblo que todo lo obtuvo del trabajo, en una lucha tenaz y paciente; pero que sabe compartir la parquedad de su bocado con quien lo ha menester.

Pero no creáis que este huerto en perpetuo producir ha sido un paraíso terrenal, la tierra prometida para los elegidos de Dios. No. Esta tierra pujante y bravía, rebelde a las manos del hombre, para defenderse se erizó de volcanes. En el Occidente, el Izalco por las noches se viste su manto de oro vivo, refulgente como un dios pagano y terrible que agitara en sus manos una antorcha gigante; y en el Oriente, el Chaparrastique, majestuoso y friolento, parece abrigarse entre las humaredas, como un manto de armiño. Por los cuatro puntos cardinales, y

en el centro y en la periferia, todo se alzó en volcanes.

Los hombres como hormigas, juntando sus terrones poco a poco, alzaron aldeas y ciudades; y cuando las vieron florecientes y suntuosas, el volcán, vengativo, sacudió la tierra; y como castillos de barajas sopladas por niño caprichoso, los palacios y las chozas, todos por igual, rodaron confundidos por los suelos. Pero el hombre fue tenaz. Pronto surgieron entre los escombros los nuevos hogares; la vida continuó, febril y laboriosa y a los pocos años la ciudad resplandeció nuevamente. Pero no fue larga su existencia; el volcán rugió de nuevo y toda la obra humana fue arrasada. Y así, en lucha titánica, increíble, estos hombres de fe han desafiado la Naturaleza; hasta tal punto, que sus casas se alzan altaneras en las mismas faldas del volcán en furia.

De este continuo ajeteo, la tierra, en su mayor parte, parece sacudida por un ataque epiléptico. Cumbres y hondonadas, alturas y precipicios. Al lado de un vergel, la corriente de lava, el árido pedregal. Pero en todas partes, en la tierra fértil como la tierra pobre, en la llanura y en la colina abrupta, y en el precipicio escalofriante, allí veréis al labriego, identificado con su yunta de bueyes, confundido entre la tierra parda, arrojando su semilla y recogiendo su cosecha.

\*\*\*

(división que sólo aparece en *Cypactly* y *Estudios históricos*)

Y si los hombres son fuertes, recios y pacientes a la par, la mujer es admirable, sencillamente admirable. En las madrugadas, apenas Venus, el lucero grande, el nixtamalero, los despierta, el hombre se levanta hacia la tina de agua serenada, sumerge en ella su cabeza, todavía soñolienta, y la sacude ya fresca, como un árbol cuajado de rocío. Luego va en busca de los bueyes; pone en sus hocicos húmedos dos manojos de zacate y retorna al hogar. En la choza, la mujer, diligente, ha encendido el brasero, echa las primeras tortillas y prepara los frijoles fritos y el café estimulante y oloroso. Al mediodía cuando el sol calcinante y la dura tarea han agobiado las espaldas del peón, cuando la sed abrasa y el hambre apremia, como una samaritana surge en la lontananza la mujer con el cántaro humilde y el agua fresca.

Y en las tardes, al retorno tras las veredas encendidas de crepúsculo, tras el parpadeo de las primeras estrellas, chisporrotea el hogar y la cena espera lista y sabrosa.

Mujer cristiana, humilde y abnegada hasta el sacrificio, cuando el hombre no trabaja, ella varonilmente, saca la tarea y prepara la comida y, además, da hijos para la tierra.

En las alturas, las montañas se cubrieron de cafetales, la mayor riqueza del país. ¡Y es de ver la maravilla de un cafetal en flor! ¿Habéis visto alguna vez campos nevados en primavera, bajo el sol? Y habéis conocido nevadas que aroman hasta la embriaguez? Pues eso es un cafetal en flor. Y en las épocas del fría, bajo los vientos de diciembre, los cafetales son deslumbrantes estuches colmados de rubíes. ¡Con que garbo desdeñoso, las cortadoras arrojan en sus canastas las cargas de piedras preciosas! Y más tarde, por todo el mundo, el negro elíxir, esencia de vida, va estimulando y exaltando las potencias humanas.

Pero no sólo café tiene El Salvador, también la caña de azúcar alza sus penachos de granadero, granadero de la paz, rico de azúcar. Ala par de los modernos ingenios, se escucha el lamento apacible de los viejos trapiches, tirados por la yunta de bueyes, que nos dan el azúcar morena, encendida como la piel de los indios. Y también tenemos añil, que más noble que los nobles, tiene de verdad la sangre azul. Y el bálsamo de El Salvador, que por designio de la providencia, de todo el mundo sólo se da en una breve parcela de nuestra tierra. Bálsamo maravilloso que sana el cuerpo y el espíritu. Y el maíz que da el pan para el pueblo; y el tabaco; y los cereales; y las frutas del trópico, que no tienen dueño y se ofrecen desde sus ramas a quien quiera tomarlas.

\*\*\*

(división que sólo aparece en *Cypactly*)

Hemos hablado de la tierra y del hombre que la hizo dar frutos. Pero este diminuto lote y este conjunto de seres forman un país, una patria. Patria que desde su primer aliento de vida, desde su primer grito de independencia, se ha

caracterizado por dos virtudes: primero, un amor invencible por su libertad; y segundo, una protesta viva y eterna a favor de los pueblos oprimidos. En estos dos aspectos está encerrada toda su historia, desde la conquista hasta nuestros días.

En la conquista del viejo reino de Cuscatlán —hoy El Salvador—, fue herido y derrotado por primera vez el valiente Capitán Don Pedro de Alvarado; y su cacique simbólico Atlacatl, murió de tristeza en sus montañas, sin someterse al conquistador; y fue un noble varón salvadoreño, José Simeón Cañas, quien logró en la América Central la redención de los Esclavos. Y así hasta hoy.

Sin embargo, no es un pueblo guerrero. Ama la paz. Su bandera no tiene campo más que para dos colores: el azul y el blanco. Azul, retazo de cielo, ansia de elevación, amor. Blanco, vellones de cordero, nieve de las cumbres, pureza de alma. Por eso nuestra patria es acogedora y fraternal; y sólo pide al peregrino que traiga puro el espíritu, para que no contamine el aire y no enturbie las aguas límpidas.

Este es El Salvador: el Pulgarcito de América.

### 3. EL PULGARCITO DE AMÉRICA

Alfonso María Landarech, *Estudios literarios. Capítulos de literatura centroamericana*. San Salvador: Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, 1959: 125. El capítulo sobre “Julio Enrique Ávila, escritor y poeta” asienta al final “San Salvador, 8 de septiembre de 1949” (139).

Digamos siquiera unas palabras sobre este libro, cuyos elementos andan todavía desperdigados acá y allá, en revistas y recortes de periódicos, esperando la mano de nieve que un día los reúna bajo éste tan sugestivo título: *El Pulgarcito de América*. Frase feliz que se estampó en el primer artículo “El Salvador” y que ha hecho época. “El Salvador es el país más pequeño del continente, el Pulgarcito de América. Tan pequeño, tan pequeño es, que podría imaginarse que cupiera en el hueco de una mano”.

Su prosa sencilla y amena, produce en el que la lee cierta euforia y sano optimismo, por el contenido y por la lección que nos da, “El Mensaje” p. e. es una excitativa al amor de los hombres. Y en “Filosofía Campestre”, por medio de un diálogo entre el ojo del agua y del río, nos hace concebir un profundo amor a la verdad, a la bondad y a la belleza y, un propósito de que cada cual vaya orientando su vida según sus inclinaciones, según su temperamento: unos por las rutas de la contemplación y del arte, y otros hacia los campos fecundos de la acción y del trabajo. Esta es la lección que nos quiere dar Julio Enrique, el escritor parabólico y aleccionador.

#### 4. “HOTEL FRATERNITÉ” DE HANS MAGNUS ENZENSBERGER

Hans Magnus Enzensberger, *Poesías para los que no leen poesías*. Barcelona: Barra Editores, 1972: 9. Edición bilingüe. Versión española de Heberto Padilla. Cortesía de las Musas.

hotel fraternité

el que no tiene con qué comprarse una isla  
el que espera a la reina de saba frente a un cinematógrafo  
el que rompe de cólera y desesperación su última camisa  
el que esconde un doblón de oro en el zapato roto  
el que se mira en el ojo encalado del chantajista  
el que rechina los dientes en los tiovivos  
el que derrama el vino rojo en su cama dura  
el que incinera cartas y fotografías  
el que vive sentado en los muelles debajo de las grúas  
el que da de comer a las ardillas  
el que no tiene un céntimo  
el que se observa  
el que golpea la pared  
el que grita  
el que bebe  
el que no hace nada

mi enemigo  
agachado en el balcón  
en la cama encima del armario  
en el suelo por todas partes  
agachado  
con los ojos fijos en mí  
mi hermano.

1955

## **5. CARTA DE AGRADECIMIENTO DEL PADRE DE SANDINO A MAXIMILIANO HERNÁNDEZ MARTÍNEZ**

*La República. Suplemento del Diario Oficial. Año II, No. 384, 12/marzo/1934: 2.*

**El padre del general Sandino agradece a El Salvador su oportuna cooperación moral en pro de la justicia**

**“Siento —dice— el supremo consuelo de ver en torno de Nicaragua y de sus destinos, un Gobierno ardientemente sostenedor de los principios de honor y de la dignidad centroamericanos”**

**“El Gobierno del general Hernández Martínez ha demostrado prácticamente su devoción por la causa de la justicia”**

El señor don Gregorio Sandino, padre de los generales Augusto y Sócrates Sandino, quien desde hace algunos días se encuentra de visita entre nosotros, ha hecho a la prensa nacional las importantes declaraciones que a continuación nos complacemos a reproducir:

“Para nosotros los nicaragüenses, la oportunidad con que llegó a nuestro país la Misión Diplomática del Gobierno de El Salvador, integrada por don Antonio

Álvarez Vidaurre y por los pundonorosos militares Merino y Huezo, miembros del ejército salvadoreño, será motivo de eterno y leal reconocimiento”.

“Al sentirnos rodeados por la fuerza moral amiga de los representantes del Gobierno que tan acertada y patrióticamente preside el general don Maximiliano Hernández Martínez, y por la de otras naciones centroamericanas y amigas, los nicaragüenses angustiados por la incertidumbre de aquellos graves y lamentables momentos plenos de una intensidad, experimentamos una reacción espiritual muy honda; y la labor hábilmente desarrollada por el culto y distinguido diplomático y por sus compañeros los agregados militares pocas horas después de su llegada, dio por resultado el nacimiento de la tranquilidad pública al cristalizarse en histórico decreto promulgado por el señor presidente Sacasa, en su carácter de Comandante General de la República, el orden constituido destruyendo la base viciada sobre la que se levantaba el edificio de la Guardia Nacional, creada por las fuerzas de ocupación norteamericana de la que aquel cuerpo era una sombra funesta”.

“Con la oportuna cooperación de El Salvador y de otras naciones hermanas, un nuevo plano de acción fortifica en nosotros la esperanza de mejores días para la Patria; y puedo decir, con sentimiento de gratitud y con orgullo de padre, que es a El Salvador al que se debe en gran parte que después de la trágica muerte de mi hijo Augusto [21/febrero/1934], se cumplieran las nobles aspiraciones suyas que luchaban por restablecer en todo su imperio el orden constitucional interrumpido por el funcionamiento imperfecto de aquella guardia”.

“Como nicaragüense, como padre de los generales Augusto César y Sócrates Sandino y como amigo del Presidente de Nicaragua, doctor don Juan Bautista Sacasa, rindo al pueblo y al gobierno de El Salvador los más fervientes agradecimientos, y dentro del profundo dolor que embarga mi espíritu, siento el supremo consuelo de ver en torno de Nicaragua y de sus destinos, un Gobierno ardientemente sostenedor de los principios del honor y de la dignidad centroamericanos”.

“El Gobierno del general Hernández Martínez ha demostrado prácticamente su devoción por la causa de la Justicia, asistiendo a un pueblo en desgracia, en los momentos en que todos los horizontes estaban envueltos en las más densas

sombras”.

Gregorio SANDINO

San Salvador, El Salvador, marzo 9 de 1934”

(En la misma página aparece “El hermano Salvador” de Juan Ramón Avilés (Managua, 6 de marzo), misiva que reconfirma presencia diplomática salvadoreña a favor de la “esperanza” nicaragüense)



# ARMAS Y LETRAS

## PRINCIPIOS DE “LA POLÍTICA DE LA CULTURA” DEL MARTINATO

Palabras claves - Resumen

Keywords - Abstract

0. Recuadro inicial

I. Memoria y olvido

II. Del sentido común...

III. ...A la evidencia historiográfica

IV. Inventario del presente

V. Cifra del pasado

VI. Conclusión

Coda teosófica

Notas

Lista de ilustraciones

¿Cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? [...] Todo esto es al revés en los letrados [...] es más fácil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados [pero] volvamos a la preeminencia de las armas contra las letras [...] dicen las letras [indigenismo, lírica azteca, literatura oral, regionalismo, teosofía...] que sin ellas no se podrían sustentar las armas [el gobierno de Martínez después del etnocidio (1932)] a esto responden las armas [el gobierno de Martínez] que las leyes [indigenismo, lírica azteca, literatura oral, regionalismo, teosofía...] no se podrían sustentar sin ellas. (1)

Auspiciada por el Señor Presidente de la República, General Max. H. Martínez y a iniciativa del Ateneo [y de] un espíritu dilecto, Salarrué, el hombre llamado a recoger el estandarte de los intelectuales salvadoreños [...] estamos frente a una política nueva. *La política de la cultura.* (2)

**Palabras claves:** Artes y política anti-imperialista; arte indigenista, regionalista y teosófico forjando patria; historia intelectual de El Salvador; política cultural de Maximiliano Hernández Martínez.

## Resumen

“Armas y letras” estudia la producción cultural de una institución salvadoreña: el Ateneo de El Salvador. Examina una década de publicación de su máximo órgano de difusión: la *Revista del Ateneo* (1923-1933). El ensayo descubre participación activa de figuras intelectuales sobresalientes que el presente ignora. Indaga la contribución de los generales Maximiliano Hernández Martínez y José Tomás Calderón. Ambos personajes se vinculan con la supresión de una revuelta y etnocidio que ocurren en el occidente del país en enero de 1932. Si el primer militar se reconoce por su sospechosa toma de poder en diciembre de 1931 y presidencia vitalicia hasta 1944, el segundo se recuerda por dirigir las tropas del ejército contra los sublevados y su cargo de Ministro de Gobernación durante la presidencia de Martínez. A esta *historia oficial*, el ensayo agrega documentación olvidada que establece el protagonismo de ambos generales en el Ateneo de El Salvador previo al etnocidio. El reconocimiento que obtienen como miembros prominentes en los círculos intelectuales les otorga un capital simbólico que utilizan al inicio de su mandato. “Armas y letras” describe el despegue de la “política de la cultura” del martinato en 1933, gracias al apoyo que los literatos salvadoreños más destacados (Francisco Gavidia, Grupo Masferrer, Salarrué...) le aportan al nuevo gobierno. Más allá de toda controversia sobre el etnocidio, el ensayo revela la existencia de una totalidad intrínseca entre “soldado y letrado”, según máxima cervantina. Ambas esferas se reúnen bajo un proyecto común por refundar la nación en un arte indigenista, regionalista, teosófico, etc. Por este fundamento *espiritual*, el nacionalismo salvadoreño se impone sobre toda intrusión materialista extranjera: capitalismo o imperialismo estadounidense y comunismo bolchevique.

**Keywords:** Arts and anti-imperialist politics; cultural politics of Maximiliano Hernández Martínez; Salvadoran intellectual history; theosophical, regionalist and indigenista art as nation-building.

## Abstract

“Arms and literature” studies the cultural production of a Salvadoran institution: the Ateneo of El Salvador. The article examines a decade of publication of its main journal: *Revista del Ateneo* (1923-1933). It discovers the active contribution of intellectual figures forgotten nowadays. The essay retraces the participation of two generals, Maximiliano Hernández Martínez and José Tomás Calderón. Both personalities are linked to the suppression of a revolt and an ethnocide that occur in the western part of the country in January 1932. If the first official is recognized by a suspicious coup-d’état on December 1931, and by his long-lasting presidency (1931-1944), the second personality is remembered by commanding army troops to control the insurrection, and by its position as Minister of War during Martínez’s presidency. The essay reveals forgotten documentation by *official history* concerning Martínez’s and Calderón’s membership in the Ateneo of El Salvador before the ethnocide. The recognition that both notable affiliates acquire in this intellectual circle bestows them with a symbolic capital that they employ at the beginning of their political career. “Arms and literature” describes the foundation of the “politics of culture” of the *Martinato* in 1933, thanks to the support of the most relevant writers of the period (Francisco Gavidia, Masferrer Group, Salarrué...). Beyond any denounce of the ethnocide, according to a maxim by Miguel de Cervantes, the article discovers the existence of an intrinsic totality between “soldiers and writers”. Both spheres —“arms and literature”— are reunited in a common project to reinvent the nation on artistic grounds: *indigenismo*, regionalism, theosophy, etc. By this spiritual foundation, Salvadoran nationalism prevails over any materialistic foreign intrusion: capitalism or USA imperialism and Bolshevik communism.

## 0. RECUADRO INICIAL

**El Ateneo de El Salvador lanza su protesta ante el mundo civilizado por la conducta arbitraria e inhumana de los Estados Unidos**

El “Ateneo de El Salvador”, tomando en consideración los acontecimientos políticos que se desarrollan en la hermana

República de Nicaragua que han llegado a entorpecer la marcha progresiva de aquel pueblo en sus distintas actividades; que es un deber ineludible de justicia y de humanidad cooperar por los medio factibles al restablecimiento de la paz y de la normalidad de las instituciones republicanas que deben imperar en todo país culto y civilizado; que semejante situación caótica, lesiona gravemente los intereses de Centro América, e involucra el desconocimiento de los derechos y obligaciones internacionales con menoscabo de las soberanías de las naciones latinoamericanas, esta Institución, compenetrada de los hechos expuestos, en cumplimiento de elevados cánones, resuelve:

1º Dar apoyo moral al pueblo de Nicaragua para que, volviendo a sus normas constitucionales, organice un Gobierno que garantice los intereses patrios y concilie los de los bandos encontrados.

2º Que Nicaragua como país soberano e independiente tiene derecho a resolver por sí misma los asuntos políticos que señala su Constitución, sin que ningún poder extraño intervenga en ellos.

3º Que en el conflicto actual, el Departamento de Estado de Norte América, con detrimento de los principios del Derecho Internacional que regulan las relaciones entre los Estados y las obligaciones de éstos entre sí, han desembarcado fuerzas estadounidenses en Nicaragua y enviado unidades de su flota de guerra a sus distintos puertos, sin que para ello haya mediado declaración de guerra ni otro motivo legal que pudiera explicar la violación del territorio nicaragüense; el “Ateneo de El Salvador” no puede permanecer indiferente, y como entidad jurídica protesta por los ultrajes y violaciones cometidos.

4° La actitud de los Estados Unidos, exteriorizada en forma de conquista, es atentatoria para todas las naciones de la América Latina, que ven amenazadas sus soberanías y expuestos a ser conculcados sus derechos.

Por razones de humanidad, de raza y de confraternidad latinoamericana, el “Ateneo de El Salvador” eleva su protesta ante el mundo civilizado y reprueba la acción dolorosa de los Estados Unidos.

San Salvador, 18 de enero de 1927.

Firman: Lázaro Mendoza, presidente; Rosario Acosta Carrillo, vicepresidente; Hermógenes Alvarado h., vocal; Max H. Martínez, vocal; Saturnino Cortés Durán, tesorero; R. A. Funes, síndico; Juan Felipe Toruño, Alfonso Espino, Victorino Ayala, Salvador R. Merlos, Tomás Cabrera R., Adrián M. Arévalo, Julio E. Ávila, Calixto Velado, José B. Navarro, Francisco A. Funes, Director de la Revista; Francisco R. Osegueda, secretario, Gilberto Robleto, pro-secretario.

*Revista del Ateneo de El Salvador*; Año XIV, Nos. 119-120, abril-mayo/1927: 4371.

## I. MEMORIA Y OLVIDO

“Armas y letras” rastrea la producción cultural de una institución salvadoreña durante la década de los veinte, el Ateneo de El Salvador (1923-1933). Rescata miembros olvidados, al igual que recobra propuestas culturales y filosóficas irreconocidas dentro de su tendencia conservadora. Estas corrientes se hallan muy cercanas a posiciones del gobierno salvadoreño en turno. El ensayo descubre cómo anti-imperialismo, indigenismo y, más parcamente, sandinismo, se convierten en baluartes del nacionalismo salvadoreño. Existe una intimidad estrecha entre la cultura letrada y el poder.



Portada, *Revista del Ateneo*, 1926-1927

Al evaluar la izquierda como esencia —portadora de significados inmutables y únicos— se olvida el origen y carácter móvil de ciertos conceptos. La propuesta a desarrollar los juzga por su existencia, cambiante y azarosa en la historia salvadoreña de la década del veinte. La conclusión restituye el despegue manifiesto de una “política de la cultura” durante el martinato (1931-1944), gracias a la participación de casi todos los intelectuales de la época. (3)

La postura política de algunos valores “*oscila*” hacia la derecha, sin que sus proponentes “originales” e hipotéticos anoten el “desvío” de ideales primigenios, aun si resultaría cuestionable que exista la antítesis actual derechazquierda hacia 1923. Sirva de ejemplo la categoría de anti-imperialismo la cual el sentido común de la izquierda actual califica de concepto propio. Pero, de manera *paradójica*, en El Salvador se realiza plenamente en el momento en que su oponente lo esgrime como condición de arribo al poder y de nuevo ideario nacional dentro de una cultura letrada.

Desde Costa Rica, una de las revistas más importantes del continente, el *Repertorio Americano*, informa que ascenso del general Maximiliano Hernández Martínez (1882-1966) a la presidencia en diciembre de 1931 se percibe como acto anti-imperialista, aun si su esperanza se disipa en un par de meses. “Ya no queremos más tutelaje del amo yanqui” declara el apoyo que recibe el “golpe de estado”. (4) La defensa se la otorga el mismo articulista costarricense, Octavio Jiménez Alpízar, quien forja el término “matanza” al condenar el etnocidio de 1932, antes que todo intelectual salvadoreño denuncie, o siquiera anuncie el suceso. (5) Esta omisión no la explica un presunto terror militar. En cambio, la *Revista del Ateneo* demuestra una absoluta complicidad de las redes intelectuales salvadoreñas con la posición del general Martínez.

De forma alemana la “*apropiación*” de conceptos afecta también al sandinismo y al indigenismo, los cuales operan un giro hacia la misma orientación política conservadora. Al conjugarlos en pretérito, los principios políticos no poseen igual peso específico que el compromiso ideal que el presente les otorga. En este vuelco de “*valores prístinos*” hacia su “*corrupción*” terrenal, el ensayo asienta la De forma alemana la “*apropiación*” de conceptos afecta también al sandinismo y al indigenismo, los cuales operan un giro hacia la misma orientación política conservadora. Al conjugarlos en pretérito, los principios políticos no poseen igual peso específico que el compromiso ideal que el presente les otorga. En este vuelco de “*valores prístinos*” hacia su “*corrupción*” terrenal, el ensayo asienta la dificultad de hacer historia sin documentación primaria. Por falta de rigor, a menudo se narran sucesos pasados sin hacer historiografía. Se aducen memorias que ignoran su propio antónimo complementario, el olvido. Por azar objetivo, un recuerdo absoluto resulta ficción borgeana, desde la asonada edición de “*Funes el memorioso*” (1944) y caída del general Maximiliano Hernández Martínez (1931-1944) en el mismo año.

## Presidente de la República de El Salvador



### General Max. Hernández Martínez.

quien a raíz del levantamiento del dos de Diciembre corriente, fué llamado por el Directorio Militar a fin de tomarle la protesta de ley para que ejerza la Primera Magistratura de la Nación Salvadoreña, por corresponderle a él en su concepto de Vice Presidente. Cargo que esperamos sabrá llevar por buen camino sin ir al fracaso como su antecesor, que no supo comprender las aspiraciones del pueblo salvadoreño que había confiado en él, causando el descontento general que dió margen a su caída.

A él corresponde terminar el periodo del ex-presidente Ignacio don Arturo Arango quien abandonó su puesto, sin licencia del Poder Legislativo, sin que haya goberna y sin hacer el depósito correspondiente.

De esta manera se restablece el imperio de las leyes y la tranquilidad del país.

Los contemporáneos que reclaman la memoria como guía de la historia no se percatan del desengaño que un recuerdo categórico les produciría a sus valores más profundos. Ansiosa por delinear una “Cartografía de la memoria. Prácticas culturales de la posguerra”, la actualidad no advierte la larga dimensión de su propia experiencia política. (6) Desconoce origen de las imágenes clásicas que el país considera propias a su identidad por una acertada “política de la cultura” (epígrafe inicial). Quedan en silencio la ideología y el compromiso social de los escritores canonizados con un régimen estatal que ahora se impugna: auge de indigenismo nacionalista y teosofía bajo Martínez.

## II. DEL SENTIDO COMÚN...

Hacia 1927, la intervención estadounidense a Nicaragua provoca un amplio frente de protesta en El Salvador. El anti-imperialismo y el sandinismo estimulan los movimientos de *izquierda* y los reclamos populares por una reforma política integral. Se presupone que este auge figuraría en preludio del levantamiento de 1932. El control militar de un país vecino provoca que posiciones “radicales” obtengan una acogida favorable por espectros sociales más amplios de toda la población.

Bastaría leer la lúcida descripción que llevan a cabo los historiadores estadounidenses J. L. Gould y A. A. Lauria-Santiago en su *To Rise in Darkness* para advertir el impacto político que esos valores de “izquierda” suscitan en la sociedad salvadoreña de la época. (7) La defensa de Sandino —la oposición al militarismo anglo-imperialista— no sólo conmueve a los estratos populares, campesinos, artesanos y obreros. También obliga a que las clases medias se manifiesten y se entable un acalorado debate en los periódicos.

Junto a la presencia de Esteban Pavletich en Ahuachapán, la llegada del “fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA)”, Víctor Haya de la Torre, hacia 1928, precipita acciones revolucionarias que desembocan en la rebelión de 1932. Antes de ello, se funda “la Universidad Popular” en la cual se foguea la figura legendaria de Miguel Mármol; se prosiguen actos de protesta y manifestaciones en los años venideros, hasta culminar con “la formación de una rama salvadoreña del Socorro Rojo Internacional”. Esta organización se erige en protagonista de “la movilización de 1931”, preludio

de la revuelta de 1932. Si el legado de ese movimiento “reformista y anti-imperialista” se prolonga por años, su objetivo inmediato “fracasa” al quedar destruido luego del etnocidio concluyen los historiadores estadounidenses.



Augusto César Sandino

No obstante, pese a su compromiso social, al revelar la lucha por los “derechos” de los trabajadores ligada a “estructuras económicas injustas”, esta reseña no agota la complejidad del fenómeno histórico. Resulta bastante noble y atractivo, pero engañoso, reducir el pasado a nuestra visión redentora en el presente. Ante este obstáculo de la memoria, la tesis nodal rescata una “protesta ante el mundo” que firma el propio Martínez. “Armas y letras” documenta la manera en que el anti-imperialismo salvadoreño se arraiga en los círculos intelectuales cercanos al gobierno, tal como el Ateneo de El Salvador, quienes buscan un proyecto unitario de nación.

La posición gubernamental del Ministerio de Relaciones Exteriores declara «ningún Estado tienen derecho de intervenir en los asuntos internos ni en los externos de otros Estados» ». (8) A esta soberanía nacional latinoamericana contribuyen “las iniciativas salvadoreñas por la solidaridad y la conciencia internacional” desde el arribo del general Martínez al poder. (9) Incluso, los grupos anti-imperialistas más extremos, radicados en la capital mexicana apoyan las iniciativas del martinato en nombre de la auto-determinación de los pueblos. “En las relaciones internacionales del Continente Americano hay una serie de fórmulas [...] como la Doctrina Monroe [1823], la Enmienda Platt [1901] y los Tratados Centroamericanos de Paz y Amistad [(1923), los cuales] obliga[n] a las naciones contratantes [...] a justificar la intervención de la Casa Blanca en la política interna de los países centroamericanos”. (10)

Este sentimiento no resulta novedoso para los ateneístas ya que, desde su fundación en diciembre de 1912, ligado a la figura del presidente Manuel E. Araujo (1911-1913, fechas de mandato presidencial), existe una conciencia nacionalista y anti-imperialista sin correlación directa a ninguna izquierda, ni menos aun a posiciones marxistas. La bibliografía temprana es tan extensa como oculta permanece la larga dimensión de esa postura aunada a la cuestión nacional. Comprende los primeros números de la *Revista del Ateneo* (1912-1921) que celebran centenario del primer grito e independencia patria, al igual que festejan unidad hispana cada día de la raza y buscan crear un arte nacional, el *Libro Araujo* que enlaza acción “pro-patria” con “posición ante el conflicto nicaragüense” y, al menos, el ensayo explícito de Salvador Turcios R., *Al margen del imperialismo yanqui*. (11)

## Homenaje a nuestros grandes artistas



Salazar, sorprendido en traje de artista.

Entre los jóvenes intelectuales de mayor prestigio que cuenta el país está el artista Salvador Salazar Arrué, conocido en el campo de las letras por Salazar, quien ha escrito bellos libros como *El Cristo Negro*, *El Señor de la Barbuja*, *Oyarkandil* y últimamente sus *Cuentos de Barro*. Escritor delicado, su prosa emotiva es leída con agrado y hace de las cosas sencillas poemas maravillosos, verdaderas filigranas. Como crítico es insuperable, sereno y justo. Cultiva con acierto el cuento regional.

Salazar es en estos momentos una de las figuras que mejor se definen en la literatura nacional y también un exquisito pintor, cuyos cuadros son una verdadera promesa de arte.

"Cypacty", que es tribuna de la juventud, se complace y se honra en publicar el fotograbado de quien mucho ha hecho por la patria en el campo del espíritu y la cultura y le alienta para que continúe cosechando nuevos y recordados laureles.

Por esta solvencia acallada, ese valor político no brota en la década de los veinte ni decae hacia 1932 después del etnocidio. El mismo gobierno que lucha militarmente contra Sandino, el estadounidense, por años se niega a reconocer al salvadoreño. El “héroe de las Segovias” y el presidente Martínez cuentan con una misma negativa de reconocimiento diplomático oficial. Por su ausencia de diciembre/1931-abril/1934, la nómina de embajadores estadounidenses en El Salvador revela netos conflictos de intereses políticos que se perciben como desafío al imperio.

En el año del etnocidio, las “actividades literarias [...] de El Salvador” indican que la teosofía, el bello libro *Remontando el Uluan* de Salarrué, la defensa de Sandino y del indígena, así como el *Diario Oficial* apuntan hacia una misma dirección política. (12) A la vez de acallar toda denuncia de la matanza, esas publicaciones exaltan al héroe de las Segovias y su gesta anti-imperialista, al igual que defienden el derecho indígena a su cultura y tierras ancestrales, en presencia del “Señor Presidente de la República” y del presidente del Ateneo, general José Tomás Calderón. (13) Por su parte, la teosofía salarrueriana mantiene vivo el *espiritualismo* —“el fulbultaje musical” entre él y Gnarda, “una atrevida muchacha, negra y bella”— si bien esos viajes astro-sensuales insinúan a veces actos de violencia, oculta bajo una ensortijada alegoría.

Además de toda memoria popular, la historia intelectual —la historia de la ciudad letrada burguesa dirían los ortodoxos— nos depara memorias reveladoras. Quizás por ser tan dolorosas —el anti-imperialismo, sandinismo e indigenismo sino en apoyo, al menos en complicidad con Martínez— la historia salvadoreña opta por ocultar en el olvido el sesgo político que recubre esos contenidos. A continuación, año por año (1923-1933), el ensayo revisa una década de evidencia silenciada que el lector aprecia en la “protesta” del Ateneo de El Salvador contra la intervención estadounidense (1927), transcrita literalmente al inicio.

El tema crucial expone el papel de protagonistas intelectuales que desempeñan los generales Maximiliano Hernández Martínez y José Tomás Calderón en el Ateneo de El Salvador y, seguramente, en círculos teosóficos no documentados aún. Más allá de todo “terror del martinato”, al despegue del gobierno “constitucional”, su aureola de miembros de una élite intelectual le otorga

a la presidencia de Martínez el aval de colegas artistas y escritores, ahora consagrados como clásicos de la cultura nacional. (14)

Entre las mayores paradojas de la historiografía salvadoreña en boga, se cuenta la consonancia que armoniza el rechazo político contra Martínez con el elogio de toda producción cultural indigenista durante su mandato (María de Baratta, Francisco Gavidia, José Mejía Vides, Salarrué, etc.). A la unidad intrínseca soldado-letrado —armas y letras— que los ateneístas legitiman en nombre de Miguel de Cervantes y Saavedra, la actualidad la imagina escindida y en oposición. Protegidos en torres de marfil, los letrados resistirían; se opondrían a los soldados, en vez de ser fieles colaboradores.

### III. ...A LA EVIDENCIA HISTORIOGRÁFICA

La gran tragedia local [de 1932] aún palpitaba, la herida moral no estaba restañada y explorar ciertas zonas del asunto era exponerse a excitar susceptibilidades de determinado sector social o perder la armonía con personas con las cuales mantenía vínculos de sangre o por lo menos, de amistad íntima [¿cómo Martínez y quizás Calderón?]. (15)

La “protesta” nos depara la sorpresa de una historia nacional que se fascina en olvidar. La firman altas personalidades intelectuales de la época. Se nombran las autoridades mismas del Ateneo, entre quienes figuran Maximiliano Hernández Martínez, próximo presidente vitalicio de El Salvador, Juan Felipe Toruño, escritor que le abre espacio periodístico del *Diario Latino* a la generación comprometida y Calixto Velado, mi bisabuelo paterno, al igual que Alfonso Espino, célebre poeta olvidado quien edita, reescribe una obra incunable que él mismo intitula: *Jícaras tristes* (1936) de su hijo suicida Alfredo Espino, sin mayor reconocimiento oficial ni lectura entusiasta en vida. (16) También firma Julio Enrique Ávila quien introduce la vanguardia poética y forja el nombre literario del país, “Pulgarcito de América”, pese a que la actualidad se lo atribuya sin prueba documental a la chilena Gabriela Mistral. (17)



La ayotera (quinto premio) de Francisco Montenegro

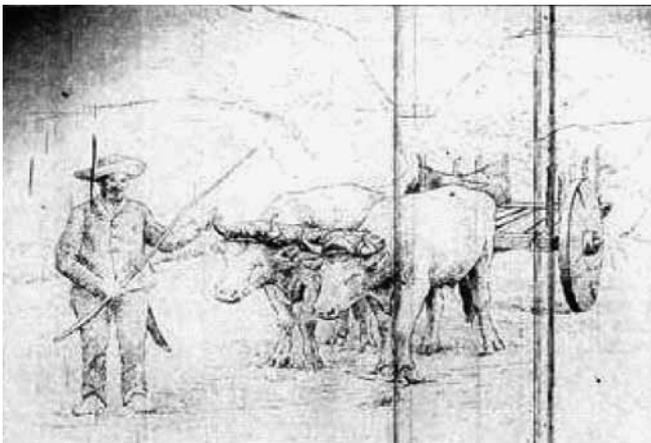
Esta inclusión nos revela una veta insospechada de Martínez. Antes de llegar a la presidencia en 1931, ocupa un sitio de prestigio en los círculos intelectuales de la capital. Junto al general José Tomás Calderón, su nombre aparece en la nómina de miembros del Ateneo desde 1924. Pese a su carácter oficial y de corte masculino —casi no aparecen nombres de mujeres durante la década de los veinte— una ideología anti-imperialista radical hace mella en la institución.

Por la revista resulta posible rastrear éxitos literarios de ambas personalidades previos a su ascenso político hacia altas esferas gubernamentales. Estos triunfos les aseguran un extenso entramado de relaciones sociales entre artistas y escritores quienes, aunque no se pronuncien, jamás se opondrían a su futuro gobierno ni a sus acciones militares. Más allá de todo terror, existe una complicidad silenciada entre renombrados autores salvadoreños y autoridades estatales. Nuestro presente se regocija en olvidar toda colaboración, en disputa con el legado quijotesco de unidad soldado-letrado.

## 1923-1924

El nombre de Calderón aparece en 1923. El año siguiente pronuncia su discurso de incorporación, el 11 de octubre. Para esa misma fecha, junto al escrito se publican sus “datos biográficos” y foto de sus esposa. (18) Toda reticencia actual sobre su ensayo, lo disipa uno de los intelectuales más importantes de la época, David J. Guzmán, cuyos anti-imperialismo y menguado (anti) indigenismo nombran el Museo de Antropología (MUNA) hasta el presente.

A Calderón Guzmán lo enjuicia por “el amor a las letras” (pág. 1887), a lo cual la revista agrega “erudición, honradez y entusiasmo” (pág. 1863). Esta correlación directa entre cargo militar y literatura expresa un sentimiento de la época que se justifica con la más clásica raigambre en Miguel de Cervantes y Saavedra, soldado y escritor. En Calderón la temática la explicita “el cuartel [que] es un gran centro de cultura moral” y artística (pág. 1886). (19) Aun si no existe traza del discurso de incorporación de Martínez, el mismo ejemplar de la revista lo certifica como “recibido en sesión solemne” (pág. 1852). En los otros números de 1924, sólo el nombre de Calderón aparece en la nómina de miembros. A la par de la exaltación de poetas ecuatorianas —ante todo de Aurora Estrada y Ayala (pág. 2039)— destaca homenaje a España por “descubrimiento de obras de arte [en] la portada de nuestro Palacio Nacional”: Isabel la Católica y Colón (pág. 2028).



Una carreta y su guía (tercer premio) de Miguel Ortiz V.

1925

Hacia 1925, fecha de ingreso de Juan Felipe Toruño, Calderón ocupa el rango de vice-presidente. (20) Toruño exhorta a abandonar todo decadentismo y exotismo modernista el cual exalta lo oriental y lejano, tal cual la fantasía salarrueriana. Hay que “reconcentrar nuestro pensamiento y nuestro sentir en esta tierra [...] para llegar al sendero de nuestra propia civilización [...] centro cultural del mundo entero” (pág. 3011), según lo exigen Ramón Valle Inclán y Rabindranath Tagore, sus modelos poéticos. Esta exigencia la percibe en la poesía de Alfonso Espino cuyo poemario Facetas (1925) ejemplifica el arte como “resumen de la naturaleza por la imaginación” (pág. 3075). Su foto y reseña personal antecede discurso de ingreso.

Bajo el título “las armas, las letras y nuestro idioma...”, otro discurso de ingreso leído por el Coronel José C. Torres entrevé enlaces directos entre esos ámbitos con invocación directa a Cervantes. “Las armas sin las letras, o las letras sin las armas, las naciones no vencen” (pág. 3017). De este autor, el presente ensayo retoma título y *leit-motif* el cual remite al capítulo XXXVIII de Don Quijote de la Mancha. Para el hidalgo, soldado y letrado conforman una totalidad intrínseca que la actualidad pretende escindir al colocar logros de la política cultural del Ateneo y Martínez (indigenismo, regionalismo, teosofía...) contra su propio gobierno.

“La necesaria coexistencia de las armas y las letras, en conjunción recia para la culturización de los pueblos” estipula la ley que rige a esta generación literaria (pág. 3018). La revista enjuicia su discurso “por la alteza de ideas” (pág. 3059). Muchos actos culturales del Ateneo se efectúan en el paraninfo de la Universidad Nacional, lo cual revela una cooperación estrecha entre gobierno salvadoreño en turno y círculos intelectuales y académicos cuyo “pensar se impone por virtud intelectual” (pág. 3061).

A ello se agrega la necesidad de “arbitraje internacional” entre las únicas dos razas que reconoce una visión reduccionista de lo nacional —anglos al norte y latinos al sur del río bravo— como si toda nacionalidad multi-cultural y multi-étnica fuese imposible. Guzmán continúa su arenga anti-imperialista (pág. 3038). En breve, en esta mezcla heterogénea de ideas —nacionalismo uni-

racial, teosofía, armamentismo poético, anti-imperialismo anglo-americano, regionalismo— se cifra la experiencia ateneísta de ese año.

## 1926

Para 1926, Martínez aparece como pro-secretario del año anterior, mientras Calderón continúa en funciones de vice-presidente. Se anuncia la directiva entrante en la cual José María Peralta Lagos ocuparía el puesto de presidente y Toruño el de pro-secretario. Es de anotar la obvia discrepancia jerárquica entre el pasado y nuestra percepción presente en los cargos intelectuales que ocupan Calderón y Toruño. Espino-padre sigue descollando como poeta célebre, varias veces laureado, pese a nuestro olvido. Los poetas que el pasado lee y reconoce, el presente los desprecia —Espino-padre, Pedro Flores, Aura Rostand, Julián López Pineda— y los que el pretérito desdeña —el suicidado Espino-hijo— reciben honores póstumos.



India salvadoreña con su indumentaria regional de Panchimalco

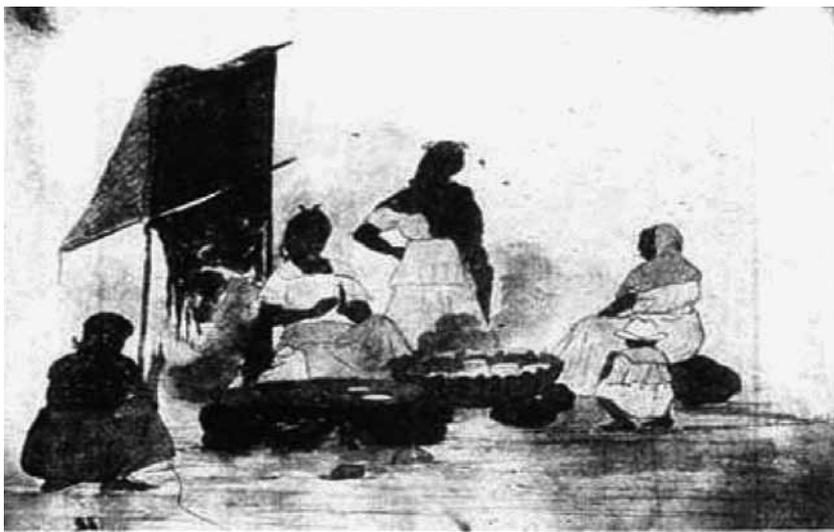
Se recogen documentos primarios sobre la historia del siglo XIX, los cuales le otorgan un carácter humano y desmistificador a próceres de la independencia y presidentes posteriores. Destacan los conflictos entre el general Gerardo Barrios, la iglesia y los conservadores. A la actualidad que se apresta a conmemorar un segundo centenario del primer grito (noviembre/1811), el Ateneo contrapone una idea más trágica y conflictiva del siglo XIX. Señala la falta de proceso de independencia (1811-1821), múltiples guerras posteriores y existencia post-independentista de “polos opuestos que necesitaban de la extinción” (pág. 4364).

Para una visión de género, no bastaría anotar su ausencia de ese círculo intelectual, sino que a su destierro se agrega un saber semejante al del diablo (pág. 4479). En contraposición, emerge un espacio poético femenino en el cual sobresalen Luisa Luisi, Virginia Pineda, Aura Rostand, etc. y una labor pedagógica de maestras como Ana Julia Flores.

## 1927

En mayo-abril de 1927, la rúbrica inicial anuncia que Martínez ocupa el cargo de segundo vocal de la “junta directiva saliente” y el de primer vocal de la entrante de 1928. (21) Espino-padre figura como secretario, mientras Calderón conforma la comisión redactora. Se rinde homenaje al fallecimiento del Dr. David J. Guzmán, cuya “irreparable pérdida para El Salvador y Centro América lamentan intelectuales suramericanos (pág. 4513). Francisco A. Funes continúa reproduciendo documentos primarios para la historia nacional del siglo XIX, ante todo relacionados a Barrios.

Se le rinde amplia cobertura a una poeta, Blanca Lydia Mendoza, a quien Espino-padre dedica un homenaje póstumo. Este mismo escritor aplica recomendaciones previas de Toruño (1925) al consagrar ocho composiciones a la exaltación lírica del terruño. También figura la personalidad de Manuel Barba Salinas, durante un homenaje a Peralta Lagos, quien elabora una de las primeras antologías del cuento salvadoreño (1959). Por último, la sección “Variedades” anuncia las actividades de “La Liga Antimperialista”, al lado de una reseña sobre “La medicina, el Ocultismo y la Metapsíquica”. Teosofía y política por la soberanía nacional se conjugan en un todo único de corte nacionalista.



La pastelera (primer premio) de Miguel Ortiz V.

Si resulta de la más flagrante evidencia que la izquierda lidere movimientos anti-imperialistas de apoyo a Sandino, la *Revista del Ateneo* obliga a examinar el dogma al demostrar que ese sentimiento invade también a círculos intelectuales conservadores. Las oposiciones binarias se vuelven más complejas, ya que el futuro contrincante político de Farabundo Martí, el propio Martí-*nez*, firma un acta de protesta contra la intervención armada estadounidense. Al igual que las cinco letras iniciales de ambos apellidos, los enemigos no sólo se definen por su oposición. Se explican por compartir un terreno común de valores políticos llamado anti-imperialismo.

Pese a nuestro olvido, esta censura la reconoce un buen número de escritores y artistas que frecuentan los actos culturales del Ateneo, a menudo celebrados en la Universidad Nacional. A cuatro años de su ascenso al poder, Martínez se forja una aureola de intelectual crítico frente al militarismo anglo-americano. Que la actualidad lo perciba como dictador, autor del etnocidio, teósofo extravagante, etc., esta caracterización no significa que su época lo entienda de igual manera a la nuestra. La conferencia que imparte Martínez recibe amplia aclamación de la concurrencia: “La enseñanza por el método de proyectos y su influencia sobre la educación de la atención”. “Fue muy aplaudido y felicitado”, mientras

el presente se regodea en denigrarlo, es decir, en sustituir su percepción del pasado por la visión que esa época posee de sí misma (pág. 4575).

## 1928

El microfilme de la *New York Public Library* carece de copia para este año lectivo clave, en el cual Haya de la Torre visita el país.

## 1929

La “lista general de socios del Ateneo” se publica al final del primer volumen en la cual aparece el Gral. Max H. Martínez como simple “socio titular”, a la par de Calderón, Peralta Lagos, Quijano Hernández, Toruño, para nombrar sólo personalidades reconocidas. (22) El cargo de Martínez como presidente del Ateneo lo certifica el segundo volumen al enlistar la “directiva saliente” para 1929 y “entrante” para 1930. (23) Esta jerarquía especifica el capital simbólico que el futuro gobernante adquiere entre los círculos literarios salvadoreños como preludio de su ascenso al poder. Su posición jerárquica lo sitúa sobre escritores que la actualidad considera canónicos.

La contribución intelectual de Martínez la explayan dos conferencias magistrales: “Bosquejo del concepto del Estado desde el punto de vista de la filosofía esotérica” (pág. 4678-4681) y “Divulgación de los principios de la guerra (El miedo)” (pág. 4781-4783). En ambas ponencias expone ideas panteístas —“en todo palpita la vida divina”— a la vez que plantea una correlación entre avance espiritual individual y servicio social. Asimismo propone una unidad casi indisoluble entre estado y nación, entre administración y conciudadanos, por medio de una unidad entre “ideales del Estado” y “de la masa social” (pág. 4782).

Frente al auge de dos materialismos enemigos —comunismo y capitalismo— Martínez antepone el desarrollo de “una cultura espiritual” la cual debe promover “el Estado”. Acaso esta espiritualidad la impulse el indigenismo en pintura y literatura, el cual despliega el *Boletín de la Biblioteca Nacional* (1932-1946), la *Revista El Salvador. Órgano de la Junta Nacional de Turismo* (1935-1939) durante su futuro mandato, al igual que difusión de “lirica azteca”

en la radiodifusora nacional (1937) y “decretos ejecutivos” que culminan en “la investigación del folklore nacional y arte típico salvadoreño” (1941). Su discurso podría leerse como prefiguración de una política cultural por venir.

Varias exigencias de sus ensayos las explicitan otras ponencias que recopila la revista. A nivel literario, el poema “Sóter y el Bolsheviqúe” de Francisco Gavidia privilegia las “identidades” nacionales sobre la revolución social en anticipo del futuro conflicto de 1932 (pág. 4697). Toruño prolonga la vena poética a la vez que expande la red ateneísta salvadoreña hacia Nicaragua (pág. 4729 y 4732). La revista incluye también escritos de Alberto Masferrer (pág. 4756) y Conde Gris (¿Arturo Ambrogio?, pág. 4746), al igual que defensa del papel de la mujer como autora y temática literaria (pág. 4712 y 4727).

A nivel filosófico, una breve mención de “Pithágoras” en el discurso de Martínez la completa Victorino Ayala (pág. 4682), para quien el griego encarna la ciencia moderna como idea de que “todo es representable con números”. Una apertura hacia la “literatura hispano-judaica” remata la temática filosófica y mística (pág. 4693). En la biblioteca del Ateneo se catalogan libros de teosofía en inglés a la par de ataques al “imperialismo yanqui” (pág. 4802).

A nivel político, Martínez defiende el derecho a la “soberanía nacional”. Hacia la época este reclamo cobraría un sesgo de unidad centroamericana ante la intervención estadounidense en Nicaragua. “La audacia del indómito Sandino que, *bandido*, rebelde o iluso, encarna la dignidad bravía de la nacionalidad” (pág. 4786).

Notablemente, también se discuten ideas socialistas que validan importancia del cooperativismo y sistema de “organización social” sobre toda visión de revolución social (4774). En breve, durante la presidencia de Martínez en el Ateneo de El Salvador, florecen la teosofía, el anti-imperialismo, la defensa de Sandino y el enlace directo con Nicaragua gracias a Toruño, el unionismo centroamericano, junto a la poesía gavidiana que forja las identidades nacionales.

## 1930

Las actas de elección de la junta directiva las firma Max H. Martínez en su

calidad de presidente, mientras José Tomás Calderón renuncia a su cargo de vocal. En la nómina aparece el poeta santaneco que le canta a la vida sencilla, José Valdés (su obra se asocia al *Boletín de la Biblioteca Nacional* a partir de 1932). Se urge a intelectuales salvadoreños de prestigio a incorporarse al Ateneo, entre ellos, a Alberto Masferrer y Manuel Castro Ramírez. Este último recibe su investidura de socio junto a Manuel Barba Salinas en junio de 1930. A la vez de denunciar “mercantilismo” y “materialidad”, se reclama hacer de la “cultura de una nación” el centro de la política para que El Salvador despegue en materia de educación.

La actividad más destacada la constituye la visita del mexicano José Vasconcelos al país. Además de su incorporación al Ateneo y recepción en la Universidad Nacional, su llegada promueve el indigenismo salvadoreño el cual cobrará auge durante el mandato de Martínez. La presencia de Vasconcelos se prestaría a un trabajo historiográfico en sí el cual queda pendiente. Por el momento, baste referir que en su honor Francisco Gavidia lee el poema “Héspero” (pág. 53), a la vez que se indica necesidad de cambiar nombre del continente de “América Latina” a “América Indohispana” (pág. 54). En homenaje al ex-ministro de cultura mexicano se impulsan las corrientes de Mahatma Gandhi, la efervescencia de una nueva cultura que proceda del “fuego de los trópicos” y de un místico recogimiento” (pág. 55-57). Habría que exaltar el terruño por un arte regionalista.

Otras noticias notables anuncian la labor intelectual de Calderón quien concluye su obra “Sufragio universal” la cual defiende “la verdadera democracia salvadoreña”, a la vez que se reclama heredera de “la inmortal Revolución Francesa” en nuestro suelo (pág. 70). (24) En cuanto al género, se defiende “la libertad civil” que “goza la mujer casada” en El Salvador, cuya “potestad marital” carece de equivalente en otros países vecinos (pág. 59).

En literatura, Espino-padre y José Valdés reseñan la obra regionalista e indigenista *En la montaña o el alma del indio* de Manuel Quijano Hernández, quien ocuparía la presidencia del Ateneo (1925) (pág. 73-76 y 76-77). Por último, un proyecto de ley” exige conservar “la pureza del idioma” español para mantenerlo incontaminado de toda influencia foránea (pág. 101). Y urge especial cuidado frente a extranjeros: “chinos y raza árabe, o a los conocidos

en el país con el nombre de *turcos*”.

## 1931

Con todo orgullo, la revista se inicia con la foto del “Sr. Gral. Don Maximiliano Hernández Martínez, Presidente Constitucional de la República de El Salvador, Ex-Presidente del Ateneo”. Acaso los dos primeros escritos de Francisco Gavidia —“Héspero” (pág. 1-14) y “El retorno del héroe” (pág. 15-18)— explicitan percepciones artísticas de su ascenso. Más allá de toda hermenéutica poética, la escritura gavidiana concluye con una acotación esperanzadora que, en nota a pie de página, describe el cuadro político de la época. «“Heme aquí de vuelta... Heme aquí en Tlapallan [= El Salvador] con mi corte de artistas” teósofos y ateneístas (pág. 18). Bajo mi mandato, ellos están llamados a forjar “el porvenir” cultural de esta nación» soberana. El famoso escritor José María Peralta Lagos ocupa la presidencia de la institución.



Música indígena: Tocadores de pito y tambor en El Salvador

Luego de exaltar “raza e idioma” (pág. 49 y 64), se estrechan relaciones internacionales del Ateneo, primero con República Dominicana y con futuro primer premio nobel latinoamericano de literatura, Gabriela Mistral. A semejanza, de la visita de Haya de la Torre y Vasconcelos, la presencia de la chilena ameritaría un estudio histórico en sí. Por dos semanas, su presencia la reportan los distintos periódicos nacionales en primera plana, mientras el Ateneo le depara sesión pública el 23 de septiembre. La poeta y maestra chilena declama otro *dulce olvido* de la historia nacional: aquel que sin documentación primaria le atribuye el nombre literario del país, “el Pulgarcito de América”.

Los múltiples homenajes a su figura hacen despliegue desmesurado del indigenismo artístico salvadoreño en el cual participan quienes denuncian el etnocidio de 1932 retrospectivamente, sin percibir el auge de “la movilización de 1931”. Entre otros, hay que nombrar a Gilberto González y Contreras y Pedro Geoffroy Rivas, creadores de la poesía de protesta en el país. Si su desvelo literario calla todo alzamiento, esta preocupación letrada declara que su sensibilidad se aparta de todo parámetro actual que la enjuicia como denuncia del etnocidio.

En cuanto al saber teosófico, su carácter científico lo sistematiza Hugo Rinker en la Universidad Nacional. En su discurso público se anticipan temáticas que Salarrué desarrolla en su fantasía como si se disipara toda frontera entre la ciencia y la ficción: el origen atlante de los indígenas americanos. “Los dos continentes, Lemuria y Atlántida, porque están relacionados con esta disertación que trata de las primitivas civilizaciones de América” (pág. 109). (25)

Hacia 1931, lo interesante del caso lo estipula que el saber esotérico abarca una generalidad de ámbitos que hoy en día se separan como tajantemente opuestos y en conflicto. La teosofía comprende la política, la literatura, la historia y la ciencia. Justifica el quehacer académico de la Universidad Nacional, el artístico de autores juzgados *independientes* como Salarrué, al igual que la política estatal del nuevo presidente “constitucional”. En este trasfondo teosófico, el indigenismo generalizado de la *intelligensia* salvadoreña encontraría su mayor justificación, ya que los indígenas y sus lenguas representarían orígenes ancestrales olvidados. (26)



India de Izalco, con su indumentaria regional

Otra revista del mismo año —*Cypactly. Revista de Variedades*— confirma el apoyo a Martínez de una red intelectual distinta, pero cercana a la del Ateneo. (27) Antes de la foto del nuevo presidente, aparece un “cuento de barro” de Salarrué como ejemplo de literatura oficial, “Benjasmán”, para concluir con otro retrato político, el del “Directorio Cívico Militar que controla los asuntos de la Administración Pública”. (28) El aval de la revista *Cypactly* a Martínez lo establece la oración conclusiva siguiente: “de esta manera se restablece el imperio de las leyes y la tranquilidad del país” (pág. 15).

## 1932

Muchas actividades de esta “institución científica-artístico-literaria” se desarrollan en la Universidad Nacional, en presencia del “Señor Presidente de la República”, antiguo socio. Existe una complicidad política entre *Alma Mater*, redes intelectuales y gobierno, muy distinta de toda separación o esferas en conflicto que imaginaría el presente. A ideas actuales de resistencia pasiva o terror estatal, la *Revista del Ateneo* contrapone un consentimiento casi absoluto al quehacer de Martínez.

Esta anuencia la confirma la publicación costarricense del *Repertorio Americano* que, pese a múltiples contribuciones salvadoreñas (Ambrogi, Carrera, García Monge, Guerra Trigueros, Lars, Mistral, Ortega Díaz, Rochac, Salarrué, Viera Altamirano), sólo incluye dos denuncias: una carta sucinta de Masferrer y otra extensa del columnista Juan del Camino. Entre los miembros más destacados del Ateneo se cuentan Peralta Lagos (presidente), reconocido por su obra de crítica social, Calderón (vocal), Rinker (vocal), notable teósofo, Gavidia (director de sección de literatura, historia y filosofía), Manuel Castro Ramírez (notable jurista), Miguel Ortiz Villacorta, Pedro Ángel Espinosa (folclorista), Toruño, etc.

No sería difícil rastrear algunos nombres de estos intelectuales en otras revistas salvadoreñas, tal cual *Cypactly. Revista de Variedades y Boletín de la Biblioteca Nacional*. Así se conformaría una compleja red de intelectuales salvadoreños con obvias diferencias, pero aglutinados alrededor de una nueva política cultural a definirse en breve. (29) El propósito común lo expresa la formación de una nacionalidad salvadoreña en ciernes, aun si implique un gobierno totalitario, descrito en términos democráticos.

En la política en sí, “el Gral. Dn. José Tomás Calderón dio lectura a su proyecto «Legión Nacional Pro-Patria», cuyos fines tienden a fomentar, robustecer y aunar la buena voluntad y esfuerzos de los salvadoreños y extranjeros en favor de orden público” (pág. 1). Para quienes aún sospechan de su arraigo intelectual, la revista aclara que recibe “merecido el aplauso general de los señores ateneístas” el 28 de febrero.

Su ensayo “Población-Tierra-Trabajo” (pág. 8-10) propone un sistema de “renta para la acción y mejoramiento social (compra de tierras para los campesinos, la construcción de casas para los obreros, etc.)”, a la vez que insinúa una redistribución de la población occidental y central hacia el oriente, con “exceso de territorio”. El carácter colonialista de su intención política lo prefigura un epígrafe del financiero británico Cecil Rhodes (1853-1902), quien desempeña un papel prominente en la construcción de Sur África y Rhodesia.



Campeños mirando pasar los azacuanes

En su “alocución” el 12 de octubre, el presidente de la institución, Peralta Lagos, propone la incorporación de la mujer a una institución ateneísta dominada por hombres. Ante las sumas autoridades de la nación defiende el legado lascasiano de raigambre española por el “derecho de los indios”. Su

tajante afirmación “la mujer salvadoreña fue siempre devota entusiasta de la bellas letras y las artes” (pág. 7) —por lo cual merece mayor participación en el Ateneo— la completa “los indios son los dueños naturales de estas tierras” (pág. 17).

En un contexto Pro-Patria, esta evocación de Las Casas no abre espacios de crítica ni oposición al régimen estatal. Por lo contrario, en consonancia con el discurso de Calderón, percibe en el nuevo gobierno la vigencia política de la defensa de las Indias Occidentales. A esta calificación se agrega conmemoración del centenario de José Matías Delgado (1767-1832), cuyo presunto legado por la independencia patria lo reclama el régimen en curso.

A este efecto, un tercer ensayo, el de Francisco Osegueda (pág. 11-15) sobre “la vida del campesino” completa el panorama al agregar al problema de la tierra el de la “educación” de las masas. La contrariedad fundamental la expresa la manera en que “doctrinas devastadoras [...] han emponzoñado la conciencia de nuestros antes ingenuos hombres de la campiña” (pág. 11). “Sean el Gobierno con sus bibliotecas y escuelas, los sacerdotes [...] los intelectuales” quienes dirijan esta obra de nacionalización y redención educativa (pág. 12). Acaso esta idea de “crimen” primordial —desviar paraíso campesino hacia revolución social— no difiera mucho de la propuesta meta-política de Salarrué para quien el “indio” es “raza de soñadores” sin reclamo terrenal tan “contemplativo” como “la mujer” sin derecho a voto. (30)

Del “indio del arado y la cuma” se espera que trabaje para “hacer vivir [...] a un pueblo entero”, sin más rédito que “soñar” paisajes. (31) Su crítica a “capitalistas embrutecidos” y “comunistas pedigüños” reitera el reproche que inicia Martínez en 1929 contra ambos sistemas materialistas. Asimismo, Toruño rescata las “actividades literarias” del año referidas al inicio del ensayo. Entre las obras destacadas durante el despegue del martinato sobresalen la teosofía salarrueriana, el sandinismo y el indigenismo como propuestas ideológicas a desarrollarse en totalidad casi armónica.

Para este año del etnocidio, en *Cypactly*, el silencio sobre los sucesos se acompaña de “una exaltación de lo nuestro”, del entusiasmo por “Francisco Gavidia, Salarrué... cuántos y cuántos, todos los ungidos, las almas luminosas

de nuestra patria” y de una exaltación de Sandino (pág. 1). Parecería que omisión sobre los sucesos, el sandinismo y el “homenaje a nuestros grandes artistas” conformaran una imbricada red temática que la revista entreteje con escritos teosóficos y nacionalistas. Estos valores se exaltan con mayor orgullo cuanto que su espiritualidad se opondría al materialismo con doble rostro de capitalismo anglo-americano y de comunismo bolchevique.

\*\*\*

Hacia 1932, se establece una armonía entre valores que la actualidad percibe en pugna. La constitución de Pro-Patria Peralta Lagos la califica de lasciana por proyectos de distribución de tierras a venir, como los propone el general Calderón (pág. 16). El legado de un presunto prócer de la independencia, el de José Matías Delgado, lo actualiza el nuevo gobierno en su lucha por mantener soberanía nacional.

No muy lejano de Salarrué, Osegueda vislumbra cómo remediar el pecado original de desviar la “vida paradisíaca” del indígena hacia el comunismo por medio de una educación que nacionalice su “conciencia” con lecturas indigenistas, “expresión de la cultura patria”. (32) La publicación seriada de “Cuentos de barro” de Salarrué en revistas como *Cypactly* y el nuevo *Boletín de la Biblioteca Nacional* cumple ese cometido de inaugurar una cultura letrada para orientar las masas hacia valores nacionales recios. Los cuentos de Arturo Ambrogi, “La ciudad extática”, la narrativa de Gavidia, “Agar”, y la poesía de Alberto Guerra Trigueros, Serafín Quiteño, José Valdés, etc. completan el mensaje salarrueriano que proyecta la Biblioteca Nacional al inicio de su *Boletín* y lo prosigue en años venideros (pág. 9-10 y 20-22). Se exalta a escritores representativos, Gavidia y Salarrué, al igual que se defiende la ofensiva sandinista por su ideal anti-imperialista la cual se compagina con la defensa que Martínez hace de la soberanía nacional.

Nada más sintomático de ese espacio político y literario que las ilustraciones que acompañan la revista *Cypactly* de diciembre/1931 a marzo/1932. Martínez, Salarrué y Sandino aparecen codeándose como artífices de una política cultural en ciernes. (33) Aparte de “trabajo” para las masas, si “cuestión social” existe como espacio abierto a crítica, esta esfera se llama “autonomía universitaria”,

único problema que opone *Cypactly* contra Martínez, más allá de todos “los humos de la revuelta” y del silencio cómplice sobre el etnocidio. (34) El silencio generalizado lo confirma Antonio Conte en *Treinta años en tierras salvadoreñas* para quien, en 1932, la verdadera “guerra” lo confronta “a los zompos” por “el amor a las flores”. (35)

En este año se publica *La República. Suplemento del Diario Oficial*, cuyo segundo número de 26 de noviembre de 1932 anuncia “distribución de tierras nacionales”. Pese al carácter estatal de esta publicación, sus comentarios revelan percepciones generalizadas de la intelectualidad cuyos nombres aparecen citados en años por venir. La publicación se inaugura con una «política de “puertas abiertas”», ante todo a la administración de bienes públicos y a la cuestión del “empréstito de 1922”. Ante “problemas difíciles y múltiples”, los temas sociales que acaparan la primera plana enumeran las prioridades estatales: tierras para campesinos desposeídos, vivienda para “masa proletaria”, fomentar turismo para incremento de divisas por valiosos vestigios de nuestra civilización antigua”, formación de “Juntas de conciliación” entre “capital y trabajo”. Según el periódico, universitarios e intelectuales se hallan ocupados en “rendir memoria al esclarecido poeta alemán Juan Wolfgang Goethe con ocasión del primer centenario de su muerte” con cuatro conferencias en la Universidad Nacional: Jacinto R. Paredes, Sarbelio Navarrete, Adolfo Pérez Menéndez y Salarrué, anteceditos por la banda de los Supremos Poderes. (36) Acaso esa fanfarria gubernamental informe que el proyecto de “difusión de la cultura” se convertiría en una de las prioridades ideológicas del nuevo gobierno. (37)

## 1933

La presidencia del Ateneo le corresponde de nuevo a Peralta Lagos, mientras la vice-presidencia recae en Manuel Castro Ramírez quien, el 12 de febrero de 1932, participa en la “solemne misa de campaña” en “el portón de Catedral [...] por el alivio en las pasadas revueltas comunistas y para bendecir al Gobierno, Cuerpo del Ejército, Guardia Nacional, Guardia Cívica y Cuerpo de Policía General, por su noble y patriótica actitud”. (38)

Como vocales vuelven a figurar Calderón y Rinker, al igual que Gavidia como presidente y Toruño, pro-secretario de gobierno entrante. Por vez primera,

una mujer, doña Lilly de Jongh Osborne aparece en la lista de autoridades. Esta presencia de la mujer responde quizás al llamado de Peralta Lagos por su incorporación el año precedente. Luego de la portada, la revista honra a una “personalidad definida en los campos fecundos de las letras y de sus actividades militares” (pág. 63) —al propio general Calderón— con una foto cuya leyenda anota su doble filiación oficial de ministro y socio titular del Ateneo. Quien dirige el ejército a derrotar los rebeldes alzados en enero de 1932, queda solvente de toda mancha.



“El día de la cruz”. Mujeres llegando con sus ventas al mercado

El acontecimiento cultural más notable lo representa la “Exposición de libros” que, “a iniciativa del Ateneo, organiza “el Señor Presidente” en la Biblioteca Nacional. (39) Este evento no sólo revela la participación activa de prensa, revistas literarias, gobierno y “espíritus dilectos [como] Salarrué” —la ciudad letrada en su conjunto— a la vez manifiesta una conciencia explícita de la magnitud del despliegue literario. Se trata de una abierta “política de la cultura” (pág. 3) que concretiza sugerencias del máximo escritor nacional o, quizás del segundo, luego del homenaje nacional a Francisco Gavidia, el otro gran suceso cultural de 1933. Se establece una acción concertada entre la sociedad civil y la política gubernamental en la cual también participan “el grupo Masferrer”, “la Sociedad de Geografía e Historia” y un “Certamen Pictórico Infantil” bajo “capacidad orientadora y técnica de los jóvenes pintores don José Mejía Vides y don Luis Alfredo Cáceres”. (40)

En el olvido de 1932, sin víctimas ni vencedores, este año siguiente inaugura una política cultural explícita la cual, paradójicamente, obedece a una “consultaría” de quien debería mantenerse al margen de todo régimen terrenal en una esfera meta-política e incorpórea. Así se conjugaría la unidad cervantina de armas y letras.

En la Biblioteca Nacional, “la exposición del libro, auspiciada por el excelentísimo señor presidente [responde a que] hace ya algunos meses, un espíritu dilecto, Salarrué, el escritor llamado a levantar el estandarte de los intelectuales salvadoreños, indicó la conveniencia de llevar a cabo un concurso como el que hoy celebramos” (pág. 1). Desde la retaguardia, la propuesta de Salarrué se convierte en “corriente innovadora” que canaliza “todas las energías espirituales” de la nación para “el mejoramiento intelectual de los sectores sociales” desfavorecidos al multiplicar “escuelas y bibliotecas públicas” (pág. 1-3). En este “nuevo despertar” el martinato posee conciencia plena de orientar las masas —“obreros”, “niños” y “cultura popular”— hacia una política educativa firme que forje la idea de nación. (41)

La correlación casi inmediata entre “una exposición bibliográfica” que Salarrué “me sugiere” y “la obra cultural del supremo gobierno” la establece la propia Biblioteca Nacional. (42) A la imagen actual de Martínez como “dictador despiadado y autor de la matanza”, sus contemporáneos lo describen como

“distinguido hombre de letras y entusiasta apreciador de las obras que llevan en sí la idea de ennoblecer el país por medio del espíritu”. (43) Lo respalda la integridad de la ciudad letrada y teósofos autónomos como Salarrué. La reseña oficial del evento al cual asiste “numeroso público amante de la cultura espiritual” la realiza *La República*, periódico que reconfirma vínculo entre mandatario, intelectuales y grupos masferrerianos que impulsan participación de la mujer. (44)

“El General, uno de nuestros mejores militares” sabe que “el ejército debe tener [...] una misión educativa”. (45) Y si algún libro representaría ese espíritu de la nueva patria, el asiduo lector del *Boletín de la Biblioteca Nacional* lo reconoce en “Cuentos de barro [como expresión] regionalista [suprema] del verdadero tipo de intelectual” salvadoreño (). (46) A esta lectura se añade la exaltación de lo propiamente americano —“La mitología de Cuscatlán” de Miguel Ángel Espino— como trabajo que “recomendamos a los Maestros de Escuela” para nacionalizar la enseñanza, y la poesía amorosa de Pedro Geoffroy Rivas sin mayor relevancia pedagógica. (47)

“El arte nuevo” de Salarrué redondea el espacio de “expresión” que le abren las “vanguardias” a una cultura nacional naciente. (48) Más cercano a lo oficial, Alfonso Rochac enaltece “la poesía campesina en El Salvador” y “los géneros cultivados por el indio”, en muestra que el estado aclama lo popular. (49) El arte popular lo exalta el pintor Luis Alfredo Cáceres al describir las “júcaras de los Izalcos” como modo indígena de “grabar sueños”. (50)

Para colmar ese ideario nacionalista, se utiliza la radiodifusora estatal como canal de comunicación más propicio en la diseminación de la cultura. Las conferencias intelectuales rebasan el ámbito cerrado de la Universidad Nacional, la Biblioteca o el Ateneo para difundirse a todo lo largo del territorio. (51) Destaca la participación de Toruño quien desarrolla una reseña sobre “la importancia del libro en la cultura del mundo” (pág. 67). Resulta obvia la conexión directa entre “despertar de civilizaciones” —por una “idea de libro” como expresión divina— e inicio de política cultural del martinato (pág. 67). El objetivo central de la “Exposición del libro” consiste en ensanchar “el gusto [popular] por la literatura [...] el amor de la narrativa [de Salarrué] y de la pintura [de José Mejía Vides]” como sensibilidad nacional (Pedro Flores,

conferencia transmitida por radio, pág. 57). El proyecto estatal consiste en convertir “la escuela y el arte dos importantes factores para hacer campaña e cultura en El Salvador. (52)

Además de otra conferencia sobre Colombia, descuella la invención del pasado como manera para insinuar la soberanía presente. Los ateneístas identifican idea de escribir “la verdadera Historia nuestra” con enaltecimientos nacionalistas (pág. 6). El objetivo de la “verdad histórica” consiste en descubrir “la belleza épica y digna loa del heroísmo del pueblo cuscatleco” en su lucha constante por la independencia (pág. 5).



Salarrué y la Revista *Amatl*. *Cypactly*, Año IX,  
No. 139,  
julio/1939: 5

En orden cronológico, desde su fundación, se exalta a San Salvador como “ciudad heroica” (pág. 72). Se canta la gesta de independencia, en particular la de José Matías Delgado, instando a “tomar las armas en su apoyo” (pág. 14). La defensa de la capital contra tropas extranjeras, guatemaltecas, cobra vigencia al evocar sucesos de 1828 y 1885 (pág. 5 y 60). Esta secuencia significa que “la independencia absoluta de Centro América es obra de El Salvador” cuyo contrato de autonomía lo renueva al presente el gobierno en turno, “Representación del Pueblo” (pág. 75 y 90). Según la Biblioteca Nacional, la mayor “obra cultural el supremo gobierno” la verifica publicación del *Diccionario histórico de la república de El Salvador* de Miguel Ángel García. (53)

A continuación, la revista se concentra en el galardón a Gavidia como “hijo meritísimo” de El Salvador, al igual que su “homenaje nacional” en “el salón Azul del Palacio Nacional” (pág. 102). Alrededor de su obra y figura se publican innumerables artículos en *Diario Latino*, *El Día* y demás periódicos nacionales. El escritor recibe un diploma de la Asamblea Nacional y se le ofrece “pensión vitalicia” (pág. 114) y “vivienda” que rechaza (pág. 100), en evidencia del reconocimiento que la nueva época les depara a los intelectuales. (54) En sentido cervantino, a los letrados los premian los soldados. “La Representación del Pueblo ha querido este año [...] sentar un precedente espiritual, con esta pública manifestación de gratitud al más alto valor intelectual y moral que honra a la Patria”. (55)

En acorde a esta distinción, el Ateneo inicia una recuperación del legado masferreriano como si el único intelectual que denuncia el etnocidio en 1932 se hallara conforme a la nueva política cultural (pág. 117-130). (56) De manera oficial, una recuperación similar de Masferrer la propone el *Boletín de la Biblioteca Nacional* en su deseo de crear una “república sana y justa”. (57)

El entendimiento entre el legado masferreriano y la posición gubernamental lo legaliza el propio *Diario Oficial* que en mayo/1933 le concede “pensión a la viuda de Masferrer”. (58) En agosto/1933, esta reconciliación de su legado reformista lo continúa la Radio Difusora Nacional la cual organiza “la semana de Masferrer”. Se prevé la “erección de un mausoleo simbólico” y “la denominación de “Barrio Alberto Masferrer, al barrio de casas baratas para

obreros”. (59) Entre las figuras que participan en su homenaje se encuentran comandantes departamentales del ejército ya que la instrucción de los militares juega un papel primordial para la difusión de la cultura nacional: “Salas de lectura para tropa”. (60) “La apoteosis de Masferrer” cobra sentido en la “tierra para los campesinos como “acto de veneración a [su] memoria”. (61) El gobierno del general Martínez sería el primer gobierno masferreriano de El Salvador, según la percepción de los propios seguidores del maestro.

Hacia octubre/noviembre, la “Exposición de Libros en la Biblioteca Nacional” establece una acción concertada entre la sociedad civil y la política gubernamental en la cual participan “el grupo Masferrer”, “un espíritu dilecto como Salarrué”, “la Sociedad de Geografía e Historia” y un “Certamen Pictórico Infantil” bajo “capacidad orientadora y técnica de los jóvenes pintores don José Mejía Vides y don Luis Alfredo Cáceres”. (62) La reseña oficial del evento al cual asiste un “numeroso público amante de la cultura espiritual” la realiza la misma publicación oficial: *La República*. La noticia reconfirma el vínculo entre el mandatario, los intelectuales y los grupos masferrerianos que impulsan participación activa de la mujer. (63)

Aparte de la viuda, el “grupo Masferrer” recibe amplia acogida oficial en su proyecto por “valorizar nuestro folklore [...] celebrar el Día del Indio” y “fiestas de belleza y arte”. Entre sus miembros se cuentan varios renombrados escritores clásicos quienes hacen efectivo el llamado por la unidad nacional en la creación de una cultura propia: Sarbelio Navarrete, doña María de Baratta, Mercedes Viuad Rochac, Amparo Casamalhuapa, Marta Alegría, Emma Posada, los hermanos Andino, Serafín Quiteño, Quino Caso Adolfo Pérez M., Francisco Morán, Miguel Ángel Espino. (64) Su iniciativa anual culmina con la celebración de los Juegos Florales Centroamericanos cuya “Flor Natural” se le otorga a Arturo R. Castro, poeta que la actualidad desconoce. (65) Otros premios les corresponden también a algunos poetas ignorados por el presente: Agenor Argüello, Francisco Méndez y Mariano Valle Quintero. Todo ideal que los escritores clásicos y contemporáneos recomendarían —“incorporación de la poesía en la enseñanza”— Martínez lo hace suyo. (66) La celebración incluye también danzas indígenas “de Izalco y Nahuizalco” en “divulgación espiritual y artística girando en torno del alma de la raza”. (67)

\*\*\*

Todas esas figuras que la actualidad juzga inconexas —Calderón, Martínez, letras y armas, Salarrué, Gavidia, obra póstuma de Masferrer, grupo de seguidores y aplicación de su reforma, gestas heroicas por la independencia, conmemoración de lo indígena— se conjugan en un solo ámbito. *La Revista del Ateneo* lo llama “política de la cultura” que desarrolla un nuevo régimen de esperanza nacionalista. (68)



Hacia finales de 1933, existe evidencia suficiente para asegurar que Martínez recibe el apoyo incondicional del Grupo Masferrer y de la mayoría de intelectuales y artistas salvadoreños, ahora consagrados como clásicos. Un nuevo proyecto de nación que valora la herencia indígena por medio de la plástica, literatura y danzas autóctonas se halla a la obra. Si a esta “política de la cultura” se agrega la planificación de una reforma agraria, de vivienda barata para “proletarios”, promoción del turismo, al igual que la educación “popular” y “de la tropa”, no resultaría contradictorio que a Martínez el *Suplemento del Diario Oficial* lo califique de “masferreriano”.

El calificativo “masferreriano” lo legitima una amplia “reforma educativa” la cual se concentra en diseminar una cultura nacional por la lecto-escritura, alfabetización, bibliotecas populares, escuelas rurales de carácter práctico, cursos de extensión cultural, pláticas informativas para “proletarios” o “clase laborante”, uso de la radio para fines pedagógicos y culturales, mejoramiento de escuelas normales, etc. La “obra de aliento” del “Supremo Gobierno”

elevaría la condición escolar de “las clases pobres, trabajadoras, que entre nosotros representan la gran mayoría aborigen [indígena]”. (69) Estos “asomos de evolución cultural” brotarían de una “nacionalización de la escuela” masferreriana. (70)

En nombre del “minimum vital”, los seguidores mismos del maestro apoyan calificativo y acciones reformistas del Primer Mandatario. En estricta teosofía, el despegue de la política del martinato la *intelligentsia* salvadoreña lo vive como “la apoteosis de masferrer”...



1934

La *Revista del Ateneo* interrumpe su publicación en 1934. En este año, sin advertir “vínculos espirituales”, “la poesía de Claudia Lars”, sus “Estrellas en el pozo”, alternan con “la simpatía germano-salvadoreña” en el cual un “ejemplar lujosamente empastado del discurso [del] Canciller Hitler” enaltece “el espíritu del mantenimiento de la paz mundial”. (71)

A principios de este año, el suceso oculto más sobresaliente lo expresa una breve anécdota desconocida: la visita del padre de César Augusto Sandino, Gregorio Sandino, a El Salvador. En declaraciones traspapeladas por casi un siglo de desdén historiográfico, Sandino-padre elogia la actitud diplomática de Martínez quien envía a Nicaragua una misión oficial que solventaría asperezas entre sus hijos y el presidente electo, Juan Bautista Sacasa (véase recuadro). Ensalza al general Martínez por su labor al depurar la Guardia Nacional nicaragüense, punta de lanza del imperialismo.

En paradoja mordaz, Sandino-padre le agradece al presidente salvadoreño actos que la actualidad le incriminaría: diluir las fuerzas represivas y de dominación extranjera. La misión diplomática del martinato contribuye a consolidar la “paz” en Nicaragua. La amistad entre Gabriela Mistral, cónsul de Chile en España —defensora de Sandino— y el Canciller salvadoreño refrendaría la opinión de Sandino-padre. (72) Luego del asesinato de Sandino, el anexo que publica *La República. Suplemento del Diario Oficial* en 1934 representaría una simple hilacha desperdigada de un complejo tejido cuyo entramado total permanece bajo silencio. Resulta un enigma averiguar hasta cuándo se revelará la historia diplomática del país.

*La República. Suplemento del Diario Oficial.* Año II, No. 384, 12/marzo/1934: 2.

**El padre del general Sandino agradece a El Salvador su oportuna cooperación moral en pro de la justicia**

**“Siento —dice— el supremo consuelo de ver en torno de Nicaragua y de sus destinos, un Gobierno ardientemente sostenedor de los principios de honor y de la dignidad centroamericanos”**

**“El Gobierno del general Hernández Martínez ha demostrado prácticamente su devoción por la causa de la justicia”**

El señor don Gregorio Sandino, padre de los generales Augusto y Sócrates Sandino, quien desde hace algunos días se encuentra de visita entre nosotros, ha hecho a la prensa nacional las importantes declaraciones que a continuación nos complacemos a reproducir:

“Para nosotros los nicaragüenses, la oportunidad con que llegó a nuestro país la Misión Diplomática del Gobierno de El Salvador, integrada por don Antonio Álvarez Vidaurre y por los pundonorosos militares Merino y Huezco, miembros

del ejército salvadoreño, será motivo de eterno y leal reconocimiento”.

“Al sentirnos rodeados por la fuerza moral amiga de los representantes del Gobierno que tan acertada y patrióticamente preside el general don Maximiliano Hernández Martínez, y por la de otras naciones centroamericanas y amigas, los nicaragüenses angustiados por la incertidumbre de aquellos graves y lamentables momentos plenos de una intensidad, experimentamos una reacción espiritual muy honda; y la labor hábilmente desarrollada por el culto y distinguido diplomático y por sus compañeros los agregados militares pocas horas después de su llegada, dio por resultado el nacimiento de la tranquilidad pública al cristalizarse en histórico decreto promulgado por el señor presidente Sacasa, en su carácter de Comandante General de la República, el orden constituido destruyendo la base viciada sobre la que se levantaba el edificio de la Guardia Nacional, creada por las fuerzas de ocupación norteamericana de la que aquel cuerpo era una sombra funesta”.

“Con la oportuna cooperación de El Salvador y de otras naciones hermanas, un nuevo plano de acción fortifica en nosotros la esperanza de mejores días para la Patria; y puedo decir, con sentimiento de gratitud y con orgullo de padre, que es a El Salvador al que se debe en gran parte que después de la trágica muerte de mi hijo Augusto [21/febrero/1934], se cumplieran las nobles aspiraciones suyas que luchaban por restablecer en todo su imperio el orden constitucional interrumpido por el funcionamiento imperfecto de aquella guardia”.

“Como nicaragüense, como padre de los generales Augusto César y Sócrates Sandino y como amigo del Presidente de Nicaragua, doctor don Juan Bautista Sacasa, rindo al pueblo y al gobierno de El Salvador los más fervientes agradecimientos,

y dentro del profundo dolor que embarga mi espíritu, siento el supremo consuelo de ver en torno de Nicaragua y de sus destinos, un Gobierno ardientemente sostenedor de los principios del honor y de la dignidad centroamericanos”.

“El Gobierno del general Hernández Martínez ha demostrado prácticamente su devoción por la causa de la Justicia, asistiendo a un pueblo en desgracia, en los momentos en que todos los horizontes estaban envueltos en las más densas sombras”.

Gregorio SANDINO

San Salvador, El Salvador, marzo 9 de 1934”

(En la misma página aparece “El hermano Salvador” de Juan Ramón Avilés (Managua, 6 de marzo), misiva que reconfirma presencia diplomática salvadoreña a favor de la “esperanza” nicaragüense)



“Busto en bronce del general César A. Sandino”, Roberto de la Selva. La fotografía del busto acompaña el artículo “Ha sido asesinado el libertador (La Unión, El Salvador, 26 de febrero de 1934)” de N. Viera Altamirano. En la parte inferior de la misma página, hay otro “envío del autor, San Salvador”, intitulado “Sandino el libertador, y Martí el comunista” de Enrique Sorel (*Repertorio Americano*, Tomo XXVIII, No. 11, 17/marzo/1934). Viera Altamirano califica al nicaragüense de “dedicarse al servicio de un celeste mandato [como] un caso más en que el amor a la libertad y la justicia transfigura a los hijos del pueblo, haciendo Mesías al hijo del carpintero”. “Sandino viene a ser un nuevo libertador: a él se debe, en gran parte, el cambio radical reciente en la vida del panamericanismo”. Sorel lo distingue de Martí por el calificativo “libertador” que modifica su apellido, juzgándolo por su “entereza moral y la pureza cívica”. Ambos autores salvadoreños expresan una adhesión suprema al ideal sandinista, sin afiliarse a la causa de Martí.

\*\*\*

Hacia la segunda mitad de 1934, el 29/agosto, el general Martínez depone la presidencia de El Salvador. Se la otorga al “Primer Designado señor general don Andrés Ignacio Menéndez”, quien la conservaría hasta el 1 de marzo de 1935. (73) Dicha deposición no la presenta por cuenta propia. Su decisión prosigue el “llamamiento que sus amigos y correligionarios le hicieron para que acepte los trabajos políticos” los cuales lo conducirían a una nueva “Presidencia de la República durante el período constitucional 1935-1939”. De esta manera, su cargo se sometería a una dura prueba democrática y electoral —aun si como candidato único— el 13-15 de enero del año próximo.

Si los cinco meses de cesantía en el poder se juzgan como campaña electoral en curso, resultaría flagrante el apoyo que Martínez recibe de Salarrué y Mejía Vides, en su calidad de miembros de grupos teosóficos, y de María de Baratta, en su rescate del folclor y música indígenas. A continuación se relatan ambos apoyos a Martínez durante esos meses finales de 1934: el de la teosofía y el del indigenismo.

Luego de la renuncia a la presidencia, la noticia inmediata más relevante anuncia “la completa liberación del campesinado” salvadoreño (véase ilustración). La obra de “Mejoramiento Social” comprende una diversidad de rubros. La inicia una reforma agraria que reserva pequeñas parcelas inalienables por un período de treinta y siete años, de 1932 hasta 1959. Además, se asegura «la institución del “Bien de Familia”, el “Huerto Familiar Campesino”, la “Quinina del Estado”, el “Patronato Médico Escolar”, el “Botiquín Ambulante”, “El Médico del Pueblo”, el acrecentamiento de la Escuela Rural”», etc. (74) Esta acción en beneficio de campesinos e indígena, varias delegaciones salvadoreñas las exponen como proyecto indigenista salvadoreño semejante al que realizaría la presidencia de Lázaro Cárdenas en México (1934-1940). Los intercambios entre el país y la antropología latinoamericana se acrecienta hacia finales de la década por la participación activa del país en varios congresos interamericanos indigenistas.



El cumplimiento de la “justicia” indigenista se reviste de un sentido puramente espiritual el cual le concedía al quehacer material del gobierno una dimensión metafísica trascendental, más allá de toda política en el reino corporal de este mundo. En el mismo número en el cual se publica ese llamado a la “adjudicación de tierras” —a la “unidad nacional” de todos los sectores por un fin noble— aparece noticia sobre posible “visita de Krishnamurti” al país” (véase ilustración).



Los eventos políticos y espirituales que el siglo XXI escindiría, los contemporáneos de Martínez, candidato oficial, los reúnen en unidad indisoluble. Idéntico concepto de “liberar/liberación” se aplica al quehacer político de apoyo al campesinado que a la labor que efectuaba Krishnamurti por la “mente humana”. La emancipación significa un esfuerzo paralelo por alcanzar una verdad espiritual, una revolución anímica y personal, junto a la reforma agraria en favor de los campesinos indígenas.

A una semana de la deposición del poder, la alusión al despegue de campaña electoral no podría ser más obvia. En el candidato único se conjugarían la utopía por proteger al campesino, al igual que por libertar espiritualmente a “los países de Indoamérica” (nótese el uso oficial de términos indigenistas). Si el manejo de los asuntos materiales queda pendiente para que lo resuelvan los historiadores sociales, en consonancia teosófica con el gobierno, asiento que la dirección mental la preside Salarrué (véase ilustración). A las letras y las artes les correspondería liderar la apertura del espíritu hacia dimensiones insospechadas por el presente: los viajes astrales a lo desconocido; la emancipación del espíritu. La composición del “Comité provisional” por la visita de Krishnamurti revela la estrecha relación entre las disciplinas artísticas, la teosofía y las esferas gubernamentales.

**Rogamos a las peronas que no tengan idea exacta de lo que Krishnamurti significa en este tiempo crítico que la humanidad atraviesa, estar atentos a nuestra propaganda de prensa y a nuestras hojas de información.**

**Por el Comité,**

**SALARRUE,**  
**Presidente.**

**Jorge RAMIREZ,**  
**Secretario.**

Sus “nombres damos a continuación: Presidente, Salarrué; Secretario, Jorge Ramírez; Tesorero, Hugo Rinker; Colaboradores Activos, Jacinto Castellanos Rivas, Mérida Palacios, Francisco Morán, Enrique Lardé, José Mejía Vides, Salvador Escobar, Humberto Mejía Vides, Juana de Soriano, Juan Miguel Contreras, Nazario Soriano y Roberto Augsburg”. Si los lectores letrados actuales reconocerían nombre propio del mayor exponente de la literatura nacional, Salarrué, y de la pintura indigenista, Mejía Vides, por la misma publicación se identificarían los personajes olvidados como miembros del Comité de censura del martinato, entre ellos, Rinker.

Existen correlaciones estrechas entre la reforma agraria, la campaña electoral, la promoción de “bibliotecas públicas”, el “estímulo a la producción bibliográfica nacional” como la literatura teosófica y regionalista de Salarrué, la plástica indigenista de Mejía Vides, al igual que la censura publicitaria durante el martinato. Sin saberlo, quizás, Krishnamurti sería la figura de renombre mundial que propulsaría la política de una nación “indo-centro-americana” a su reconocimiento internacional. Impulsaría a la institución de un nuevo período democrático de 1935-1939...

Hacia finales de diciembre, dos semanas antes de las elecciones, *La República* ofrece el artículo “Evolución de la música indígena en Centro América”. (75) Se trata de una entrevista a María Mendoza de Baratta que realiza Miguel Ángel Espino. De nuevo, sus investigación demostrarían el tesón nacionalista, independentista, que promueven las esferas oficiales en su proyecto de liberación política nacional y espiritual (véase ilustración).

## **Evolución de la música indígena en Centro América**

**Una distinguida artista salvadoreña descubre en un  
pebetero de barro la llamada Escala Tetrafónica**

Quiénes son los que han puesto los cimientos de un arte autóctono, bello,  
lleno de profundas nostalgias

Baratta funda “los cimientos de un arte autóctono” que realzarían “nuestro sentimiento autonomista”. Desde 1933, su ejecución solemnizaba la celebración anual cada “Día del Indio” en la capital salvadoreña. El “estudio y defensa de la música indígena” completaría el panorama que inaugura la arqueología

al “leer jeroglíficos” y “realización de poemas”. “Por una relación invisible” para la actualidad, “por un hilo casi mágico” olvidado, el “resurgimiento de ese folklorismo musical” colmaría el ideal nacionalista y teosófico por refundar el país, al igual que por reelegir al mejor candidato, al general Maximiliano Hernández Martínez durante el período de 1935-1939.

El éxito de estos apoyos espirituales a la nación no sólo lo resumen “las jornadas cívicas” de mediados de enero, ni “el código político moral del ilustre candidato triunfante” quien impulsaría la “instrucción”, la “protección a las actividades artísticas”, el “plan de mejoramiento social”, etc. También lo haría patente “el acontecimiento histórico más rumboso de estos tiempos”: “la transmisión del Poder Supremo del Estado”, de forma democrática y pacífica. Al traspaso de poder “concurrieron [...] altos dignatarios”, “diplomáticos”, etc., para recibir “bendición episcopal”, antes de que se iniciaran “grandes festejos, alboradas y bailes populares en todos los parques de la capital”. (76)

En breve, por el auxilio que la teosofía e indigenismo le otorgan a Martínez, una publicación oficial como *La República* anticipa un concepto de “liberación”, material y espiritual, anterior y muy distinto en su contenido a la noción que la mayoría de los contemporáneos poseemos de este término. A esa emancipación nacional contribuyen la mayoría de los literatos y artistas clásicos salvadoreños.

### 1935-1940

A falta de la *Revista del Ateneo*, resultaría posible estudiar la persistencia de la política cultural del martinato —indigenismo y regionalismo en pintura y literatura— por la publicación oficial de *Revista El Salvador. Órgano de la Junta Nacional de Turismo* (1935-1939). En este espacio bilingüe, español e inglés, participa la ciudad letrada en su integridad bajo la dirección de Luis Mejía Vides, hermano del pintor. A la propuesta literaria del Ateneo se agrega el despliegue del espacio plástico, musical, folclórico, etc., el cual obtiene su mayor galardón el mismo año que despegla la revista (1935).

Igualmente relevante es *La República. Suplemento del Diario Oficial* (1932-1944), periódico menos especializado en política cultural.

En San José Costa Rica, el cuadro “Pancha” de José Mejía Vides obtiene el primer premio en la Primera Exposición Centroamericana de Artes Plásticas a la cual acude Salarrué como delegado oficial. Martínez queda investido como mecenas de la plástica indigenista en el istmo y el modelo salvadoreño, que disemina la revista hacia el mundo entero, serviría de ejemplo a la renovación cultural de toda una región que desdeña su cultura popular. (77) El nombramiento gubernamental de Salarrué lo confirma *La República* como parte de su elogio del apoyo de Martínez a la construcción de “la belleza y el espíritu [de] la tradición común de estas pequeñas nacionalidades. (78) El anuncio que “el arte salvadoreño triunfa en Costa Rica” lo antecede un decreto por conservar “nominación autóctona de nuestros pueblos” y lo prosigue “la acción continental a favor de los indígenas”, ante todo, “lo que El Salvador hace a favor de los indígenas”, en breve, reconocer su existencia de la cual la democracia actual reniega. (79)

El gobierno financia la relación de intelectuales de renombre con sus colegas latinoamericanos, “para que se de a conocer por los conductos debidos a las instituciones científicas” nacionales. (80) La “mesa directiva” del Congreso la preside uno de los delegados salvadoreños, el Dr. Ramón López Jiménez, cuya labor encomiable la reconoce el gobierno revolucionario mexicano al otorgarle “Diploma de Honor”. (81) Entre las recomendaciones del Congreso se estipula “la resolución de los problemas económicos de las razas indígenas, se formulen, por regiones económicas, planes basados en estudios concienzudos de investigación de su vida económica actual y se establezcan institutos para la formación de Directores de Economía de la comunidad indígena”. (82)

Si las artes elevan al indígena a personaje central de su discurso, la antropología aplicada anuncia “una acción continental a favor de las urgencias sociales, económicas y culturales” del “20 %” de salvadoreños de “clase indígena”. (83) Esta actividad afín entre el arte y la ciencia social aplicada ofrecería un ejemplo patente de la manera en que la política estatal se integra con los dominios creativos y los del saber para desarrollar un proyecto de nación.

Un quehacer en diálogo tal —arte, ciencia y política— semeja la labor que emprenden países claves, como Francia y México, en los cuales la antropología no surge como simple disciplina especulativa. Al igual que en El Salvador del

martinato, se desenvuelve en una totalidad compleja que mezcla vanguardia artística, museografía, lingüística, folclor, política agraria, etc. Junto a proyectos de etno-turismo, la creatividad artística la compila la *Revista El Salvador. Órgano Oficial de la Junta Nacional de Turismo* (1935-1939), la cual dirige Luis Mejía Vides, hermano del pintor José.



Primera reforma agraria (1935)”, Pedro Ángel Espinoza

Celebración plástica de la “apoteosis de Masferrer” en materia de distribución de la “tierra para los campesinos” por el gobierno del general Martínez desde finales de 1932 según *La República*. El hecho que “continúa la distribución de tierras nacionales entre numerosas familias de campesinos pobres” lo reduplica el arte en su exaltación fervorosa (*La República*, Año III, No. 693, 9/abril/1935). Junto a Miguel Ortiz Villacorta, Salvador Salazar Arrué, Alfredo Cáceres Madrid, Rosita Ortiz V. [...] María de Baratta, Carmen Brannon, José Mejía Vides, etc., Espinoza participa en la “Exposición de

pintura en la ciudad de San Vicente” (La República, Año III, No. 860, 13/noviembre/1935). Este “acto de significación social e histórica” merece apoyo estatal, el cual al presentar la pintura junto a la ganadería, la industria, el turismo, etc. aclara la vocación económica del arte, incluso del teosófico. La plástica indigenista celebra la política estatal. Se trata de la “Obra de Mejoramiento Social (la distribución de tierras a largos plazos y a precios sumamente económicos, la institución del Bien Familiar Campesino, la Quinina del Estado, el Patronato Médico Escolar, el Botiquín Ambulante, El Médico del Pueblo, el acrecentamiento de la Escuela Rural”, etc.)” (*La República*, septiembre/1934).

A semejanza del terreno común que une a los enemigos Martí y Martínez —anti-imperialismo estadounidense— “San Salarrué” y el “Diablo Martínez” se reúnen en su anhelo público por formar un nacionalismo que exalte al indígena y el paisaje. Bajo el martinato que rescata “la tradición literaria” nacional, Salarrué se percibe como “jarra embellecida que contiene la linfa espiritual del proletariado salvadoreño”. (84) José Mejía Vides “expresa el grito [contra el coloniaje europeo] de Cuscatlán [...] por la belleza morena de nuestras indias y sentir [del] paisaje” (Serafín Quiteño, op. cit.: 13). La obra de Salarrué la oficializa la Biblioteca Nacional hacia 1936 cuyo prestigio “secunda con inteligencia y denuedo los propósitos culturales del gobierno que preside el señor Hernández Martínez”. (85) La poesía debería convertirse en guía de lo político.



**“Entrada a Panchimalco/Panchimalco a la entrada” de José Mejía Vides. “Primer Premio de Cuadros al Óleo” durante la Segunda Exposición de Artes Plásticas bajo auspicios de la sociedad civil (Sociedad Amigos del Arte y Club Rotario) y del gobierno (Ministerio de Instrucción Pública). La Exposición la inauguran “el señor Vicepresidente de la República y Ministro de la Guerra, general Andrés Ignacio Menéndez, con los miembros del gabinete de Estado (*La República*, Año IV, No. 1173, 17/diciembre/1936: 3).**

La estrecha relación entre el arte y la política se prosigue en los años siguientes. Valga agregar la participación salvadoreña en Guatemala hacia finales de 1937 durante la Gran Exposición Centroamericana que mezcla industria, artes y comercio. Al poeta Julio Enrique Ávila le corresponde ser el “enviado del gobierno” para presentar la cultura salvadoreña en todos sus ramos materiales y creativos. *El Imparcial* elogia la plástica indigenista de Pedro Ángel Espinoza, José Mejía Vides, Miguel Ortiz Villacorta y “los estilizados motivos mayas de gran valor decorativo” de Salarrué. (86) La magna obra nacional se exhibe en “el rincón del arte en cuya “pared sur” ondean “en arco fraterno las banderas de Guatemala y El Salvador [...] sobre los retratos de los presidentes general

Jorge Ubico y general Maximiliano H. Martínez [...] bordados en seda” (junto al Duce Mussolini).

A esta muestra pictórica oficial se agrega la “vida intelectual del vecino país” cuyas letras las auspician dos editoriales: “la Universidad y el Gobierno”. Ejemplos de literatura nacional “correctamente empastados” son “Francisco Gavidia [...] Alberto Masferrer, Manuel Castro Ramírez, Salarrué, Max P. Brannon, Claudia Lars [...] Hugo Lindo, Alfredo Espino, T. P. Mechín” (nótese presencia de escritores fallecidos, Masferrer y Espino, cuya obra el gobierno la vuelve oficial bajo auspicio favor de viuda y seguidores masferrerianos al igual que, quizás de Espino-padre y hermano, Miguel Ángel el segundo). En breve, a semejanza de la exposición de arte plástico en Costa Rica, en Guatemala se prosigue una correspondencia casi absoluta entre pintura, literatura y política cultural del martinato.

Ese mismo año, Manuel Castro Ramírez y Maximiliano Patricio Brannon acuden como delegados a la “Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz” y al “Sr. Gral Maximiliano Hernández Martínez” se le entrega “pergamino” que le confiere “título de Benefactor de la Patria”. (87) Revistas que se juzgan independientes —*Cypactly* y *Amatl: Correo del maestro*— reciben patrocinio del Ministerio de Instrucción Pública para que desarrollen la cultura pedagógica nacional y la difundan en el extranjero. (88)

El simulacro de cultura nacional —popular e indigenista— resulta de tal envergadura que no sería difícil encontrar ensayos que condenen la presidencia de Martínez en nombre de sus propios logros en materia artística y publicitaria. La unión quijotesca de los opuestos —soldado y letrado— se vislumbra desgajada; el fracaso de su gobierno, el de sus soldados, lo verificaría el éxito de su política cultural, el de sus letrados. Mientras el pasado escribe “armas y letras” —Martínez y Salarrué en la Biblioteca Nacional, en Costa Rica, *Amatl* bajo el patrocinio estatal, etc.— el presente lee “armas contra letras”.



## N. de la<sup>a</sup> R.

CYPACTLY, con el presente número, cumple nueve años de vida. Al dar esta noticia nos es grato saludar a nuestros colaboradores, amigos, cooperadores y demás personas que sienten simpatía por nuestra labor y ven, en nuestro periódico, un exponente de cultura.

Desde hace días nuestro artista, José Mejía Vides, nos dió, para regalo de nuestros lectores, uno de sus grabados inéditos presentando un paisaje nacional: Panchimaço. Ese dibujo lo hemos reservado para publicarlo en la portada de este número y adjuntamos, asimismo, en esta misma, un trozo de lectura de Salarrué: «Voces del Terruño».

No queremos prolongar esta nota, pues, como se comprenderá, lo primero y lo segundo se hermanan y comprueban nuestra intención sintetizada en gratitud y deseo de agradar.

---

---

# Las Voces del Terruño

Por  
— Salarrué —

## IV. INVENTARIO DEL PRESENTE

Hacia la segunda década del siglo XXI, ante el refuerzo de la democracia salvadoreña por la alternancia, se presupone que la memoria desplaza el olvido en los estudios históricos nacionales. Eventos trágicos como el etnocidio de 1932 emergen del silencio para recibir interpretaciones variadas. Al purgar traumas, la nueva escena historiográfica sugeriría que pronto se logrará una reconciliación con el pasado.

No obstante, la historia crítica aún se mueve en terreno resbaladizo al evaluar la figura del general Maximiliano Hernández Martínez y la de su política cultural. Los juicios en boga desprecian sus acciones fundados en valores contemporáneos que ignoran toda opinión que sus colegas expresan abiertamente de él. Los intelectuales salvadoreños que lo conocen y frecuentan resultan ausentes del quehacer historiográfico. La tónica del comentario desmentiría el sumo propósito de revelar la integridad del pasado. Se recae en memorias selectivas según criterios del compilador. Del pretérito se eligen documentos que certifican ideas novedosas que el presente inventa de él.

Se desdeña que la intelectualidad salvadoreña elogia la participación de Martínez en las redes literarias nacionales. Quienes viven la década del veinte lo estiman como uno de sus miembros más encarecidos. Ni el golpe de estado (diciembre/1931) ni el etnocidio (enero/1932) provocan rupturas serias ni oposición a su ascenso al poder constitucional. Por lo contrario, el estudio minucioso de la *Revista del Ateneo* —del *Repertorio Americano*, *Cypactly* y del *Boletín de la Biblioteca Nacional*— estipula la anuencia generalizada de escritores y artistas por el quehacer político de Martínez. Salvo una breve misiva de Masferrer y dos editoriales de un costarricense desconocido en El Salvador, Octavio Jiménez Alpízar, nadie, absolutamente ningún intelectual salvadoreño, denuncia ni siquiera anuncia los sucesos de inmediato. (89)

Para eximir a los escritores clásicos de todo compromiso con Martínez, la actualidad imagina astucias del silencio. Ante el terror que instaura la dictadura, la única respuesta la expresaría la reclusión. La persona que encarnaría el ardid del encierro se llamaría Salarrué. Su narrativa teosófica y viajes astrales

denotarían una vida que se consagra al aislamiento y a la creación ante la magnitud del desastre histórico. Sin opción por la denuncia ni la oposición, sólo el retraimiento y la creatividad artística redimirían a quien se niega a colaborar con el nuevo gobernante. Por su legado se sabe que el silencio no obedece a ninguna reticencia por la masacre, sino a la necesidad de no “excitar susceptibilidades” de familiares y amigos.



Escena entre comerciantes del pueblo

Por más fascinante que parezca la explicación, todo artificio del silencio conjetura que sus contemporáneos visualizan a Martínez bajo la misma óptica que lo juzga la actualidad. *La Revista del Ateneo* declara lo contrario. Antes de investirse como “presidente constitucional”, Martínez forma parte de los círculos intelectuales de mayor prestigio nacional. Desempeña altos cargos dentro de la jerarquía del Ateneo, superiores a la que ocupan en esos mismos años escritores canonizados: Toruño por ejemplo. La audiencia que asiste a sus conferencias las aplaude, a la vez que se deja fascinar por su propuesta espiritual y teosófica de estado.



Ladinas, vendedoras de frutas, descansando a la orilla del camino

En política, desde 1927, Martínez figura en la nómina de personas que defienden la soberanía nacional centroamericana contra toda intervención extranjera, estadounidense primero, y comunista luego, tal cual lo certifican obras eclesiásticas y misas de campaña en San Salvador, Guatemala y Panamá en 1932. (90)

En esta sólida alianza entre teosofía, anti-imperialismo, armas y letras, redes intelectuales y familiares, iglesia, etc., la imagen histórica de Martínez difiere mucho de la figura odiosa que el presente proyecta al pretérito. Hacia 1933, el etnocidio en el silencio, el régimen forja una “política de la cultura” en complacencia con los intelectuales de mayor prestigio nacional.

Esta participación no la explica la fuerza bruta ni el terror. La alabanza a su mandato la aclara el capital simbólico que Martínez adquiere por su larga temporada de ateneísta y teósofo. Quien forja ese término tan contemporáneo de “política cultural”, lo asocia con Salarrué y la red intelectual que recorta casi todas las contribuciones de las revistas nacionales citadas: *Ateneo*, *Cypactly* y *Boletín de la Biblioteca Nacional*. Hay un pacto fundador entre las armas y las letras, según requisitos quijotescos que recobra el Ateneo.

Si la política cultural del martinato fuese tan criticable como las acciones militares de su régimen, habría que preguntarse por su contenido. En este trecho que se abre entre “armas y letras” —según expresión cervantina, cara al despegue de la época— se alzaría la mayor paradoja de la historiografía contemporánea. La incertidumbre cervantina permanece sin irresolución. Soldado (Martínez) y letrado (Salarrué, etc.) forman una unidad compleja de un período del cual la actualidad sólo retiene favorablemente la faceta que le complace. Se premia de nuevo “a los letrados” para acusar a quienes los apoyan, “los soldados”.

De comienzos trágicos, de los despojos de la historia, se intentan rescatar partículas de ceniza las cuales, sin documentación primaria, un nuevo *romanticismo* llamaría arte de resistencia. Parecería que el mismo régimen de terror crearía instancias artísticas críticas que desmentirían su quehacer. Las corrientes artísticas de desobediencia elaborarían una geografía poética del terruño. Enaltecerían a sus habitantes campesinos e indígenas. Al cabo, por creencias teosóficas, imaginarían mundos fantásticos que trascienden el desastre de la historia nacional al proponer experiencias liberadoras. La disyuntiva rezaría: “letras contra armas” vs. “armas y letras”.



Escuela bajo el amate (1939), Luis Alfredo Cáceres

Campeſinos-indígenas salvadoreños nacionalizan su experiencia bajo dictado de lecto-escritura de los clásicos durante reforma educativa masferreriana del martinato. De izquierda a derecha: *Estrellas en el pozo* (1934) de Carmen Brannon, *Cuentos de cipotes* (1945) de Salarrué, *Leery escribir* (1913/5) de Alberto Masferrer, *Fábulas* (1945/1955) de León Sigüenza, *Las voces del terruño* (1929) de Francisco Miranda Ruano y *Poesías (Jícaras tristes, 1936/1947)* de Alfredo Espino. Nótese conocimiento de obras canónicas antes de su publicación y título definitivo. Igualmente, se revisten de función nacionalista, masferreriana y martiniana, obras “meta-políticas” juzgadas de “arte puro). El término “Escuela rural” el cual titula el cuadro aparece en *La República* en múltiples ocasiones desde 1933.

## V. CIFRA DEL PASADO

Sin embargo, desde la década de los veinte, esas mismas tendencias letradas y sus contenidos de esperanza se hallan vigentes durante la participación de los generales Martínez y Calderón en el Ateneo de El Salvador. Se continúan en el año del etnocidio y se despliegan en toda su dimensión durante el martinato, sin ruptura ideológica ni oposición. Si el examen anual de la *Revista del Ateneo* revela su presencia reiterada en el decenio, *Cypactly* demuestra que la publicación seriada de “Cuentos de barro” sustituye todo anuncio de los sucesos de 1932. Su lectura contribuye al silencio de los hechos.

Por su parte, en mayo del mismo año, el *Boletín de la Biblioteca Nacional* inaugura su espacio con un comentario halagador sobre “Salarrué” como “el verdadero tipo de intelectual”, según un escrito por Quino Caso, literato que defiende el golpe de estado (pág. 12). “Cuentos de barro” expresaría “un verdadero regionalista” a impulsar por la nueva política cultural. Bajo el mismo *reinado del terror*; el apoyo a Sandino también reclama el derecho a la expresión y la carta de ciudadanía (véase ilustración; no existen estudios documentados sobre la recepción de Sandino en El Salvador).

Posteriormente, el indigenismo cobra esplendor en la *Revista El Salvador. Órgano de la Junta Nacional de Turismo* (1935-1939) a la cual contribuye la mayoría de intelectuales de la época y cuyas portadas las ilustra el “pintor de Cuzcatlán”, José Mejía Vides. Pese a las reticencias de la prensa costarricense, este mismo artista obtiene el Primer Premio de Pintura en durante la Primera Exposición Centroamericana de Artes Plásticas en San José, en octubre de 1935.

En esa capital, por su apoyo financiero, el envío de Salarrué como delegado oficial y la diseminación indigenista, el gobierno de Martínez adquiere un valor insospechado dentro de los círculos artísticos centroamericanos. En su país se forja el modelo del nuevo arte centroamericano, sin copia de México ni imitación de Europa. El concepto de anti-imperialismo —soberanía nacional en el orden cultural— alcanza su apogeo ideológico.

Por esos años, hace irrupción en el país la poesía náhuatl. El estudio del espacio lírico que al presente se imagina como revolucionario bajo la pluma de Pedro Geoffroy Rivas (1908-1979), un jesuita irreconocido, Marcos Gordo, S. J., lo difunde en la “Radiodifusora Nacional”. Su empolvado libro *Joyas viejas. La poesía lírica azteca (divulgación)* declama cómo veinte años antes de radicalizarse, el martinato abre su sintonía radiofónica a la misma expresión indigenista. Lúcidamente, Gordo comenta los *Cantares mexicanos* y la obra temprana de Ángel María Garibay con exactitud la documentación primaria que inspira la poética geoffroydiana. (91)

Si esa “frecuencia de la Radiodifusora Nacional Y. S. S. “Alma Cuscatleca” [el estado la utiliza] para la difusión de leyes, disposiciones gubernamentales, circulares, etc. [como] forma de ejercicio del poder”, resultaría paradójico que idénticos contenidos poéticos se juzguen liberadores en los sesenta y actualmente en el Ministerio de Educación. (92) Acaso el sitio primigenio de todo arte indigenista se localizaría en ese referido “terror” que Urbina le asigna a “la violencia ejercida por el régimen de Hernández Martínez (pág. 12).

**El veinticinco por ciento de las entradas de estas funciones se destinan en pro de la**

**RECONSTRUCCION NACIONAL**

**¡Ayude Usted a Esta Reconstrucción!**

**Esto sí que es sensacionalísimo**

**Lorotone de la Catástrofe**

La única revista salvadoreña hecha en el país y autorizada aquí por salvadoreños. Para esta día ESTREVARA las primeras ediciones de la sensacional revista de la catástrofe de D. Salvador.

EN ESTA PELÍCULA, con sus escenas originales y con narración en español, VERA USTED un desarrollo de las dramáticas escenas por el momento en una catástrofe que todo el mundo se lo viene al contemplar las noticias, como la HEDATOMBI EN TODA LA REPUBLICA con todos sus detalles.

Esta película ha sido posible filmarla gracias a la autorización del General don. Max. H. Martínez, Presidente de la República, del señor General Andrés I. Múndula, Ministro de la Guerra, del señor General don José María Cárdenas, Ministro de Ultramarinos y a la cooperación de la

**Valerosa Flotilla Aérea Salvadoreña**

Esta película aérea, la primera que se toma en la República, abarca hasta Comapa, la ciudad atravesada por las aguas.

No se trata de un "sonetón" sino de una gran película de más de cuatro mil pies y que se exhibirá en varias funciones sucesivamente por un largo tiempo.

Las primeras exhibiciones se darán en las funciones de las 7:30 y 9:30 del miércoles y el viernes de las otras películas se exhibirán sucesivamente.

Esta sensacional película, ORGULLO LEGÍTIMO del LOROTONE, se está exhibiendo hoy mismo en Nueva York y se presentará en todo el mundo.

**Es la máxima producción cinematográfica de Centro América**

Recomiendo bien: No es una película más y autorizada con dinero sino UNA PELÍCULA CON SUS SONIDOS AUTÉNTICOS y con detalles completos de la más reciente catástrofe.

Hacia la conclusión de su mandato, en 1941-1944, “un acuerdo ejecutivo” insta a la “investigación del folklore nacional y arte típico salvadoreño” (*Planes*, San Salvador: Imprenta Nacional, 1941. Por esos años, *Cypactly* celebra “inauguración del puente Cuscatlán [...] el más puente de todos los puentes” que “Monseñor Chávez bendice el seis de junio” como muestra del empeño que desarrolla el gobierno de Martínez, a la vez que ilustra la constancia de la rama teosófica Teotl junto a caricatura de H. P. Blavatzky, prédicas de Krishnamurti, etc. “El horizonte racional” de este filósofo lo elogia la prensa oficial. (93) El resultado del tesón presidencial es *Recopilación de materiales folklóricos salvadoreños* (San Salvador: Imprenta Nacional, 1944), libro de unas cuatrocientas páginas que contiene el repertorio más amplio de bombas, refranes, juegos de niños, canciones populares, de cuna, etc.

Martínez en el exilio, la relevancia de su legado la recobra Toruño al evocar la voluntad del ejecutivo en el rescate de la literatura oral salvadoreña que lleva a cabo María de Baratta, y luego Mangoré y la música clásica. (94) El compendio que promueve Martínez “tiende a desenterrar lo que ha estado en las capas emotivas populares”. Ni siquiera los trabajos más actualizados del folclorismo salvadoreño superan esa compilación. A lo sumo, sin referir fuente primaria, lo citan de manera oculta, o bien redescubren su contenido ignorado. Como en los casos de la narrativa regionalista y la poesía indigenista, al repetir un hallazgo, el folclor actual se imagina inédito y liberador.

Más cercano a nosotros, en duplicación al estribillo “armas y letras” que fragua la generación de Martínez, la eterna repetición de lo mismo inventa sinónimos que justifican acciones armadas de escritores con filiación contraria: “el verso y la pólvora”, “poesía guerrillera”, etc. (95)

Los mismos autores (Baratta, Espino, Gavidia, Salarrué, Toruño, etc.) y las corrientes artísticas (indigenismo, lírica azteca, literatura oral, regionalismo, teosofía, etc.) que la actualidad proyecta en alternativa crítica al mandato de Martínez, los promueve su “política de la cultura”. Para mantener oculta esta paradoja, la actualidad recurre a una nueva astucia del silencio; traiciona su principio de reconciliación con el pasado fundado en una amplia memoria a falta de documentación primaria. En nombre de la memoria, el presente implora el olvido...



Una vendedora de frutas, llegando a la capital

## VI. CONCLUSIÓN

Con esta investigación exhaustiva de una revista literaria de El Salvador en absoluto pretendo legitimar la presidencia del general Maximiliano Hernández Martínez ante la opinión historiográfica en curso. Menos aún, anhelo eximirlo de su responsabilidad por el etnocidio. La contribución apunta hacia un objetivo muy distinto: el rigor historiográfico. En primer lugar, exige sustituir los documentos primarios por las versiones impresionistas del pasado. En segundo lugar, reclama juzgar ese mismo pasado por los juicios que los actores sociales expresan sobre su propio acontecer.

Solventado este requisito, “Armas y letras” demuestra la enorme distancia que media entre la manera en que la actualidad percibe ascenso del general Martínez

al poder —su obra política y cultural— y la visión de sus contemporáneos. Su promoción, etnocidio y mandato no dependen sólo de actos individuales como dictador. Tampoco obedecen al simplismo que reduce su gobierno a un régimen de terror.

En cambio, el ensayo rastrea la adquisición de un capital simbólico, como miembro destacado del Ateneo, y el apoyo solidario que sus correligionarios profesan a la hora clave del despegue conflictivo de su mandato. En ese momento, la esfera artística y literaria salvadoreña forja la “política de la cultura” del martinato. Colabora en la edificación de un nuevo proyecto de nación. Los ámbitos que la actualidad separa —“armas y letras”— con amplio espíritu quijotesco los ateneístas los unifican.

Como diría Salarrué, “*semos malos*”. Todos, absolutamente todos, “soldados y letrados”, “*somos*” responsables de esos hechos tremendos que, retrospectivamente, la actualidad denuncia atribuyéndole a un militar acciones que le competen a la sociedad en su conjunto. La exigencia por restaurar la memoria histórica debe cesar de proponer actos selectivos, si en verdad desea validar su justa retribución del olvido. Resulta curioso que los ateneístas posean un conocimiento de los clásicos —capítulo XXXVIII de Don Quijote— mientras la actualidad los desconozca al invocar una sola faceta de una realidad dual y compleja. El terror militar absoluto es una ilusión, ya que no hay “soldado sin letrado”. No existen “armas sin letras”.

### **Coda teosófica**

Al concluir el ensayo, con estricto requisito teosófico confieso que para 1923-1933 no se me consulta opción de reencarnarme ni de participar en los sucesos. A la época, estoy felizmente muerto y “descanso en paz”. Por tal razón, solicito que no se me inculpe de exhumar documentos olvidados sobre compromisos pretéritos, ajenos y comunes. Al instante, sólo pretendo restaurar recuerdos que, por dolorosos, no dejan de ser verdaderos ni declarantes de un capítulo de la historia nacional. Salvo que optemos de nuevo por olvidar, se cremaría públicamente toda aquella evidencia que no colme nuestro deseo íntimo de redención ni identidad. A los dioses del fuego —Hefesto, Huehuetéotl, Vulcano, etc.— a genuflexión se les rezaría “aparten de nosotros salvadoreños este pasado”...

“Y [volverá] a decir [el presente]: No se enoje ahora mi Señor, si hablare solamente una vez: quizá se hallarán allí diez [que no colaboraron]. No la destruiré [la herencia histórica del martinato], respondió, por amor de los diez”. (96)

## NOTAS

- (1) Capítulo XXXVIII: Que trata del curioso discurso que hizo Don Quijote de las *armas y las letras*.
- (2) Julio C. Escobar, “Discurso del Director de la Biblioteca Nacional leído el 12 de noviembre en el acto inaugural de la exposición de libros”, *Boletín de la Biblioteca Nacional* (No. 11, noviembre/1933: 1 y 3.
- (3) *Revista del Ateneo*, Año XXI, No. 146, 1933: 51.
- (4) *Repertorio Americano*, 12 de diciembre de 1931.
- (5) *Repertorio Americano*, 30 de enero de 1932, 13 de febrero de 1932 y 9 de abril de 1932.
- (6) *Diario Latino. Suplemento Cultural Tres Mil*, 15 de diciembre de 2009: 2. Acaso el mismo olvido de los logros culturales del martinato se hallan presentes en museos y en el Ministerio de Educación.
- (7) Durham, NC: Duke U. P., 2008: 49-52. Nótese que los autores estadounidenses olvidan mencionar el apoyo de los sandinistas al general Martínez.
- (8) *La República. Suplemento del Diario Oficial*, Año II, No. 318, 2 de diciembre de 1933.
- (9) *La República*, Año II, No. 307, 8 de diciembre de 1933.
- (10) “Editorial de *El Universal*, de México”, *La República. Suplemento de el Diario Oficial*, Año I, No. 44, 12 de enero de 1933.

- (11) *Libro*, San Salvador: Imprenta Nacional, 1914. Turcios, San Salvador: Talleres Tipográficos de Dutriz Hermanos, 1915; *Revista del Ateneo*, Año III, No. 30, octubre de 1915 y Año IV, Nos. 35-36, marzo-abril de 1916, al igual que “Frente a todos los imperialismos la fraternidad internacional”, Año X, No. 89, enero de 1922: 1661-2.
- (12) Toruño, *Revista del Ateneo*, Año XX, No 145, 1932: 101-104.
- (13) *Cypactly. Revista de Variedades*, No. 13, marzo 20 de 1932: 17 y “Alocución” de José M. Peralta, *Revista del Ateneo*, Año XX, No 145, 1932: 16-17. Calderón dirige el ejército que acomete a los indígenas sublevados en enero de 1932.
- (14) *Revista del Ateneo*, Año XIX, No. 144, 1931.
- (15) Salarrué, *Catleya luna*, San Salvador: Dirección de Publicaciones, 1974: 109.
- (16) Véase: “Carta prólogo de Alberto Masferrer”, *Boletín de la Biblioteca Nacional*, No. 8, junio de 1933: 4-5 que lo refiere como “el libro de Alfredo”, sin nombre propio.
- (17) *Cypactly. Revista de Variedades*, Año IX, No. 140, Agosto 25 de 1939: 1.
- (18) Año XII, No. 92, enero-junio/1924: 1877-1880, 1880-1887.
- (19) Sobre Calderón, véase: *El ejército federal* (San Salvador: Imprenta Nacional, 1922, *Prontuario geográfico*, San Salvador, Imprenta “La Salvadoreña”, 1927/1932/1939), *Sufragio libre*, San Salvador: Imprenta Nacional, 1930/1931 y *Anhelos de un ciudadano*, San Salvador: Tipografía La Unión, 1942/1951.
- (20) Año XIII, Nos. 98-102, octubre-diciembre de 1925.
- (21) Año XIV, Nos. 119-120; errores en conteo de años no son míos.

- (22) Año XVII, Nos. 121-124, enero-mayo de 1929.
- (23) Año XVII, Nos. 125-131, junio-diciembre de 1929.
- (24) Véase: Calderón, *Sufragio libre*, San Salvador: Imprenta Nacional, 1930.
- (25) Véase: *Cypactly*, Año IX, 10 de marzo de 1939: 14 que ofrece “nuestro último adiós al inolvidable y querido hermano en el espíritu Hugo Rinker” a cuyo entierro acuden ateneístas, masonería y Sociedad Teosófica. Rinker figura como miembro de la comisión de censura del gobierno de Martínez en 1933.
- (26) Véase: *Idioma Pipil ó Nahuat de Cuzcatlán y Tunalán hoy República de El Salvador en la América Central* (1937), obra del lingüista Tomás Fidias Jiménez y su idea sobre el náhuat como cartografía de lo natural y divino. Se la dedica “al Gral. Don Maximiliano Hernández Martínez”, “patrono del indigenismo centroamericano”, y a Francisco Gavidia. Similar dedicatoria a Calderón concluye *Lecturas nacionales* de Saúl Flores (San Salvador: Talleres Gráficos Cisneros, 1940, fechado de 1938) borrada en ediciones posteriores, cuya publicación la autoriza el propio Salarrué como miembro de comisión ministerial.
- (27) Año I, No. 8, 8 de diciembre de 1931: 8, 15 y 21.
- (28) Véase: “Cuento de barro. Cheje”, *Cypactly*, No. 17, 22 de junio de 1932: 13-15, número que exalta la “civilización pipil” y “Cuentos de barro. La botija”, *Boletín de la Biblioteca Nacional*, No.1, mayo de 1932: 15-16.
- (29) Véase: *La República*, Año III, No. 598, 13 de diciembre de 1934: 4, sobre “labor cultural de nuestro cónsul general en Cuba”, y *Cypactly*, Año VII, No. 120, enero de 1938: 12 que rinde homenaje a “nuestro cónsul Dr. José Dols Corpeño”, primer presidente del Ateneo.
- (30) “Mi respuesta a los patriotas”, *Repertorio Americano*, 27 de febrero de 1932. Nótese que este breve escrito que actualmente se juzga como

denuncia de 1932, repite el discurso oficial del Ateneo, es decir, de los medios intelectuales cercanos al general Martínez.

- (31) Salarrué, lugar citado.
- (32) *Boletín*, No. 2, junio de 1932: 1.
- (33) Véase: Gustavo Alemán Bolaños, *Sandino* (Guatemala: La República, 1932), obra que reseña Toruño en el Ateneo y *Boletín de la Biblioteca Nacional*.
- (34) López Pérez de Freineda, No. 18, 10 de julio de 1932: 1 y Rodolfo Jiménez Barrios, No. 19, 31 de julio de 1932: 1.
- (35) San Salvador: Misiones Paulinos, 2008: 418.
- (36) *La República*, Año I, No. 4, 5 de diciembre de 1932: 4.
- (37) *La República*, Año I, No. 16, 10 de diciembre de 1932: 2.
- (38) *Diario Latino*, 29 de febrero de 1932 y *El Día*, 25 de febrero de 1932.
- (39) *Boletín*, No. 11, noviembre de 1933: 1.
- (40) *La República*, Año I, No. 275 y 286, 1 y 14 de noviembre de 1933.
- (41) Véase: “La hora de los maestros”, *Cypactly*, no. 12, 28 de febrero de 1932: 3, para un proyecto nacionalista similar.
- (42) *Boletín de la Biblioteca Nacional*, No. 7, abril de 1933: 1-2 y Nos. 9-10, julio-agosto de 1933: 3-4.
- (43) *Boletín*, Nos. 9-10, julio/agosto/1933: 3 *Boletín*, Nos. 9-10, julio-agosto de 1933: 3.
- (44) Año I, No. 286, 14 de noviembre de 1933: 4.

- (45) *Boletín*, Nos. 15-17, junio de 1934: 5.
- (46) *Boletín*, No. 1, mayo de 1932: 12.
- (47) *Boletín*, No. 6, enero de 1933: 2-12 y 35; Espino ofrece “conferencias en la capital mexicana” en apoyo a Martínez (*El Día*, 4 de febrero de 1932) y el 4 de marzo de 1933 inaugura “la consagración de la Escuela Normal de maestras” junto a Martínez, *La República*, Año I, No. 87, pág. 4.
- (48) *Boletín*, No. 11, noviembre de 1933: 30-31, reproducido en *Cactus*, 1 de noviembre de 1933: 1.
- (49) En: Francisco Espinosa, *Canciones populares*, San Salvador: Imprenta Nacional, 1941: 3, pero fechado 1933, la importancia de la obra de Espinosa la declara *La República*, Año I, No. 292, 21 de noviembre de 1933: 4.
- (50) *Boletín*, No. 7, abril de 1933: 3.
- (51) Véase: *La República*, Año I, No. 125, 25/abril/1933 que incita a hacer “cultura por medio del radio”.
- (52) *La República*, Año I, No. 78, 22 de febrero de 1933.
- (53) *Boletín*, Nos. 9-10, agosto de 1933: 3-4.
- (54) “Una casa para Gavidia”, *La República*, Año I, No. 265, 20 de octubre de 1933.
- (55) *La República*, Año I, No. 260, 14 de octubre de 1933: 2.
- (56) Y la primera historia de vida, *Biografía del escritor Alberto Masferrer* de Manuel Masferrer C. (San Salvador: Tipografía Canpress, 1933), la cual brevemente anuncia “la magnitud de la tragedia [que ocurrió por un] teósofo [que] ¡no come carne, pero mata campesinos...!” (40-41).
- (57) *Boletín*, noviembre de 1932: 1.

- (58) La República, Año I, No. 129, 12 de mayo de 1933: 4. Resulta una coincidencia sorprendente que la concesión de una pensión vitalicia a la viuda de Masferrer date del mismo mes en el cual “a contracorriente de la censura oficial”, el periódico Patria—de la “red intelectual de Masferrer”—rescata la imagen de Farabundo Martí bajo la pluma de Salarrué (Ricardo Melgar Bao, “Cominternismo intelectual”, *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 35, 2009: 141). Nótese que Melgar Boa no revisa ninguna documentación primaria del régimen de Martínez al cual ataca sin concederle la facultad de voz. Toda falta de conexión intelectual entre Martínez y la esfera artística nacional, incluso el Grupo Masferrer y Salarrué, queda sin prueba legítima.
- (59) *La República*, Año I, No. 213, 16 de agosto de 1933: 4.
- (60) *La República*, Año II, No. 317, 20 de diciembre de 1933.
- (61) *La República*, 4 y 8 de septiembre de 1933.
- (62) *La República*, Año I, No. 275 y 286, 1 y 14 de noviembre de 1933.
- (63) *La República*, Año I, No. 286, 14 de noviembre de 1933: 4.
- (64) *La República*, Año I, No. 260, 14 de octubre de 1933.
- (65) *La República*, Año II, No. 306, 7 de diciembre de 1933: 4.
- (66) *La República*, Año II, No. 317, 20 de diciembre de 1933.
- (67) *La República*, Año I, No. 312, 14 de diciembre de 1914.
- (68) El término lo acuña Julio César Escobar, Director de la Biblioteca Nacional y editor del Boletín, quien cita a Salarrué.
- (69) *La República*, Año I, No. 310, 12 de diciembre de 1933.
- (70) No. 255, 7 de octubre de 1933.

- (71) *Boletín*, Nos. 18-20, diciembre de 1934-enero-febrero de 1935: 11-12, 22-23 y 55.
- (72) *La República*, Año II, No. 355, 6 de febrero de 1934, véase también: “Gabriela Mistral y El Salvador”, Año I, No. 26, 16 de octubre de 1933: 2-3 que reproduce el único escrito de la maestra chilena sobre el país.
- (73) *La República*, Año II, No. 511.
- (74) *La República*, Año II, No. 520, 8 de septiembre de 1934.
- (75) *La República*, Año III, Nos. 607-608, 26-27 de diciembre de 1934.
- (76) *La República*, Año II, Nos. 662-663, 4-5 de marzo de 1935; se anota presencia de Max P. Brannon como alto dignatario.
- (77) Véase: [http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi\\_aff&id=2257](http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=2257).
- (78) *La República*, Año III, No. 815, 17 de septiembre de 1935.
- (79) *La República*, números de octubre-noviembre de 1935.
- (80) *La República*, Año III, No. 870, 25 de noviembre de 1935.
- (81) *La República*, Año III, No 868, 22 de noviembre de 1935 y Año V, No. 1192, 15 de enero de 1937.
- (82) Lugar citado; véase: *Acta final*, México D. F.: Secretaría de RREE, 1936.
- (83) *La República*, Año III, No. 875, 30 de noviembre de 1935.
- (84) Amparo Casamalhuapa, *Boletín de la Biblioteca Nacional*, Época II, No. 14, mayo de 1934: 21; antes de oponerse al régimen de Martínez, Casamalhuapa participa en cruzadas pedagógicas nacionalistas “para

proteger la cultura popular” según lo estipula Escobar ante foto de Martínez (*Boletín*, Nos. 15-17, julio-agosto de 1934: 1 y 4).

- (85) *La República*, Año IV, No. 1104, 22 de septiembre de 1936.
- (86) *La República*, Año V, No. 1436, 26 de noviembre de 1937.
- (87) *Boletín*, No. 32, febrero de 1938: 42-43. A la idea de “redes intelectuales” debe añadirse la de “redes familiares”: Espino, Brannon-Lars, Mejía Vides, etc.; para Max P. Brannon como alto funcionario de Martínez, véase: *La República*, Año III, No. 662, 4 de marzo de 1935.
- (88) *Cypactly*, Año IX, No. 139, julio de 1939: 5-6, páginas en la cual aparece el cuento “Matraca” de Salarrué.
- (89) *Repertorio Americano*, 30 de enero de 1932, 13 de febrero de 1932 y 9 de abril de 1932.
- (90) Véase: *Recuerdo de la solemne misa*, Guatemala: Talleres Tipográficos San Antonio, 1932, Guillermo Rojas y Arrieta (Arzobispo de Panamá), *Trigésima séptima pastoral*, Panamá: Benedetti, 1932 y Remigio Vilariño Ugarte, *¡Pro Deo et Patria!*, Tegucigalpa: Tipo-lito-fotograbado y Encuadernación Nacionales, 1932.
- (91) Gordoia, San Salvador: Tipografía Unión, 1937; Garibay, *La poesía lírica azteca: esbozo de síntesis crítica*, México: Ábside, 1937.
- (92) Chester Urbina, “Estado instituciones y control social en El Salvador (1931-1944)”, Segundo Encuentro de Historia, julio de 2007: 5.
- (93) *Cypactly*, Año XI, No. 164, 15 de julio de 1942: 13 y 15 y *La República*, Año III, No. 694, 10 de abril de 1935: 2.
- (94) *La República*, Año XXXII, No. 164, diciembre de 1944: 26-31; la participación de Baratta la ilustra *La República* desde 1933, publicación oficial que el año siguiente elogia sus estudios de musicología indígena

como “cimiento de arte autóctono” (Año III, No. 607, 26 de diciembre de 1934: 2, al igual que *La República*, Año III, No. 598, 13 de diciembre de 1934 para Mangoré.

(95) Considérese la antigüedad del lema dizque marxista “revolución o muerte”, el cual lo declama un anónimo hacia 1863 (*Gaceta Oficial*): “consumarla [= la patria] o perecer”.

(96) *Génesis*, 18: 32.

## **LISTA DE ILUSTRACIONES**

### **(EN ORDEN CRONOLÓGICO DE PUBLICACIÓN)**

“Una carreta y su guía (tercer premio)” de Miguel Ortiz V., “La pastelera (primer premio)” de Miguel Ortiz V. y “La ayotera (quinto premio)” de Francisco Montenegro. «Dibujos premiados durante Certamen del “Ateneo de El Salvador” celebrado en conmemoración de la Independencia Nacional en el salón de la Biblioteca Nacional, a las nueve y media de la mañana del día diez y nueve de septiembre de mil novecientos diez y ocho» (*Revista del Ateneo*, Año VI, Nos. 57-68, enero-diciembre/1918: 1242-1245).

Portada, *Revista del Ateneo*, 1926-1927.

Entre amigos teósofos, Maximiliano Hernández Martínez, Salarrué y Sandino según *Cypactly. Revista de Variedades*, Año I, No. 8, 8/diciembre/1931, No. 10, 20/enero/1932 y No. 13, 20/marzo/1932, respectivamente. Por desgracia, las ilustraciones de la *Revista del Ateneo* no ofrecen la calidad necesaria para reproducirlas en este ensayo.

“Lorotone de la catástrofe”, *Diario Nuevo*, junio/1934. Cortesía de Carmen Molina Tamacas.

“Primera reforma agraria (1935)”, Pedro Ángel Espinoza

Salarrué y la *Revista Amatl. Cypactly*, Año IX, No. 139, julio/1939: 5.

Escuela bajo el amate (1939), Luis Alfredo Cáceres

Salarrué, José Mejía Vides y “Las voces del terruño”, *Cypactly*, Año IX, No. 151, 25/julio/1940: 1.

Fotografías que acompañan la *Recopilación de materiales folklóricos salvadoreños* (San Salvador: Imprenta Nacional, 1944), libro que se publica por “acuerdo ejecutivo de fecha de 20 de noviembre de 1941” bajo la dirección de María de Baratta: “India salvadoreña con su indumentaria de Panchimalco”, “Campesinos mirando pasar los azacuanes”, “Ladinas, vendedoras de frutas, descansando a la orilla del camino”, “Tocadores de pito y tambor en El Salvador”, «“Cuentas galanas”. Escena entre comerciantes del pueblo”», «“El día de la cruz”. Mujeres llegando con sus ventas al mercado», “Una vendedora de frutas, llegando a la capital”, “India de Izalco, con su indumentaria regional”. Las fotos reconocen la autoría de Aníbal Salazar, Alfredo Joseph y José Joseph.

“1 colón. Obverse: Black, green and pink with peasant woman holding basket of fruits” (Anverso: negro, verde y rosado con mujer campesina cargando canasto de frutas). Alcedo Almanzar & Brian R. Stickney, *The coins and paper Money of El Salvador*. San Antonio, TX: Almanzar’s Coins of The World, 1973: 74.

## **APÉNDICE**

### **HISTORIA, DEL HECHO A LA CONCIENCIA**

### **MARTÍNEZ EN 1955**

Al regresar al país en julio de 1955, el ex-presidentes Maximiliano Hernández Martínez provocó un vasto desconcierto. La opinión se dividió entre quienes acogían con agrado su retorno y quienes protestaban su llegada inesperada. Entre los primeros se encontraban miembros de la oficialidad, así como grupos populares de simpatizantes que lo recibieron con halagos y banderolas. El

mismo Estado Mayor —dirigido por el Presidente Osorio— lo acompañó a despedirlo al aeropuerto con destino a Miami, unos días después de su arribo.

Si el presente juzga el martinato con extremo rigor, a once años de su caída y exilio en 1955, la memoria histórica lo evaluaba según parámetros olvidados. Reinaban juicios que olvidamos adrede para adaptar el pasado a intereses políticos de la actualidad.

La protesta por la presencia del general Martínez la dirigían los estudiantes de la Universidad Nacional. Esta protesta —si bien no era nueva— no reconocía sus raíces más allá de 1944, aun si refería los trece años de su mandato. La larga dimensión de la protesta no se arraigaba en una oposición sistemática y continúa contra el martinato. En cambio, luego de 1932, el apoyo de casi todos los segmentos artísticos e intelectuales al general sólo decayó al final de su carrera.

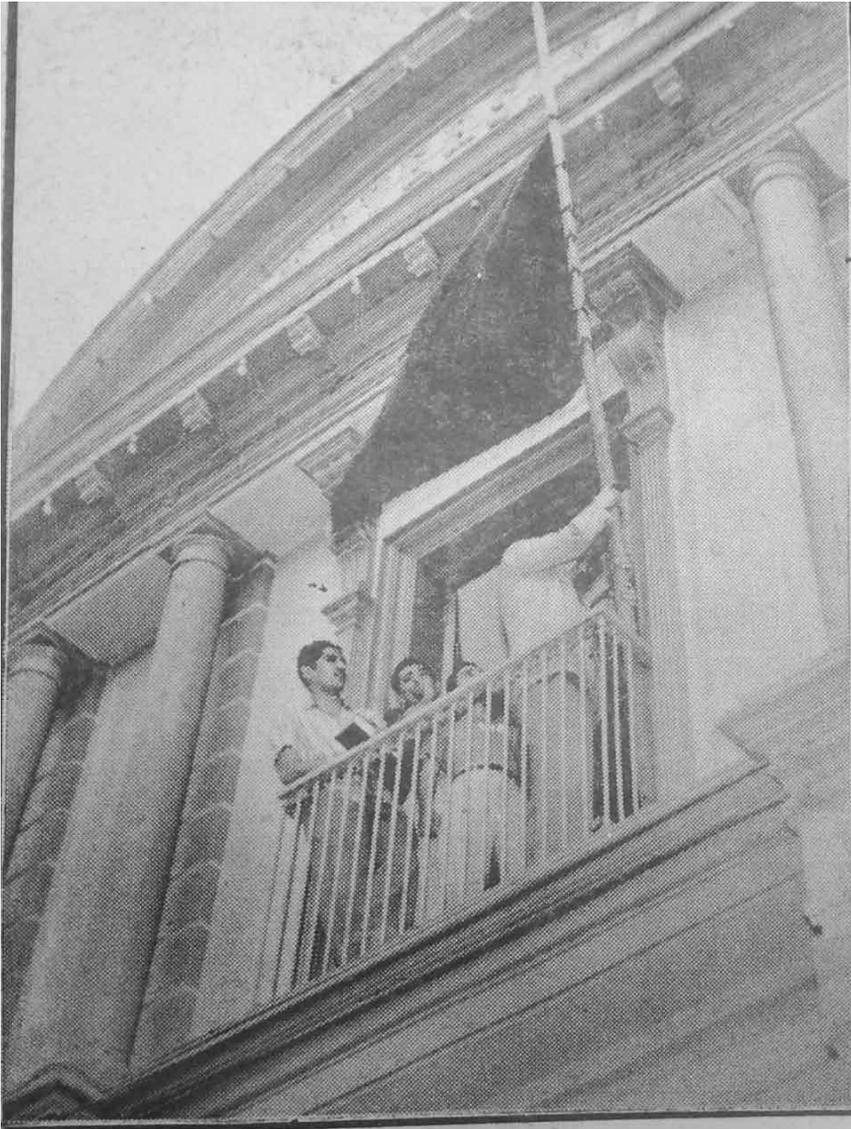
Luego de lanzar un proyecto de nación, una “política de la cultura” —que promovía el indigenismo en pintura y en literatura (1933)— su reelección en 1935 y 1939 se hallaba asegurada. El auxilio de artistas teósofos, masferrerianos y sandinistas creó un legado nacional insuperable que hasta la actualidad del cambio reclama como propio, en museos de prestigio y en la currícula educativa. Por más que las reseñas tardías de Farabundo Martí lo colocarían al lado de César Augusto Sandino, el padre del nicaragüense y sus seguidores reconocían en el general Martínez uno de los artífices de la paz en Centro América y proponente anti-imperialista, desde 1927.

Como prueba adicional, baste mencionar el evento más relevante para el arte del istmo de la década de los treinta —la Primera Exposición Centro Americana de Artes Plástica, en San José, Costa Rica, el 12 de octubre de 1935— el cual recibió el financiamiento del general Martínez y el envío de Salarrué como Delegado Oficial con la colección más completa de arte indigenista salvadoreño. Como mecenas del arte indigenista, la “política de la cultura” del martinato se convirtió en modelo para todo el istmo. De nuevo, este legado aún lo celebra la actualidad, incluso el ala más radical.

Quizás por esta conciencia aún vívida, nadie enjuició al general por hechos

que precedieran a su destitución en 1944. Sus credenciales anteriores a esa fecha se percibían impecables. Nadie ni siquiera los poetas comprometidos de la generación del 44, ni la naciente generación artística, la comprometida por excelencia, le reprochaban su actuación durante los trece años de gobierno. Lo que el presente juzgaría pecado original —matanza, etnocidio, etc.— durante esa breve estancia del general en el país, nadie lo mencionó ni lo hizo responsable de tales hechos.

La demanda formal la recibió la Mesa Directiva de la Asamblea Legislativa el 13 de julio de 1955, la cual expresaba un neta conciencia jurídica. El craso crimen del general lo constituían “el fusilamiento” de sus opositores en 1944. Esta petición legal la redoblaba la protesta estudiantil por medio de varios actos cívicos de protesta. Hubo una “manifestación pública”, una concentración popular en el recinto universitario; se izó una bandera negra “a media asta” en el “portón principal de la Universidad Nacional” tal cual lo organizaba la Asociación General de Estudiantes (AGEUS), y se editó un “número extraordinario de Opinión Estudiantil [...] dedicado en su totalidad al ex-presidente [con] fotografías de los fallecidos en los sucesos del 44”. Existía una obligación moral por repetir “el gesto viril de los héroes de Abril y Mayo del año memorable de 1944” y recordar, en ritual cívico, “la famosa huelga de brazos caídos” (nótese el carácter masculinizante de lo político).



(Foto de LA PRENSA, por Urrutia).

**PROTESTAN POR LA LLEGADA DE MARTINEZ.**—Los estudiantes universitarios en su pública protesta por la llegada del general Maximiliano Hernández Martínez, colocaron ayer en el portón principal de la Universidad Nacional, la bandera de luto que a media asta, permanecerá en el edificio mientras dure la permanencia de Martínez en el país. El Br. Ricardo Falla Cáceres, coloca la bandera negra.

A la vez, se realizaron actos culturales de poesía y de pensamiento crítico los cuales reiteraban la inculpación jurídica y la protesta callejera. El Círculo Literario Universitario leía los poemas “Llama viva” de Otto René Castillo, el trabajo “Selección de poemas” de Roque Dalton García, así como la obra ahora olvidada de Elías Herrera Rubio y Salvador Falla Cáceres, todos esos autores premiados con igual nombradía.

Asimismo, la Asociación de Estudiantes de Derecho (AED) preparaba un homenaje a Alberto Masferrer, cuya obra se había publicado por primera vez bajo los auspicio del propio general Martínez, quien recibió el apoyo de la viuda del maestro y de sus más fieles seguidores (Baratta, Casamalhuapa, Lars, etc.). Esta misma herencia de un Minimum Vital masferreriano la reclamaba “la revolución salvadoreña” de 1948, como si “hacer estas ideas tangible realidad” definieran los gobiernos salvadoreños por décadas (nótese que Masferrer funcionaría como el padre freudiano muerto cuyo proyecto originario valida la acción de varios gobiernos, desde 1933 a 1948 al menos).

## II

Con esta breve reseña sobre el retorno del general Martínez y de algunas de las reacciones a su presencia, sólo pretendo ofrecer un atisbo minúsculo de un serio problema que afecta a la historia salvadoreña. En absoluto nuestra conciencia de los hechos se equivale a la perspectiva que de esos mismos hechos poseían nuestro antecesores. En cambio, lo que “el retorno del dictador” nos enseña es que en 1955, ninguno de los actores intelectuales de la denuncia y protesta contra el general le atribuye los sucesos de 1932 como crimen de lesa majestad.

En cambio, a nivel artístico e intelectual, el error garrafal del ex-presidente lo constituyó su deseo de perpetuarse en el poder en 1944, por la represión contra los opositores ciudadanos y universitarios. Si fuera posible que el recuerdo de 1932 perdurara en la memoria popular indígena, esta conciencia de los sucesos no la expresó ninguna de las instancias de protesta contra el general en 1955. Ni la demanda jurídica ante la Asamblea Nacional, ni la bandera negra a media asta en la Universidad Nacional, ni la poesía comprometida exponían los sucesos de 1932 como herida de la memoria y afrenta crucial, originaria del martinato.

Más allá de 1944, habían muy pocas agravios que imputarle al general. Los hechos de 1932 que el presente juzga horribles no imprimían su huella en la conciencia histórica nacional, ni en la historiografía literaria, ni en el despertar poético de una generación revolucionaria, la del Círculo Literario Universitario.

Al presente que confunde la historia como hecho con la historia como conciencia, este corto comentario aclara que nuestros antecesores no percibían el mundo y la historia bajo el mismo prisma que el nuestro (el átomo existe desde el principio de los tiempos sin que las civilizaciones antiguas lo adviertan y lo utilicen). Ya sería hora de escribir una historia no sólo de los hechos en bruto —tal cual los imagina el siglo XXI— sino también de la conciencia de los actores sociales que vivieron esos mismos hechos, en el momento mismo de su acontecer.



**GENERAL MARTÍNEZ RECIBE A MANIFESTANTES** —Partidarios del General Martínez desafiando ayer a las saú de la tarde una fuerte tormenta, marcharon desde el Parque Cuscatlán hasta la residencia del Ex-Presidente. Portando una bandera y viviendo al General Martínez por de más de ciento cincuenta personas, acompañadas de dos orquestas improvisadas y llevando la bandera patria a la cabeza, invadieron la casa del Nº 106 de la Calle Roosevelt. Los Guardias Nacionales que custodian la casa, quisieron en principio detenerlos, pero los manifestantes lograron abrirse paso. El General Martínez ante la prueba de simpatía que le daban, se hizo presente acompañado de familiares y amigos. Al salir con paraguas y sombrillas que le ofrecían sus adeptos, salió bajo la tormenta hasta el jardín que da a la calle, donde aprovechó la ocasión del propio general y de sus partidarios, se logró tomar la presente fotografía. Ningún redactor de prensa habrá logrado fotografíar al general en su hogar al salir.

# SALARRUÉ EN COSTA RICA (1935)

## INDIGENISMO EN PINTURA Y DISEMI-NACIÓN DE LA POLÍTICA CULTURAL DEL MARTINATO

Palabras claves - Resumen

Keywords - Abstract

0. Preámbulo

I. Poder masculino, mujer e indígena en la pintura salvadoreña

II. Jurado y crítica frente al arte salvadoreño

III. Plástica de Salarrué/Gobierno de Martínez, modelo ejemplar en Centroamérica

IV. Política cultural del martinato

V. Comentario final. Salarrué y Lemus

Agradecimientos

Anexo. Carta al Candidato por Salarrué

Notas

Lista de ilustraciones

Bibliografía

Revistas

[Hay que pensar] *el momento en que el hombre se fundió con la obra para realizarla*, [ya que] *el cuadro [es] transición [entre arte y política, espíritu y materia]*. (1)

En un acontecimiento de verdadera significación espiritual y de profunda resonancia en la vida artística de Centro América, [...] se ha acordado por parte del Ejecutivo [que dirige el general Martínez] la institución del “Premio de El Salvador” [...] el conocido artista nacional Salvador Salazar Arrué, es la persona que nuestro Gobierno [el mismo Ejecutivo] ha escogido para que represente al país. (2)

**Palabras claves:** política cultural, artes plásticas, indigenismo salvadoreño, Maximiliano Hernández Martínez, militarismo y cultura.

## Resumen

“Salarrué en Costa Rica (1935)” reseña viaje oficial y participación del autor en la “Primera Exposición Centroamericana de Artes Plásticas”. Anota la importancia del indigenismo en pintura en El Salvador como modelo ejemplar para renovar la esfera artística centroamericana, al igual que para legitimar intelectualmente el régimen democrático-militar del General Maximiliano Hernández Martínez (1931-1944). A la vez que “el arte salvadoreño triunfa en Costa Rica”, su presidencia se inviste de mecenas del nuevo arte indigenista centroamericano y emprende una noble campaña de “acción continental a favor de los indígenas”, en un país con “el 20%” de población autóctona. (3) Salarrué desempeña un papel vital en ese engranaje de renovación del nacionalismo salvadoreño al aceptar directamente del Poder Ejecutivo nombramiento de Delegado Oficial o Embajador de las Artes.

**Keywords:** Cultural politics, fine arts, Salvadoran indigenismo, Maximiliano Hernández Martínez, militarismo and culture

## Abstract

“Salarrué in Costa Rica (1935)” describes official trip and participation of the author in the “First Central American Exhibit of Visual Arts”. The article examines the dissemination of Salvadoran Nativism in the arts as a paradigmatic model for the renewal of the artistic sphere in Central America, as well as an intellectual legitimation of the military-democratic regime of General Maximiliano Hernández Martínez (1931-1944). After “Salvadoran art triumphs in Costa Rica”, the title of patron of Central American *indigenista* art is conferred to its presidency, who undertakes a noble campaign of “continental action in favor of Native people” in a country with “20%” of autochthonous population.(3) Salarrué plays a vital role in this complex mechanism that renews Salvadoran nationalism by accepting a nomination as Official Representative or Ambassador of the Arts.

## 0. PREÁMBULO

Uno de los grandes mitos de la historia salvadoreña de las ideas presume que —luego de la matanza de 1932— el gobierno del General Maximiliano Hernández Martínez (1931-1944) erradica todo índice visible de cultura indígena: vestido, lengua, etc. La hipótesis en boga sostiene que los valores culturales nativos se vuelven tabú y, por tanto, su rescate artístico y literario por figuras canónicas tales como Salarrué (1899-1975) y José Mejía Vides (1903-1993), entre otras, presupone un acto de resistencia pasiva a los designios dictatoriales del régimen. No obstante, existe evidencia ignorada que demuestra el contenido indigenista de la política cultural del martinato.

Lejos de prohibir esa expresión artística, Martínez promueve indigenismo en pintura —el regionalismo en literatura— como manera de proyectar una imagen renovada de su administración hacia el extranjero. Prueba de ello lo constituye la publicación de *El Salvador. Órgano Oficial de la Junta Nacional de Turismo* (1935-1939), —bajo la dirección de Luis Mejía Vides, hermano del pintor—, así como el lugar prominente que desempeñan los artistas y el gobierno en el evento cumbre de las artes plásticas en el istmo, en San José, Costa Rica (1935). Más que expresar un ámbito antagónico de resistencia pasiva, los albores del indigenismo artístico en El Salvador manifiestan la búsqueda de los intelectuales medios urbanos por consolidar una “esfera pública burguesa” la cual, al apropiarse de la cultura indígena rural, promueve un nacionalismo naciente. El presente artículo expone la manera en que la prensa costarricense visualiza la participación salvadoreña —el indigenismo en pintura, la política cultural del martinato— como alternativa de vanguardia al dilema del arte centroamericano en la época.

El ensayo se concentra en la eficaz respuesta salvadoreña y en el significado de la participación de Salarrué como promotor oficial de las artes nacionales en el extranjero. Su papel de viajero lo calificaría de diplomático y agregado cultural, quien valida el martinato en su intención política por diseminar la constitución de un arte indigenista a nivel centroamericano. El nacionalismo salvadoreño se erige en baluarte regional del indigenismo en pintura. En este espacio pictórico se anuda el paisajismo, el regionalismo y una definición

renovada de la identidad nacional ístmica. El arte y la política conforman una esfera pública única, indivisa.

El reciente avance en la museografía plástica salvadoreña no juzga pertinente mencionar esta conexión —arte-sociedad— ya que omite casi toda referencia a la participación política y a la “excéntrica vida erótica” del autor para “no herir susceptibilidades” ni “confundir” al espectador con más “datos”. (4)

Ambos silencios —política y sexualidad— resultan necesarios para “definir sus creaciones” según el mito de un “arte por el arte [...] contra preceptos” que lo arraiguen en el reino político y corporal de este mundo. Quizás en esa travesía terrenal —de San Salvador a San José— se encarnan muchas de las vivencias astrales del autor. Hacia mediados de los treinta, la participación del General Maximiliano Hernández Martínez en círculos intelectuales y teosóficos salvadoreños —Presidente del Ateneo de El Salvador (1929)— lo convierten en presidente ideal para la mayoría de artistas y escritores nacionales. Hacia 1934, un año antes de aceptar Salarrué su cargo diplomático, la presidencia del general Martínez se describe en términos sociales de “completa liberación del campesinado” y, en teosóficos, de liberación espiritual. (5)

## **I. PODER MASCULINO, MUJER E INDÍGENA EN LA PINTURA SALVADOREÑA**

En la década de los treinta, el evento de mayor trascendencia para las artes del istmo lo constituyó la “Primera Exposición Centroamericana de Artes Plásticas”. El acontecimiento tuvo lugar en San José, Costa Rica, a partir del Día de la Raza, el 12 de octubre de 1935. Desde marzo del mismo año “un grupo de artistas a quienes sólo mueve un noble y elevado entusiasmo cultural” acordó: “pedir a los gobiernos de los países centroamericanos su apoyo a la exposición, invitar a los artistas mediante la secretaría de educación de sus respectivos países” [y] “gestionar con el gobierno de cada país un premio”. (6)

Mientras “el gobierno [costarricense] no suministró ningún auxilio”, el salvadoreño acudió de inmediato al llamado. “El aporte de los países del norte,

Salvador y Guatemala [...] le [dieron] una importancia capital a este evento”. (7) El estado salvadoreño contribuyó con la suma de “diez mil colones” en efectivo que el jurado calificador lo asignó como “Premio Salvador”, “Primer Premio en Escultura” y envió cincuenta cuadros que representaban un veinte por ciento del total de las obras exhibidas, “el Ejecutivo” mismo acordó “la institución del « “Premio República de El Salvador», el cual será otorgado de acuerdo con lo que resuelva el Jurado Calificador”. (8)

La expectativa costarricense era enorme. El 3 de octubre, *La Prensa Libre* reprodujo una información tomada de Patria en la que informaba sobre el desarrollo en la selección de las obras salvadoreñas. Un mes antes, los cuadros se recibieron en el Paraninfo de la Universidad Nacional de El Salvador “para que [fueran] seleccionados por el jurado calificador”. (9) Sin comentar aún el valor estético de la plástica en concurso, anoto la disparidad de género en concursantes y jurado. Sin sorpresa, el arte singularizaba maneras de reproducir el predominio masculino. Conformaba nuevas subjetividades nacionales, bajo miradas masculinizadas.

La noticia salvadoreña apuntaba el nombre de once concursantes, diez hombres y sólo una mujer (Ana Julia Álvarez), al igual que de nueve artistas seleccionados, siete varones (Alfredo Cáceres Madrid, Daniel Cardona, A. R. Chaves, Kañitas, José Mejía Vides, José Santos, Armando Sol) y dos hembras (Lastenia de Artiñano y Ana Julia Álvarez). A ellos se añadía la participación de Ortiz Villacorta y Matheu, fuera de concurso, al igual que la Alberto Guerra Trigueros (dibujos) y la del delegado gubernamental, Salarrué. (10)

Esta función del arte como afirmación de masculinidades la sancionó el jurado salvadoreño, compuesto exclusivamente por cinco hombres, así como la abonaba la temática de figuras femeninas que visualizaban las obras. La selección de cuadros nacionales definía la esfera artística como un espacio sobresaliente de los sujetos masculinos que se deleitaban en observar su contrapartida cosificada, los objetos femeninos del deseo.

La “expectativa de nuestros artistas” costarricenses frente al “entusiasmo” salvadoreño la acrecentó el saber que “el gran escritor y artista Salarrué” sería el “delegado salvadoreño”, “nombrado por su gobierno representante de aquel

país”. (11) El mayor exponente del regionalismo ístmico ocuparía el puesto de Secretario del jurado dictaminador de la Exposición Centroamericana. Su investidura la corrobora *La República, Suplemento del Diario Oficial* en octubre de 1935: “el conocido artista nacional don Salvador Salazar Arrué es la persona que nuestro gobierno ha escogido para que represente al país en la Exposición de Costa Rica”. Aun si nos resulta difícil especificar la instancia gubernamental que decide el viaje del artista a Costa Rica, su título correspondía a una nombradía jurídica legal.

A los miembros censores los investía un cargo oficial que validaba su criterio estético. Por Guatemala acudiría “el propio señor Ministro” y la inauguración la efectuaría “el señor Secretario de Estado en los Despachos de Relaciones Exteriores y de Educación Pública, Lic. don Teodoro Picado”. (12) El juicio artístico procedía tanto de poderes políticos como de autoridades poéticas. El autor y la autoridad se confundían en silueta idéntica. Para Salarrué, si el propio “Ejecutivo” decidió conceder el “Premio de El Salvador”, su nombramiento lo recibió por decreto semejante. (13) Como “delegado de esta República”, a esa instancia superior le dirigió “carta de fecha 25 del mes en curso” anunciándole el triunfo indigenista nacional que se convirtió en “plácemes” del gobierno. (14)

El Día de la Raza, al ceremonial público de apertura y posterior dictamen se aunó el prestigio social del culto visual al arte. Concurren “artistas e intelectuales”, así como “cultas damas” que “mantiene[n] un seguro prestigio a toda la serie”. (15) La Exposición autorizaba que el público pensara el arte como la reproducción de distinciones sociales y jerarquías entre nobles espectadores y *amateurs*, por una parte, e ignorantes de la belleza refinada, por la otra. Como bien inmaterial, magnificencia etérea, las “obras resplandecientes de pureza” atestiguaban que su posesión se le reservaba a quienes contaban con un gusto exquisito, con un alto poder adquisitivo para validar su fino deleite por la plástica.

Paralelamente, se exhibía “una magnífica Exposición sobre arte precolombino aplicado” con “trabajos conseguidos por el comité organizador en el cual figura la distinguida dama doña María Fernández v. de Tinoco”. (16) El sitio —secundario y pretérito— que se le deparó a este “histórico arte”

vaticinaba el lugar insignificante, objeto de contemplación, que jugaba lo indígena. A semejanza de la mujer, su figura se hallaba representada como objeto idealizado de una plástica ladina, mestiza, en busca de una identidad nacional ístmica; o bien su perfil aparecía como creador caduco de una gloria artística rebasada. Ambos semblantes —mujer e indígena— se conjugaban en el retrato por antonomasia del indigenismo salvadoreño en pintura: una “india” de Panchimalco que se entregaba solícita a la mirada masculina del ladino urbano que la decoraba. El pintor —alter-ego del observador— definía su identidad subjetiva y nacional gracias a ese vistazo (Figura 0).



La contradicción entre exaltación idealizada de lo indígena en la plástica y carencia de práctica política indigenista la reclamaba el ojo crítico del periódico *Trabajo* el 20 de octubre de 1935):

El Presidente Martínez compró el tríptico [al óleo] de la señora Antiñano. Allí se nos presenta un indio que vive en el mejor de los mundos. Trabaja, descansa, come. Sin embargo, en 1932 este mismo Martínez hizo una horrenda matanza de indios [...] del mismo modo esas pobres mujeres [las figuras indígenas femeninas en pintura] podrían ser compradas por muchos patrones bien comidos [quienes] contemplan desde la altura de Parnase.

La plástica sería la ilusión ladina y mestiza —masculinizada— que sustituía el quehacer en un mundo material y político por la imagen promotora de una identidad nacional propia. Hacia 1935, aún estábamos muy lejos de la enseñanza de la modernidad artística: “*ceci n’est pas une pipe*”, “esto no es indigenismo”. Como espectadores confundíamos el retrato con la cosa, “el indio en pintura” con el mundo indígena real. El indigenismo en pintura operaba como simulacro de la política indigenista.

En palabras del propio Salarrué, los críticos futuros del arte habrían de “mirar el [cuadro] sin distinguir la diferencia entre el taimado artificio y un [objeto real, ya que] un trabajo de arte es más verdadero” que la realidad social auténtica. (17) Existía neta conciencia del simulacro artístico como sustitución de lo real, el cual los museos salvadoreños actuales refrendan en sus exposiciones. El “indio en pintura” es más real que el “indio vivo”.

Más allá del arte, una “disposición dictada por la Honorable Asamblea Legislativa Nacional” mandaba que “por ningún motivo deberá cambiarse el nombre primitivo o autóctono del país”. (18) La «“reindigenización”» legal de la toponimia exigiría que ‘ “Armenia” se llamara “Guaymoco”, “Sonsonate”, “Senzontlán”, “Santa Ana”, “Siguataguacán”, etc. Acaso, “El Salvador”, “Cuzcatlán”’. La disposición gubernamental “encarnaría las glorias del pasado” en el presente y “con orgullo [se] viviría en el mañana con un recio soplo de perennidad [indígena] el sentimiento de la Patria”.

## II. JURADO Y CRÍTICA FRENTE AL ARTE SALVADOREÑO

Continuando con el caso salvadoreño durante la Primera Exposición Centroamericana de Artes Plásticas, el dictamen del jurado por otorgarle el Primer Premio de Pintura, Premio Costa Rica a “*Mujer/India de Panchimalco*” de José Mejía Vides ocasionó una amplia controversia (Figura 1). El crítico más mordaz calificó el cuadro de “débil en el dibujo y colorido”, “sin carácter ni originalidad”, “pintoresco y no pictórico”, así como con un “sujeto y técnica muy usadas”. Lo consideraba un “dibujo coloreado” más que “un óleo” y —lo que no podía faltar al degradar a artistas y obras en la época— lo remitió

a un género “inferior” por naturaleza. (19) El cuadro era “femenil”, falto de virilidad expresiva. (20) El premio lo merecía el costarricense Amighetti en lugar de Mejía Vides.



De su obra destacaba *Mujer de Panchimalco*, *Joven india* y *Pancha*. Todos los títulos ofrecen nombres femeninos comunes en contraposición a otros lienzos del autor —retratos de mujeres blancas— identificadas con nombre propio. Un parámetro étnico-social explica que lo propio sea a lo común como la blanca a la indígena, al igual que sólo la indígena aparece desnuda. En Mejía Vides lo erótico implica una relación étnica de poder sutilmente sugerida por el juego entre título —nombre común— e imagen de indígena, la única que sin escrúpulos se desnuda frente al pintor mestizo.

En contraposición al *Diario de Costa Rica* y *La Prensa Libre*, otro comentario del primer periódico le reconocía “sobra de méritos y riqueza” ante todo en “sus indios”. (21) Mejía Vides era modelo a imitar por los costarricenses que menospreciaban lo étnico. En cambio, una declaración adicional en *La Hora* mitigaba la acotación positiva al juzgarlo de “fuerte aunque inseguro”. (22)

Las obras salvadoreñas restantes —cincuenta en concurso y seis adicionales— la prensa costarricense las ignoró casi por completo. En su desaire no les atribuyó el menor calificativo honroso ni denigrante. Pero aplaudió en el conjunto el sesgo nacionalista del indigenismo salvadoreño. Esta tendencia artística se concebía como esquema simbólico que figuraba una práctica política oficial. Los costarricenses deberían emularla y crear un arte similar en su brío paisajista y étnico. La cuestión del manejo gubernamental quedaba abierta a guisa del lector, a quien se le insinuaba un enlace entre la imagen artística acertada y la pericia estatal del general Martínez.

La excepción al desdén de la crítica lo representaba Salarrué: de su obra exhibida sobresalía un “*tapiz grande que representa a un sacerdote maya, Lavanderas, La línea, La cruz y Paisaje cuzcatleco*”. De los criterios de su plástica se desprendía una polémica centroamericana de la época sobre el arte, la política y la identidad. Casi por unanimidad las opiniones eran bastante indulgentes. Las más superficiales llanamente lo referían como uno de “los mejores” junto al “guatemalteco Garabito”. Parecía que bastaba pronunciar su nombre para evocar una reseña halagadora, pero carente de contenido poético y filosófico. Lo percibían como “el valor máximo [...] y cultor más genuino del arte autóctono”. Poseía un “hondo sentido del paisaje y del elemento etnológico”. “Cantor de razas americanas” para quien “vivir es crear”. (23) A estos calificativos rasos —poco analíticos— el diario *La Hora* añadió una profunda indagación comparativa de dos obras salarruerianas: el de “unas indias vueltas de espaldas, bajo un cielo de ceniza” y “el cuadrito de [...] la línea del tren”. (24) En la evaluación crítica de ambos lienzos se jugaba una declaración de principios sobre el enlace que anudaba plástica e identidad nacional (Figuras 2 y 3: *La cruz y La línea*, Salarrué).



La lógica nacionalista requería que la apreciación artística estimara superior “la cuantía racial” del “cuadro de indias”. Sus “graves y solemnes colorines” étnicos justificaban una “mayor creación”, una “fuerza emocional” y “mayor atrevimiento en el color”. No obstante, el juicio estético —fundado en la “emoción” subjetiva de lo “intrascendente”— repudió “esos razonamientos” para acreditar la glosa crítica en la turbación “espontánea” del observador. (25)



Este raptó visual rebatiría la racionalidad política nacionalista para conducirla hacia un abismo insondable por una desconstrucción metafísica. Acaso en esa vía férrea sin finalidad práctica ni desenlace Salarrué exponía su voluntad artística de escape, por encima de la investidura política como delegado del martinato. El comentario asentaba que la línea en fuga se perdía en la marcha. “A poco de iniciada [...] hay un recodo que se la traga”. En lugar de definir un punto de mira estable para la identidad nacional, “sugiere múltiples ideas de desplazamiento”. (26)

Aunque “Salarrué nunca había salido de San Salvador [...] hasta ahora que viaja”, la “huída en trazos” evocaba “el camino” a recorrer “hacia otros caminos del mundo”. (27) Más que una ruta en sí, el lienzo “dialoga con su mismo deseo” insatisfecho de evasión y huida. “El camino que todos hemos deseado realizar” nos conduciría a “ninguna parte [...] a todos los rincones del mundo”. Nos trasladaría a la diáspora y exilio actual, a la posmodernidad como etapa que “lo precede y prepara el modernismo”. (28)

En Salarrué se exaltaba su falta de fidelidad a una corriente artística específica —“no responde a ninguna escuela” — y su sentido personal “de refracción metafísica” ante el mundo objetivo. (29) Según *La Hora*, “la línea” concretaría una identidad nacional en fuga —irrealizable y anodina— que desembocaría en “ninguna parte”. Acaso en el presente: en la disolución posmoderna globalizadora. El futuro —más que ejecución de un proyecto nacional— se emparentaría con el arrebato nihilista. Sería la Nada.

El único reparo a su obra lo emitió el “silencio”. “El deber de cortesía. Y de hospitalidad” convidaban al mutismo. (30) Quien calla, no otorga. Tal vez en esa exigencia cortés por la reserva se insinuaba una censura, una disensión no sólo con “el fallo del jurado”, sino también con la representación cultural de un régimen militar en curso. Quizás...

Sea como fuere, en la alianza indisoluble entre el arte y la nacionalidad se jugaba la discusión estético-política durante la “Primera Exposición Centroamericana de Artes Plásticas”. Tal cual como lo declaró el mismo Salarrué, su obra artística había prosperado gracias a un apoyo estatal sin condiciones: “Mi país [¿mi gobierno?, el de Martínez] me ha querido ayudar en todo lo que quiero hacer. Solamente una vez quise implantar un Círculo Libre de Artes Plásticas. Esta vez fue cuando no se me ayudó”. (31)

Por la participación de Salarrué, el martinato lograría “ahondar más en la comprensión popular” centroamericana. (32) De ahí en adelante, se reconocería el noble interés del presidente salvadoreño por volverse mecenas de las artes indigenistas. Él mismo promovería un canon pictórico nacional en el istmo. La plástica sentaba el cimiento para un nuevo nacionalismo auténticamente “nuestro”, bajo la égida de un “generoso” gobernante. En esa travesía terrenal

—de San Salvador a San José— se encarnaban muchas de las vivencias astrales del autor.

Hacia mediados de los treinta, la participación del General Maximiliano Hernández Martínez en círculos intelectuales y teosóficos salvadoreños —Presidente del Ateneo de El Salvador (1929)— lo convertían en presidente ideal para la mayoría de artistas y escritores nacionales. Su atrayente “Bosquejo del concepto del estado desde el punto de vista de la filosofía esotérica” declamaba el orden espiritual que constitucionalmente regiría El Salvador del futuro. (33) A la víspera de la Exposición de 1935, el prestigio de Martínez lo certificaba Gregorio Sandino, “el padre del general Sandino”, quien de visita al país declaraba “siento el supremo consuelo de ver en torno de Nicaragua y de sus destinos, un Gobierno ardientemente sostenedor de los principios del honor y de la dignidad centroamericana”. “El Gobierno del general Hernández Martínez ha demostrado su devoción por la causa de la Justicia”. (34)

### **III. PLÁSTICA DE SALARRUÉ - GOBIERNO DE MARTÍNEZ, MODELO EJEMPLAR EN CENTROAMÉRICA**

Hacia 1935, la esfera plástica costarricense se hallaba en una encrucijada. Luego de “seis años consecutivos” de Exposiciones Nacionales, urgía una renovación por medio de contactos más estrechos con el extranjero. Se exigía “llevar a Costa Rica obras representativas que nos restituyan [...] el movimiento americano del arte”. La crítica estética creía que el encierro nacionalista había generado un estancamiento. “La exposición de 1934 fue una de las peores”. (35)

Obviamente, al igual que obraban los pintores salvadoreños, la mirada artística se dirigía hacia dos polos exclusivos: Europa y México. Este ángulo fijo a un exterior lejano causaba graves escozores. Existía un “contacto con corrientes artísticas europeas y arte americano en México [pero] ignoramos [...] la recia germinación de nuestro arte centroamericano”. (36) Era necesario que el ojo crítico se regodeara observando una creatividad cultural más cercana y

familiar. La “Primera Exposición Centroamericana de Artes Plásticas” abriría el espacio público para sopesar los movimientos artísticos del istmo.

Había que lograr un “intercambio de corrientes artísticas para el futuro”. El móvil estético lo impulsaba un ideal político nacionalista. Los centroamericanos debíamos “ver y aprender”, “traducir nuestra esencia tradicional en los moldes modernos” del arte. (37) Se precisaba dosificar lo nuestro y lo ajeno, el aislamiento nacionalista extremo y la disolución extranjerizante, globalizadora. Se buscaba el justo medio entre el encierro de lo propio y la apertura de lo extraño. La discusión estética redundaba en lo político. La cuestión nodal consistía en valorar “los moldes modernos” más adecuados al expresar la identidad centroamericana en pintura.

Por desgracia, aunque “ha concurrido en Centro América, al menos en lo que a pintura se refiere [...]”, “muchos deploran que no hayan concurrido Honduras y Nicaragua”. (38) A la estética costarricense se le ofrecían dos modelos alternativos: el guatemalteco y el salvadoreño. En ambos se reconocía una supremacía técnica. “El conjunto extranjero supera al nuestro en técnica [...] son pintores cultivados en magníficas academias”. (39) Sin embargo, a una sospecha frente al arte guatemalteco se contraponía una originalidad de lo salvadoreño.

“En Guatemala [...] sus artistas máximos pasan por mexicanos. Es el caso de Carlos Mérida, a quien todo el mundo lo cree mexicano”. Este mismo reproche de recaer en el “*poncif* mexicano” señalaba el agotamiento del arte costarricense. Por la misma razón, “no sería en un [...] Toño Salazar, en un Pablo Zelaya Sierra en quienes buscaríamos justificar el arte centroamericano”. (40) Estos últimos incitaban a disolver el istmo en el mare mágnum globalizador de la modernidad.

En Centro América —periferia dentro de la periferia— un “complejo de inferioridad” hacía que “se desprendiera una serie de rumbos estéticos” alienantes, “de los cuales el que predomina es el mejicanismo”. (41) De Guatemala sólo se salvaba Garabito quien se contaba entre los mejores junto a Salarrué, aun si las reseñas de su obra eran menos elocuentes y numerosas.

La imitación de lo mexicano se percibía como adversa y aduladora, por cuanto que una creencia ingenua en lo racial dominaba el discurso estético de la época. La prensa presuponía una determinación franca de lo biológico. A un componente racial único —istmo “indo-español”— le correspondía un espacio pictórico singular. La exigencia patriótica de los treinta imponía que la raza, la cultura nacional y el arte se empalmaran en sinonimia. Se creía en una pre-determinación biológica.

“Un país sin raza definida”, Costa Rica, no podía “adaptar la pose de [...] ese contenido racial” en su canon artístico nacional. El calco de lo guatemalteco y de lo mexicano implicaría que “lo que se gana en técnica se pierde en frescura emotiva”. (42) Aunque no se mencionaba el componente afro-caribeño costarricense, la estética en boga pensaba el país como híbrido racial y, por tanto, cultural y artístico. Frente a este dilema estético, nacionalista y étnico-racial a la vez, la llegada de Salarrué a San José —el propio “sábado [12 de octubre] en el tren del Pacífico”— operó como paradigma ejemplar. (43)

En el salvadoreño se resolvía la encrucijada del arte nacional costarricense. La “religión del arte” salarrueriano rompía con un objetivismo realista al otorgarle un “valor metafísico” pleno al objeto. Su originalidad no derivaba de un “modernismo deformante” que cual “sífilis” recorría desde Europa hasta América “como pasan las peores pestes”. (44) Costa Rica vislumbraba una solución estética ante el «“idiotismo”, que también es un istmo modernista». (45)

Por lo contrario, al combinar fantasía creadora con fortaleza étnica, su obra convidaba a desarrollar un “modo personal de sentir” las cosas del mundo centroamericano. Aun si en Garabito se percibía un “hondo sentido del paisaje y de la indiada”, Salarrué expresaba el “ser-en-el-mundo” de una utopía patriótica ístmica. Como artista integral había logrado que “la expresión del infinito [metafísico se encarnara] en las miradas torvas” de indígenas, gracias a “líneas distantes y al violáceo de fondos extensos” en réplica a una “palidez lívida” y a lo “doloroso”. (46)

Salarrué era el modelo a imitar. Acaso lo remedaríamos no sólo en su pasión artística por lo “verdadero, eterno y sólido” que cimentaría una religión

salvadoreña del arte. (47) Sería paradigma también en su modesto servicio cultural al reino temporal de este mundo. Su viaje a Costa Rica nos enseñaría la legación cultural de un régimen en busca de legitimidad internacional por la promoción de un indigenismo en pintura.

La materialidad de su “metafísica” la concretizaba el anhelo salvadoreño por desarrollar una “propaganda a favor del turismo”. (48) La expectativa del triunfo nacional motivó a que el observador de la época contemplara la plástica no como una esfera autónoma, aislada en un museo. En cambio, las “exposiciones de artes” formaban parte de una política cultural legislada por un desarrollo integral de la nación salvadoreña. Los cuadros se exhibían en “centros urbanos”, “zonas industriales, monumentos históricos, balnearios”, junto a “comerciantes, ganaderos, industriales, etc.”. (49) La unidad solidaria de todos esos rubros aseguraba un balance general “del orden espiritual y económico” del país bajo la égida de un gobernante ideal.

A la alianza con el desarrollo, el arte añadiría un objetivo pedagógico adicional. Sus imágenes conducirían a un pueblo amorfo hacia la vocación de su propia nacionalidad conforme a los dictados del estado soberano: “las masas [...] necesitan que se les tome de la mano y se les lleve al sitio donde la belleza, la elucubración, la forma armónica, el detalle supremo cobran expresiones tangibles”. (50) El ideal nacionalista volcaría al pueblo entero hacia el “cultivo con amor del hermoso apostolado de la belleza”. Esta vocación americana plena no sólo contaba con una expresión plástica superior, la de Salarrué y sus colegas salvadoreños, disfrutaba del apoyo de un régimen *democrático* que fomentaba las artes: el del general Maximiliano Hernández Martínez.

**LA REPUBLICA**  
SUPLEMENTO DEL DIARIO OFICIAL

Director: ARISTIDES R. SALAZAR      Imprenta Nacional      Jefe de Redacción: ARTURO R. CASTRO

AÑO III      SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.— MARTES 17 DE SEPTIEMBRE DE 1935.      N° 815

---

**EDITORIAL**

---

**Exposición Centroamericana de Artes Plásticas**

---

# LA REPUBLICA

SUPLEMENTO DEL DIARIO OFICIAL

Director: ARISTIDES E. SALAZAR

Imprenta Nacional

Jefe de Redacción: ARTURO R. CASTRO

AÑO III

SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.— LUNES 3 DE DICIEMBRE DE 1935

876

## EDITORIAL

### LO QUE EL SALVADOR HACE EN FAVOR DE LOS INDIGENAS

Nótese correlación directa entre el triunfo de arte indigenista en Costa Rica (octubre de 1935) y el desarrollo de política “a favor de los indígenas” según recomendaciones mexicanas durante el VII Congreso Científico Americano al inicio del gobierno revolucionario de Lázaro Cárdenas (septiembre de 1935). Las relaciones diplomáticas e indigenistas del martinato con el cardenismo representan un capítulo olvidado de la historia mesoamericana del siglo XX. Estos intercambios culminan en 1940, durante el “Primer Congreso Interamericano Indigenista” que funda el Instituto Indigenista Interamericano (III) bajo autorización de Lázaro Cárdenas, Martínez, etc. (*Informe*, 1940).

## IV. POLÍTICA CULTURAL DEL MARTINATO

Aplico al martinato una máxima política que desglosa el *Diario de Costa Rica*, el mismo 12 de octubre, día en el cual se inaugura la Primera Exposición Centroamericana de Artes Plásticas: “Lo que no se había conseguido con la diplomacia” —el reconocimiento pleno de su presidencia— “lo realiza un grupo de artistas” que “no esperan [...] ninguna retribución por su obra”. (51) En pintura, la política cultural del martinato logró la confirmación intelectual del régimen.

El sagaz papel político del arte —diseminar la magnánima actitud del gobierno salvadoreño frente al “indio” en pintura— reiteraba lo que un semestre antes había realizado el deporte: celebrar cívica y ritualmente el reino estatal que rige este mundo. (52) Así se desprende de la publicación conmemorativa

de los terceros juegos centroamericanos realizados en El Salvador: “El día 16 de marzo de 1935, desde las dos de la tarde, la afluencia al Estadio era numerosísima y una hora después se encontraba completamente ocupado. A las 4 pm llegó el General Martínez, Honorable Presidente de la República que fue recibido oficialmente con los acordes del Himno Nacional y los vítores de la multitud. En la Tribuna de Honor estaban reunidos el Cuerpo Diplomático y Consular, las Altas Autoridades y lo más selecto de la sociedad salvadoreña” (véase: Figura 4). (53)

## Escudos de las Naciones participantes



El reconocimiento que la plástica salvadoreña mereció en Costa Rica —el de los atletas nacionales en su propio país— coronó una precedente victoria diplomática que celebraba un íntimo amigo de Salarrué. En 1934, Alberto Guerra Trigueros alabó “ver por fin reconocido el gobierno del general Martínez, por los gobiernos de Nicaragua, Guatemala y Honduras [ya que] parece inaugurar una nueva era de cooperación y acercamiento”. (54) El arte y el deporte remataban lo político preconizando una utopía de la cual “no pueden sino felicitarse cordialmente todos los hombres buenos de Hispanoamérica”.

En 1935, si había que emular el modelo pictórico salvadoreño, para muchos lectores de la prensa costarricense quedaba abierta la cuestión de averiguar si también reproducirían el molde político democrático-militar del cual surgía ese resultado. Acaso el logro artístico salvadoreño era simple corolario de la grandeza política de su máxima figura presidencial. O, en palabras de Salarrué, su originalidad metafísica sería irrealizable si el gobierno no le “ayudar[a] en todo lo que quiero hacer”. Existía la promesa esperanzadora de que “el hondo sentido del paisaje y del elemento etnológico” plástico se volcara algún día en voluntad, en “proceso político que liberara esas fuerzas” pictóricas petrificadas. (55) Quizás...

Más de setenta años después, seguimos a la espera de que las siluetas indígenas mudas franqueen su congelamiento. Anhelaría que por el fervor cálido del trópico las imágenes pictóricas encarnen figuras políticas laboriosas, tan activas y sagaces como su brillante matiz indigenista al óleo indisoluble. La presencia plástica del indigenismo auguraba un retorno a las tierras indígenas ancestrales (Figura 5: *Primera Reforma Agraria*, Pedro Ángel Espinoza). Imaginaba una *re-volución* en beneficio de una población que el mismo gobierno de Martínez reconocía que alcanzaba “solamente el 20 %” del “empadronamiento” total “del país”. (56) Contrariamente a lo que afirma el indigenismo en boga —“a partir de la matanza se desarrolla la idea de que en El Salvador no existe población india”— la postura oficial del martinato reconocía la existencia del indígena, aun si asentaba la necesidad de “incorporarlo a la vida civilizada”. (57) Este reconocimiento resulta inaudito incluso para una actualidad democrática que rechaza su presencia, en un país netamente mestizo por decreto oficial.



En defecto de una política indigenista, se aspiraba a crear un “salón permanente de pintura” y organizar la Segunda Exposición Centroamericana de Artes Plásticas en El Salvador, en la cual participarían intelectuales de prestigio tales como Miguel Ortiz Villacorta, Pedro Ángel Espinoza, Salvador Salazar Arrué [Salarrué], Alfredo Cáceres Madrid, Rosita Ortiz V., María M. De Baratta, Carmen Brannon y José Mejía Vides. Al igual que el indigenismo, si el evento quedó como proyecto fallido, esta nueva tentativa sin resolución significó que “el ejemplo de Costa Rica” por “crear lazos de compenetración espiritual entre los pueblos hermanos del istmo” sería una tarea postergada para un futuro indeterminado y sin ilusión (Figura 6). (58) La reiteración de apellidos —Dr. Maximiliano Patricio Brannon, “Subsecretario de Hacienda y miembro del Comité de Honor de los Terceros Juegos Deportivos Centro-Americanos”, y el de su hermana Carmen en el de la Segunda Exposición Plástica— sugería que el enlace político entre el arte y el deporte atravesaba las filiaciones familiares.



Ante el fracaso de la exposición permanente y temporal, la publicación bilingüe de la *Revista El Salvador* (1935-1939) órgano oficial de la Junta Nacional de Turismo —bajo la dirección de Luís Mejía Vides, hermano del pintor galardonado en San José— demostró que “ver indios” en pintura definía la política oficial del martinato. Para la Junta, el deleite por contemplar “el mantenimiento de la raza amerindia en toda su pureza [...] algo puro y noble, trascendente y bello”, caracterizaba una nueva subjetividad moderna de “turistas, viajeros y artistas”. (59)

En relevo de una política indigenista efectiva, la “mirada comprensiva de lo primitivo” formulaba una sensibilidad artística urbana en proceso de redefinir la nacionalidad salvadoreña hacia finales de los años treinta, y principios de los cuarenta. (60) En su proyecto de replantear la cuestión nacional, el arte salvadoreño le arrebató a la antropología la necesidad de efectuar un viaje hacia la zona rural. El clásico trabajo de campo que —al abocarse a visualizar “«indios»”— culminó en la fundación de una antropología y una política indigenista en un México posrevolucionario, en El Salvador del martinato, se consumó en la invención de un indigenismo en pintura como simulacro posmoderno de lo real.

La actualidad del siglo XXI aún percibe esa re-presentación plástica y literaria

como copia fiel de una realidad social, ya que honra la cultura del martinato (Mejía Vides, Salarrué...) sin Martínez. Y auguraría que gobiernos de izquierda retomarán la política de la cultura de Martínez —sin Martínez, escondiendo su origen— para que su agenda dizque *radical*, repita los triunfos de la persona a quien artificialmente consideran su enemigo.

## V. COMENTARIO FINAL. SALARRUÉ Y LEMUS

Otro capítulo olvidado sobre la correlación entre teosofía “ahistórica” y militarismo, nos la revela una reciente adquisición del Museo Militar en San Salvador. El cuadro *La conquista de América* (1936) de Salarrué se halla a disposición de todo espectador en su lugar idóneo, ya que el autor se lo obsequió al presidente José María Lemus (1956-1960). La noticia de ese cuadro apareció en 1938 en la revista *El Salvador; Órgano de la Junta Nacional de Turismo* bajo el título *La conquista* (Figura 7), publicación que celebra el folclor nacional, el pasado indígena y el presente artístico indigenista como cimiento de la política cultural del régimen en turno, el de Maximiliano Hernández Martínez (1931-1944).



El obsequio disimulado reconoce el apoyo de Salarrué a Lemus y a su predecesor, Óscar Osorio (1950-1956), tal cual lo documenta el libro *Lemus. Coronel del pueblo* (1956) de Luis Gallegos Valdés (véase: Anexo). Si Gallegos Valdés califica a Lemus de verdadero “bolivariano” (antes de Hugo Chávez), “martiano” (antes de Fidel Castro), “ilustre patriota [que] no puede engañar al pueblo con espejismos”, ya que su “concepto de patria constituye el de Libertad y el de Democracia”, Salarrué por su parte declara que desde su “política [ultraterrena] del espíritu” “ [...] yo me reservo para Ud. (como Candidato y como Hombre) toda mi simpatía y mi voto de urna no significa sino eso: un voto. Pero hay el voto particular del escritor y periodista que vale al menos 7 votos aunque no vaya a la urna. Estoy votando a su favor con estas prerrogativas que yo me tomo a paso cuando creo que hay justicia y merecimiento”.

Hay, continúa Salarrué, que “colaborar con uno de los mejores gobiernos que ha tenido El Salvador en toda su historia”. Según Gallegos Valdés, “la misión del intelectual consiste en ponerse [...] al servicio del [gobierno] que se preocupa por [...] y trata como se lo merecen a los escritores y a los artistas”. Por ello, “un hombre honrado y sabio” como Salarrué no sólo “pone la vista” en Lemus; también “el soñador [...] hace pública aprobación de las obras del gobierno de Óscar Osorio”: decía el mismo Salarrué que “[...], no estarán con él [Osorio] todos los intelectuales y artistas, pero estamos muchos y no voy a decir que desinteresadamente, representamos la verdadera vanguardia del país [el partido oficial y el arte nacional] y tenemos que hacer por nosotros para hacer por todos” (véase: Anexo). Auguro que algún día será sorpresa descubrir que cuadros perdidos de Salarrué y Mejía Vides se halle en manos de otra familia amiga, la del teósofo y general Maximiliano Hernández Martínez.

Al poner en evidencia esta triple aprobación militar —Martínez, Osorio y Lemus, ¿faltan más?— no anhele lo imposible: romper el mito de Salarrué como artista y escritor metahistórico. Sólo deseo cuestionar el hecho de que su regionalismo, su indigenismo, su metafísica y su esoterismo jamás contribuyeron a edificar el reino político de este mundo: los regímenes militares de la primera mitad del siglo XX. Si su voto vale siete veces más que el mío, ya sé que su palabra me supera por siempre.



El Coronel del Pueblo  
Vista por Gamito Misero

Por último, debo recordar el obstáculo científico que el pensamiento teosófico de Salarrué representa para el avance de la antropología salvadoreña. Hacia la segunda mitad del siglo XX insiste aún en teorías decimonónicas que hacen del indígena un descendiente de la Atlántida, lo cual significaría estudiar su lengua y cultura como supervivencias metafísicas de continentes perdidos para juzgar las ciencias sociales decadencia modernizante.

## AGRADECIMIENTOS

Agradezco la invitación de la Universidad Nacional (de Heredia, Costa Rica, (del 24/mayo al 3/junio/2006), en especial las gestiones de Patricia Alvarenga, Adela Rojas y Hazel Vargas), que hizo posible comunicarme con la investigadora Eugenia Zavaleta Ochoa (CIICLA, Universidad de Costa Rica). Ella me proporcionó la documentación periodística costarricense de 1935: *Diario de Costa Rica*, *La Hora*, *La Prensa Libre*, Trabajo. Sin su generosidad, nunca hubiera escrito este artículo. Agradezco también la invitación de la Asociación Salvadoreña de Antropología (ASA, del 11 al 21/agosto/2006), gracias a la cual pude obtener los únicos periódicos que la Biblioteca Nacional de El Salvador — quien celosamente guarda nuestro patrimonio— no ha extraviado aún: *El Amigo del Pueblo* y *La República*, *Suplemento del Diario Oficial*. Los demás documentos se los debo a los notables, pero recatados, habitantes de Comala. Una primera versión de este trabajo apareció en elfaro.net.

## ANEXO

Exclusivo para “La Prensa Gráfica” (5 de diciembre de 1955: 6 y 22)

Carta al Candidato

por Salarrué

Nueva York, 10 de Dic. de 1955.

Señor Cnel. Don José María Lemus,

Colonia Escalón, San Salvador, ,

El Salvador, C. A.

Estimado Lemus:

Le ruego no tenerme a mal el no haberme acercado por el comité cuando estuve allá. Cuando estuve en su casa a saludarle a Ud. me invitó. Negarme en el momento (entre algunos de sus correligionarios) implicaba dar explicaciones, talvez y no estaba en SENTIMIENTO de hacerlo. Lo que los otros puedan pensar me tiene sin cuidado pero debo a Ud. una explicación.

La política de propaganda, la política militante, es algo que nunca pudo atraerme. Se dice que uno es REFRACTARIO a esto o aquello. Bien: yo soy refractario a la política activa y si en ello anda el ser mal ciudadano, pues eso soy yo, un MAL CIUDADANO. Las tengo conmigo que se puede simpatizar con un personaje político (v/g. un Candidato) sin que ello implique una RENDICIÓN INCONDICIONAL. No pueden haber rendiciones incondicionales en un hombre que desea ser UN HOMBRE DE BIEN. ¿No es verdad? Yo reservo para Ud. (como Candidato y como Hombre) toda mi simpatía y mi voto de urna no significa sino eso: un voto. Pero hay el voto particular del escritor y periodista que vale al menos 7 votos aunque no vaya a la urna. Estoy votando a su favor con estas prerrogativas que yo me tomo al paso cuando creo que hay justicia y merecimiento. Las razones que me mueven a votar por Ud. en esta forma EXTRAOFICIAL son varias, entre ellas que considero así más valioso mi aporte si es que en verdad mi nombre de escritor y periodista vale algo. Las otras razones de importancia son: la que Ud. es, para mi modo de ver, una garantía de la continuación de un gobierno que por muchas razones me parece

el mejor entre los mejores que hemos tenido. En gran parte es por la voluntad de Dios (como sabemos) pero no sólo eso. Ha habido y hay en el llamado Gobierno de la Revolución del 14 Dic. un impulso juvenil y honesto hasta donde alcanza el juicio imparcial a apreciar. Considero destacados miembros de esta corporación de buena voluntad y acierto a todos los cercanos colaboradores de Osorio y le veo a Ud., como a Galindo Pohl, destacarse en primera fila, al menos desde mi particular ángulo de visión. No se puede negar la buena mano que empuña el timón y es ya en UNA REALIDAD. Ud. es sólo una ESPERANZA, en cuanto a la capitanía se refiere desde luego. Una esperanza bien fundada eso sí; creo que es Ud. un hombre de muy nobles principios y pureza de corazón. Ello trasciende sin esfuerzo de su persona. Cualquier DESVÍO en el proceso de la Campaña (así se llama) sólo sería un INCIDENTE. Todo ser humano puede aquí y allá fallar en lo inesencial, eso es excusable cuando hay amplitud de apreciación.

No soy muy amigo de recibir y dar consejos y no obstante me siento obligado (acaso por la resonancia que pueda encontrar en el momento actual) a darme y darle el del CONTROL DE LA PALABRA. La falta de este control es un gran peligro en una campaña política para un candidato pulcro. Está Ud. rodeado de una gran y genuina simpatía, amigo mío, pero también de una gran marejada de pasión. Lo rodean, con los serenos y equilibrados, con los discretos, los fanáticos de la simpatía y de la exclusividad y (los peores) los fanáticos de la ambición y las miras SECUNDARIAS.

Copio para mí y para Ud. (si me lo permite) estas palabras de un antiquísimo manuscrito:

“No procedas a hablar o a actuar antes de haber pesado tus palabras y examinado la tendencia de cada paso que hayas de dar; así la desgracia volará lejos y en tu casa será un extraño la Vergüenza: el Arrepentimiento no te visitará ni el Dolor marcará tu mejilla en ésta ni en las vidas venideras. El hombre irreflexivo no frena su lengua, habla sin tino y se ve enredado en la demencia de sus propias palabras. Así como quien corre apresuradamente y salta sobre una valla puede caer en algún hueco que quiebra al otro lado y que no puede ver, así sucede al hombre que se lanza bruscamente a la ocasión antes de haber considerado sus

consecuencias y la compensación que la Ley exige. Escucha, por lo tanto, la voz de la Consideración; sus palabras están llenas de sabiduría y el sendero que te señale te conducirá al abrigo seguro y a la Verdad”.

Pueden sonarle algo tontas estas acotaciones pero yo las apunté PARA MÍ, después de hablar con Ud. aquel día. Me dejé llevar acaso demasiado lejos por la simpatía intensa que Ud. me inspira en su calidad de candidato y dije palabras que pudieron comprometerme haciéndome aparecer como lo que no soy: UN ELEMENTO INCONDICIONAL.

Veo al lado opuesto un grupo de Candidatos, algunos de los cuales son mis amigos muy apreciados y no estaría yo nunca con los de la pedrera de palabras en momentos de encendidas polémicas. Admiro la vida pulcra y patriótica de Salvador Merlos; la nobleza característica y congénita del Cnel. Menéndez y no tengo especiales razones para despreciar a Canessa. A los otros no los conozco sino de vista o de nombre pero no es difícil ver en cada uno de ellos cierta distinción propia del hombre de Bien. Sería de desearse que Ud. que ahora representa una genuina aspiración de la Patria, diera ejemplo encabezando un grupo de mentes serenas, valientes, sencillas, sin rencores, de espaldas a un pasado de vulgares propagandas y estridentes alharaca. Debe ser difícil pero no lo creo imposible.

Le debo a Ud. esta excusa y me da la oportunidad de hacer pública mi aprobación por las obras del gobierno de Óscar Osorio, en el progreso material como en la Cultura y por la eficacia e inteligencia con que ha sido secundado por sus colaboradores respondiendo al mismo impulso de superación. No estarán con él todos los intelectuales y artistas pero estamos muchos y no voy a decir que desinteresadamente, representamos la primera vanguardia del país y tenemos que hacer por nosotros para hacer por todos. ¿No es así? Deseo de todo corazón que el esfuerzo hasta aquí hecho en beneficio de todos los salvadoreños (y todo está claro y a la vista) continúe. Termino repitiendo: ninguno promete más que Ud. (no en promesa de palabras sino en NUESTROS cálculos, bien o mal fundados) llevar las cosas por el mismo camino, continuar lo comenzado. Por eso y por las razones al principio apuntadas, estoy con Ud., atisbando, escuchando y ponderando. Que Dios le ayude; tiene Ud. una estupenda oportunidad de expresar todo lo que se advierte en su impulso idealista, no la

pierda si las cosas se ponen a su favor.

Un abrazo cariñoso de su amigo,  
SALARRUÉ

## NOTAS

- (1) Salarrué, *La Hora*, 14 de octubre de 1935.
- (2) *La República. Suplemento del Diario Oficial*, Año III, No. 815, 17 de septiembre de 1935.
- (3) *La República*, Año III, No. 850, 30 de octubre de 1935 y *La República*, Año III, No. 875, 30 de noviembre de 1935.
- (4) Véase: *Salarrué, el último señor de los mares* (2006). Un idéntico argumento utiliza Salarrué en *Catleya luna* (1974: 109) al retrasar toda pronta alusión de “la gran tragedia local” de 1932, ya que “explorar ciertas zonas del asunto era exponerse a excitar susceptibilidades”.
- (5) *La República. Suplemento del Diario Oficial*, Año II, No. 520, 8 de septiembre de 1934.
- (6) *Diario de Costa Rica*, 10 y 12 de octubre de 1935.
- (7) *La Prensa Libre*, 11 de octubre de 1935.
- (8) *La Prensa Libre*, 11 de octubre de 1935 y *La República, Suplemento del Diario Oficial de Costa Rica* (octubre de 1935). Según lo asienta el periódico anotado (octubre de 1935), al igual que *La Hora*, 25 de octubre de 1935.
- (9) *La Prensa Libre*, 3 de octubre de 1935.
- (10) *La Prensa Libre*, 11 de octubre de 1935.
- (11) *La Prensa Libre*, 11 de octubre de 1935 y *La Hora*, 14 de octubre de

1935.

(12) *La Prensa Libre*, 14 de octubre de 1935.

(13) *La República*, 17 de septiembre de 1935.

(14) *La República*, 30 de octubre de 1935.

(15) *La Prensa Libre*, 14 de octubre de 1935 y *Diario de Costa Rica*, 20 de octubre de 1935.

(16) *La Prensa Libre*, 11 de octubre de 1935.

(17) Salarrué, “El falso falsificador” (s/f), en *Nebula nova, Narrativa* (1999: 289), cuya profecía explica que *De la pintura de El Salvador* (1986: 101) de José Roberto Cea considere “búsqueda de la identidad nacional” la pintura indigenista que promueve el martinato, como si el halago al “artificio” y la denuncia de la política que lo sustenta fuesen sinónimos. Hay que defender la política de la cultura de Martínez sin Martínez.

(18) *La República, Suplemento del Diario Oficial*, 2 de octubre de 1935.

(19) *La Prensa Libre*, 30 de octubre de 1935.

(20) Nótese el sesgo de género que cobra la crítica; lo inferior corresponde a lo femenino. Asimismo, el juicio crítico negativo de la época describe un cuadro que la actualidad considera canónico y magistral.

(21) *Diario de Costa Rica*, 20 de octubre de 1935.

(22) 18 de octubre de 1935.

(23) *Diario de Costa Rica*, 20 de octubre de 1935 y *La Hora*, 15 de octubre de 1935.

(24) *La Hora*, 15 de octubre de 1935.

- (25) *Trabajo*, 20 de octubre de 1935.
- (26) *La Hora*, 15 de octubre de 1935.
- (27) El primer viaje el autor lo realizó a Baltimore y Washington, D. C. en 1916-1919. San José sería el segundo viaje corporal, aparte de sus travesías astrales.
- (28) F. Jameson, *Ensayos*, 88.
- (29) *Diario de Costa Rica*, 12 de octubre de 1935 y *Trabajo*, 20 de octubre de 1935.
- (30) *Diario de Costa Rica*, 1 de noviembre de 1935.
- (31) Salarrué, en *La Hora*, 15 de octubre de 1935.
- (32) *Diario de Costa Rica*, 12 de octubre de 1935.
- (33) *Revista del Ateneo*, 1929; 4678-4681.
- (34) *La República*, Año II. 12 de marzo de 1934.
- (35) *Diario de Costa Rica*, 12 de octubre de 1935.
- (36) *Diario de Costa Rica*, 12 de octubre de 1935.
- (37) *Diario de Costa Rica*, 12 de octubre de 1935.
- (38) Lugar citado.
- (39) Lugar citado.
- (40) *La Hora*, 18 de octubre de 1935.
- (41) *La Hora*, 18/octubre/1935.

- (42) Lugar citado.
- (43) *La Hora*, 14 de octubre de 1935.
- (44) *Diario de Costa Rica*, 1 de noviembre de 1935.
- (45) Lugar citado.
- (46) Trigueros de León, “Salarrué místico”, *Boletín de la Biblioteca Nacional*, julio de 1936: 46.
- (47) Salarrué en *La Hora*, 15 de octubre de 1935.
- (48) *La República, Suplemento del Diario Oficial*, 3/octubre/1935.
- (49) Lugar citado.
- (50) *La República, Suplemento del Diario Oficial*, 21 de diciembre de 1935.
- (51) *Diario de Costa Rica*, 12 de octubre de 1935.
- (52) *Terceros Juegos Deportivos Centroamericanos. El Salvador, 1935.*
- (53) *Terceros Juegos*, 1935: 51.
- (54) *Poesía versus arte* (1998: 25-27).
- (55) *Diario de Costa Rica*, 20 de octubre de 1935 y *La Hora*, 18 de octubre de 1935.
- (56) *La República, Suplemento del Diario Oficial*, 30 de noviembre de 1935.
- (57) Lara Martínez, 2006: 9 y *La República, Suplemento del Diario Oficial*, 30 de noviembre de 1935.
- (58) *La República, Suplemento del Diario Oficial*, noviembre de 1935.

(59) *Revista El Salvador*, No. 15, octubre-noviembre de 1937: 33-36

(60) *Revista El Salvador*, No. 9, febrero de 1937: 15.

## **LISTA DE ILUSTRACIONES**

Figura 0: “Desnudo en río”, José Mejía Vides

Figura 1: “India de Panchimalco”, José Mejía Vides

Figura 2: “La cruz”, Salarrué

Figura 3: “La línea”, Salarrué

Figura 4-5: Portadas de *La República. Suplemento del Diario Oficial* (septiembre y diciembre/1935) anunciando cargo de Salarrué como Delegado Oficial a la Exposición de Artes Plásticas en San José, Costa Rica (octubre/1935) y participación salvadoreña en VII Congreso Científico Americano en México (septiembre/1935).

Figura 6: “Escudos de las naciones participantes” en los Terceros Juegos Deportivos Centro-Americanos, El Salvador, del 16 de marzo al 5 de abril de 1935. Patrocinados por el Gral. Maximiliano Hernández Martínez y el Comité Internacional Olímpico

Figura 7: “Primera Reforma Agraria”, Pedro Ángel Espinoza

Figura 8: “Aguadoras”, Valero Lecha

Figura 9: “La conquista”, Salarrué

Figura 10: “Lemus, el Coronel del Pueblo”, Camilo Minero

## BIBLIOGRAFÍA

*Informe Presentado al Gobierno de El Salvador por la Delegación Salvadoreña al Primer Congreso Interamericano de Indigenistas, celebrado en Pátzcuaro, Estado de Michoacán, República de México, del 14 al 24 de abril de 1940, sobre los actos, trabajos y resoluciones del mencionado Congreso.* San Salvador: S/Ed., 1940.

José Roberto Cea, *De la pintura en El Salvador* (San Salvador: Editorial Universitaria, 1986).

Luis Gallegos Valdés, *Lemus. Coronel del pueblo* (San Salvador: Dirección de Publicaciones, 1956).

Alberto Guerra Trigueros, *Poesía versus arte* (San Salvador: Dirección de Publicaciones, 1998).

Fredric Jameson, *Ensayos sobre el posmodernismo* (<http://www.scribd.com/doc/6944223/Frederic-Jameson-Ensayos-Sobre-El-Posmodernismo>).

Carlos Lara Martínez, *La población de Santo Domingo de Guzmán* (San Salvador: Dirección de Publicaciones, 2006).

Salarrué (Salvador Efraín Salazar Arrué), *Catleya luna* (novela) (San Salvador: Dirección de Publicaciones, 1974).

Salarrué (Salvador Efraín Salazar Arrué), *Narrativa completa II* (San Salvador: Dirección de Publicaciones, 1999). Ricardo Roque Baldovinos (Prólogo, compilación y notas).

*Terceros Juegos Deportivos Centroamericanos.* El Salvador, 1935 (La Habana, Cuba: Junta Nacional de los Juegos Deportivos Centroamericanos, 1936).

*Salarrué, el último señor de los mares* (San Salvador: MARTE (Museo de Arte), 2006).

## REVISTAS

*Boletín de la Biblioteca Nacional* (San Salvador, 1936).

*Diario de Costa Rica* (1935).

*El Amigo del Pueblo* (1935).

*La Hora* (1935).

*La Prensa Libre* (1935).

*La Prensa Gráfica* (1956)

*La República, Suplemento del Diario Oficial* (1935).

*Revista del Ateneo de El Salvador. Órgano del Instituto del mismo nombre* (1929).

*Revista El Salvador. Órgano oficial de la Junta Nacional de Turismo* (1935-1939).

*Trabajo* (1935).

*Tribuna Libre* (1956).



# POLÍTICA DE LA CULTURA

## MARTÍNEZ Y EL INDIGENISMO

0. Introducción

I. Antecedentes

1933-1939

Ideario

II. La delegación salvadoreña

III. Contactos mexicanos y recomendaciones

IV. Conclusión

Notas

[El propósito de la antropología aplicada es] mejorar las condiciones materiales y espirituales de las clases proletarias. (1)

## **O. INTRODUCCIÓN**

Existen pocos documentos públicos que atestigüen intercambios diplomáticos entre la presidencia del general Maximiliano Hernández Martínez (1931-1934, 1935-1944) en El Salvador y la de su correspondiente mexicano Lázaro Cárdenas (1934-1940). Sin embargo, la escasa evidencia recolectada hasta el momento se presta a un corto comentario que serviría de guía a investigaciones futuras sobre un capítulo olvidado de las relaciones exteriores de El Salvador durante la década de los treinta. El expediente rescatado más amplio se intitula *Informe Presentado al Gobierno de El Salvador por la Delegación Salvadoreña al Primer Congreso Interamericano de Indigenistas, celebrado en Pátzcuaro, Estado de Michoacán, República de México, del 14 al 24 de abril de 1940, sobre los actos, trabajos y resoluciones del mencionado Congreso.* (2) Este documento revela también un episodio olvidado de la antropología salvadoreña y de sus conexiones iniciales con otras áreas creativas y con la política de la cultura.

Luego de rastrear los antecedentes del interés oficial por el indigenismo, el presente artículo describe las actividades de la delegación salvadoreña al Congreso Indigenista, así como las recomendaciones y los contactos que establece durante su permanencia en México. Además de las sugerencias para una antropología aplicada, el Congreso culmina con la creación de uno de los marcos institucionales de mayor prestigio para la creación de la ciencia antropológica latinoamericana: el Instituto Indigenista Interamericano (III).

El ensayo destaca la actividad holística del indigenismo salvadoreño durante los años treinta, al combinar acción práctica de una antropología aplicada con la promoción de las artes y la literatura, al igual que de la artesanía y el folclor. Para el desarrollo sistemático de esta área compleja, la política cultural del martinato entabla un diálogo con la sociedad civil y con los miembros más destacados del quehacer artístico nacional, a quienes apoya financieramente al interior así como, diplomáticamente, los asiste a difundir su obra hacia exterior. En esta acción concertada se halla en juego la invención de la nacionalidad salvadoreña.

La propuesta de un proyecto de nación resulta de tal magnitud y fascinación que, al presente, los propios oponentes del régimen recobran elementos dispersos de su ideario para fundar una “cultura del siglo XXI”. Resulta práctica habitual desligar las imágenes artísticas y literarias o las personalidades culturales influyentes de su compromiso político inicial y proponerlas como modelo de actualidad. Las dos figuras cumbres del indigenismo martiniano —José Mejía Vides y Salarrué—recurren como colaboradores ejemplares del régimen, quienes testifican de la absoluta concordancia entre el gobierno, los intelectuales y la sociedad civil urbana. (3)

En época de tensiones agudas entre el estado y la cultura (febrero de 2010), una nostalgia por la obra conciliadora del martinato se alza como ideal entre quienes, con ilusión redentora, afirman la existencia de un “arte sin política”. (4) El martinato se alza como época ideal de entendimiento entre los artistas, los intelectuales y la administración estatal. (5)

PRIMER  
▲  
CONGRESO  
INTERAMERICANO  
DE INDIGENISTAS

PATZCUARO, MICHOACAN, MEXICO



Informe de la  
Delegación Salvadoreña

## ANTECEDENTES

1933

Antes del arribo de Cárdenas al poder, diciembre de 1933, se inician contactos entre el país y el indigenismo mexicano para establecer mecanismos políticos panamericanos en defensa de los indígenas. “México, que de acuerdo con la Doctrina Estrada [Genaro Estrada, Secretario de Relaciones Exteriores, 1930, doctrina de no-intervención], continuó sus relaciones con El Salvador” y, por principio de soberanía, justificó que “la Casa Blanca” no interviniera “en la política interna centroamericana”, defiende el gobierno de Martínez en base al “derecho de sublevarse”. (6) A diferencia de los países centroamericanos, el vecino nórdico latinoamericano jamás discute la legalidad de Martínez, como si los gobiernos anti-imperialistas estuvieran más dispuestos a aceptar su presidencia que las dictaduras militares tal cual la de Guatemala.

El propio Juan Ramón Uriarte, Ministro de El Salvador en México, difunde “la nueva cultura en América” como conciencia panamericana “internacional y hasta cósmica”. (7) Ante un Acuerdo de Paz “entre Paraguay y Bolivia”, en Montevideo, el alcance continental de la VII Conferencia Panamericana lo resume la máxima siguiente: “ningún estado tiene derecho de intervenir en los asuntos internos ni en externos de otros estados”. (8)

El anti-imperialismo y la cultura indígena propia le ofrecen al gobierno salvadoreño dos pilares para estrechar lazos diplomáticos en toda Latinoamérica. En México, la mayor defensa, el gobierno de Martínez la obtiene del costarricense Vicente Sáenz quien lo percibe como opción masferreriana por “evitar la explotación y la miseria”, al igual que “por no seguir de hinojos” ante EEUU. (9) Hacia 1933, entre los círculos revolucionarios de exiliados del istmo que merodean la capital mexicana, Martínez figura como alternativa “anti-fascista” por la soberanía política. Dentro de los miembros fundadores de la Unión Democrática Centroamericana, su nombre aparece junto al de César Augusto Sandino. (10)

El mismo año, la tradicional festividad del “Día del Indio” destaca el interés

indigenista del régimen por organizar exhibiciones artesanales y promover danzas de Izalco y Nahuizalco las cuales se ejecutan en la capital bajo los auspicios de los seguidores de Alberto Masferrer y del propio gobierno. Esta “unidad nacional” del Grupo Masferrer y del estado augura el entendimiento casi absoluto entre el estado y la sociedad civil.

Ejemplos de “cooperación ciudadana” los sugiere el ámbito de la plástica indigenista, cuyos mayores representantes, “los jóvenes artistas don José Mejía Vides y don Luis Alfredo Cáceres” ofrecen “sus servicios en calidad de maestros”. (11) Se distingue el apoyo conjunto de la señora Rosario viuda de Masferrer (con pensión gubernamental) y del referido “Grupo Masferrer” al gobierno que dirige el general Martínez. La propia Radio Difusora Nacional (R. D. N.) difunde el homenaje y legado masferreriano a un año de su muerte y declara su obra “Tesoro Nacional”.

La política estatal combina el nivel práctico —cooperativas, vivienda barata, adjudicación de terrenos, escuela rural de corte masferreriano— con el creativo, el de la cultura letrada, en Juegos Florales Centroamericanos que exaltan artísticamente lo campesino-indígena. Asimismo, bajo los auspicios de Salarrué, la Biblioteca Nacional forja el término de “política de la cultura” como esfera totalizadora de acción “espiritual”. (12) Este concepto tan contemporáneo, califica la conciencia política de una generación que contribuye a forjar los cimientos culturales de una nacionalidad en ciernes.

## 1934

Hacia el segundo semestre de 1934, durante la reelección de Martínez, los grupos teosóficos (Salarrué, José Mejía Vides...) y los indigenistas masferrerianos respaldan las acciones oficiales por la “liberación completa del campesinado”. (13) Su auxilio artístico redobla la emancipación material en otra gesta espiritual a la cual concurriría el propio líder de la teosofía: Krishnamurti, “el gran libertador de la mente humana”. (14) Existe una correlación estrecha entre la teosofía, el arte indigenista y el comité de censura del régimen por la reiteración de nombres, la cual no establece varias redes sino un solo círculo intelectual de políticos, teósofos y artistas.

El enlace entre lo terrenal, la política agraria, y lo esotérico intuye una *teosofía de la liberación* que, por grupos selectos pensantes, transfiere “la individualidad reorienta[da en] mente y corazón” hacia “la comunidad” en su conjunto. (15) “La armonía y el entendimiento” entre esas instancias la demuestra la “Obra de Mejoramiento Social (distribución de tierras a largos plazos y a precios sumamente económicos, la institución del Bien Familiar Campesino, la Quinina del Estado, el Patronato Médico Escolar, el Botiquín Ambulante, El Médico del Pueblo, el acrecentamiento de la Escuela Rural”, etc.)” que “rodea a la clase campesina de recursos y facilidades”. Quizás en esas acciones reformistas del gobierno se concretice la idea de “cambiar todo el sistema sociológico” que impulsa “la filosofía de Krishnamurti”.

### 1935

Luego de elecciones y toma de posesión en enero-marzo de 1935, hacia septiembre-diciembre, el gobierno salvadoreño emprende una acción concertada por el indigenismo que combina el arte, antropología aplicada y política. El Poder Ejecutivo nombra a Salarrué “Delegado Oficial” a la “Primera Exposición Centroamericana de Artes Plásticas” en San José, Costa Rica. El triunfo salvadoreño en la plástica, la de José Mejía Vides, lo duplica la participación nacional en el VII Congreso Científico Americano en México, coloquio bajo la presidencia honoraria de Lázaro Cárdenas. (16)

El gobierno financia la relación de los intelectuales de renombre con sus colegas latinoamericanos, “para que se de a conocer por los conductos debidos a las instituciones científicas” nacionales. (17) La “mesa directiva” del Congreso la preside uno de los delegados salvadoreños, el Dr. Ramón López Jiménez, cuya labor encomiable la reconoce el gobierno revolucionario mexicano al otorgarle “Diploma de Honor”. (18) Entre las recomendaciones del Congreso Científico se estipula “la resolución de los problemas económicos de las razas indígenas, se formulen, por regiones económicas, planes basados en estudios concienzudos de investigación de su vida económica actual y se establezcan institutos para la formación de Directores de Economía de la comunidad indígena”. (19)

Si las artes elevan al indígena a personaje central de su discurso, la antropología

aplicada anuncia “una acción continental a favor de las urgencias sociales, económicas y culturales” del “20 %” de salvadoreños de “clase indígena”. (20) Esta actividad afín entre el arte y la ciencia social aplicada ofrecería un ejemplo patente de la manera en que la política estatal se integra con los dominios creativos y los del saber para desarrollar un proyecto de nación.

Un quehacer en diálogo tal —arte, ciencia y política— semeja la labor que emprenden países claves, como Francia y México, en los cuales la antropología no surge como simple disciplina especulativa. Al igual que en El Salvador del martinato, se desenvuelve en una totalidad compleja que mezcla la vanguardia artística, la museografía, la lingüística, el folclor, la política agraria, etc. Junto a los proyectos de etno-turismo, la creatividad artística la compila la *Revista El Salvador. Órgano Oficial de la Junta Nacional de Turismo* (1935-1939), la cual dirige Luis Mejía Vides, hermano del pintor José.

(Nota teosófica, poética y vanguardista: la publicación oficial no sólo reproduce escritos de Krishnamurti y poemas de Rabindranath Tagore, también transcribe artículos de antropología contemporánea de autores reconocidos internacionalmente: Alfredo Barrera Vásquez, Sylvanus Morley, Karl Sapper y, más sorprendente, fragmentos de “Los tarahumaras (1936)” de Antonin Artaud. Por su filiación surrealista, Artaud inculca un modelo posmoderno de antropología literaria que rebasa el ensayo monográfico clásico. Ante este conocimiento bibliográfico, asombra que el trabajo más exhaustivo sobre la lengua náhuat, el de Leonhard Schultze-Jena, quede en el olvido. (21)

## 1936

En abril de 1936, el Ministro de Gobernación, dirige un *memorandum* al de Relaciones Exteriores para que le informe al Gobierno de México sobre “la labor de Mejoramiento Social que se está llevando a cabo entre nosotros”. (22) La autoridad correspondiente, el general José Tomás Calderón, subraya “la adquisición de tierras cultivables para parcelamiento, lotes urbanos para edificaciones y construcción de casas baratas”. En contraste a cifras más elevadas que proveen otras instituciones gubernamentales, Calderón reduce la población indígena al mínimo. (23) Hay un “4 por ciento” de indígenas, ya que “el pueblo salvadoreño no cuenta prácticamente, con un problema indígena. El suyo es esencialmente económico”.

Así, el Gobierno salvadoreños resume oficialmente “la obra de bienestar para la población indígena”, la cual se completa gracias al estímulo que recibe “la producción literaria del país” en materia regionalista: las “obras de Alberto Masferrer [...] Salarrué, Arturo Ambrogi, Francisco Gavidia”. (24) Merece especial mención la publicación de “El Cristo Negro” de Salarrué que recibe varios elogios oficiales y aúna lo literario a lo autóctono. (25) A nivel del folclor, durante la “gran feria nacional de agosto” en la capital, se promueven “costumbres de algunos pueblos, como las danzas indígenas religiosas” para aumentar “las exhibiciones populares”. (26)

El impulso de la cultura letrada y campesina lo retoma el Ministerio de Relaciones Exteriores para el cual “los agentes del servicio exterior deben ser importadores de cultura”. (27) En noviembre, la correlación directa entre la literatura, el arte y la cuestión indígena la esclarece una esquela de duelo por la muerte de “Don Arturo Ambrogi [quien] hizo un arte propio, un arte fuerte, genial y magistral. La alegría del indio, la tristeza del indio, su drama y su esperanza...”. (28)

En diciembre, “el señor Vicepresidente de la República y Ministro de la Guerra, general Andrés Ignacio Menéndez, con los miembros del gabinete de Estado”, inaugura la Segunda Exposición de Artes Plásticas. (29) Su cometido por “proteger a la industria de barro de Ilobasco” se anuda al “incremento de la cultura artística nacional” a la cual “el gobierno podría ayudar con la suma de 500 colones mensuales para adquirir las mejores obras” y fundar una “pinacoteca nacional”. En común acuerdo, la sociedad y el gobierno se proponen desarrollar “el sentimiento intuitivo en el pueblo”. (30)

A esa celebración del indigenismo en pintura concurre “la nueva generación de artistas salvadoreños” —los clásicos— cuyo “arte regional [...] puede ufanarse” de “mantener en alto los prestigios de la patria”: José Mejía Vides, Salarrué, Luis A Cáceres, Pedro Ángel Espinoza, Guerra Trigueros, Valentín Estrada, Oscar Urrutia, Ana Julia Álvarez, Miguel Ortiz Villacorta, Zelia Lardé, etc.



**“Entrada a Panchimalco/Panchimalco a la entrada” de José Mejía Vides. “Primer Premio de Cuadros al Óleo” durante la Segunda Exposición de Artes Plásticas bajo auspicios de la sociedad civil (Sociedad Amigos del Arte y Club Rotario) y del gobierno (Ministerio de Instrucción Pública). (31)**

De nuevo, por la acción conjunta entre el gobierno y la sociedad civil de artistas se logra impulsar un indigenismo que, de manera holística, combina la antropología aplicada con la creatividad cultural. Junto a la escuela rural, el arte indigenista posee una función práctica y pedagógica al “culturar” y “educar el alma del pueblo” en su verdadera vocación de “ser salvadoreño”. (32)

(Nota: para las redes familiares del poder, apúntese la notoriedad del doctor Max Patricio Brannon en las altas esferas gubernamentales del Ministerio de Hacienda (Delegado a la Conferencia Panamericana de Consolidación de la Paz en Buenos Aires, 23 de diciembre de 1936 que urge la soberanía nacional contra el imperialismo) y la enternecida exaltación poética del terruño de su hermana Claudia Lars. El “idealismo” de ambas acciones la anticipa el reconocimiento salvadoreño del “General Francisco Franco, Jefe del Gobierno, Burgos, España” el 8 de noviembre de 1936, por su defensa “de los sagrados y humanitarios derechos de la civilización”). (33)

1937

La colaboración entre el gobierno y la sociedad civil cobra un sesgo feminista hacia febrero de 1937. (34) A cinco días de anunciar el “fomento de la escuela rural”, el Ministerio de Relaciones Exteriores le transmite el “Mensaje a las Mujeres de América”, proveniente de la Liga Femenina de Confraternidad Universal (Argentina), a su correspondiente salvadoreña compuesta por “doña María de Guillén Rivas, doña María de Baratta y doña María Loucel”. La conformación de este grupo en San Salvador la certifica el “Señor Ministro Dr. Don Miguel Ángel Araujo”.

Cabe destacar la participación de Baratta en quien se conjuga el anhelo sufragista femenino con el rescate de la etno-musicología y del folclor nacional. Todas estas actividades las refrenda el propio Poder Ejecutivo, el cual por medio del Ministerio de Instrucción Pública impulsa “las labores de la Escuela Normal de Maestras República de España”. (35)

Durante la Gran Exposición Centroamericana que mezcla industria, artes y comercio (Guatemala, noviembre de 1937), el poeta Julio Enrique Ávila es el “enviado del gobierno” para presentar la cultura salvadoreña en todos sus ramos materiales y creativos. *El Imparcial* elogia la plástica indigenista de Pedro Ángel Espinoza, José Mejía Vides, Miguel Ortiz Villacorta y “los estilizados motivos mayas de gran valor decorativo” de Salarrué. (36) La magna obra nacional se exhibe en “el rincón del arte en cuya “pared sur” ondean “en arco fraterno las banderas de Guatemala y El Salvador [...] sobre los retratos de los presidentes general Jorge Ubico y general Maximiliano H. Martínez [...] bordados en seda” (junto al Duce Mussolini).

A esta muestra pictórica oficial se agrega la “vida intelectual del vecino país” cuyas letras las auspician dos editoriales: “la Universidad y el Gobierno”. Ejemplos de literatura nacional “correctamente empastados” son “Francisco Gavidia [...] Alberto Masferrer, Manuel Castro Ramírez, Salarrué, Max P. Brannon, Claudia Lars [...] Hugo Lindo, Alfredo Espino, T. P. Mechín”. (37)

(Nota: como anécdota secundaria, la publicación más temprana que documenta el nombre literario del país —“el Pulgarcito de América”— data de la celebración de “la ilustre fecha de la Independencia Nacional, en la cual al

general Martínez se le concede el título de “Benefactor de la Patria”. (38) Una serie de “alocuciones pronunciadas en la radiodifusora nacional el 15 de septiembre de 1937, por las que se hace el elogio de Centroamérica” alaba a los países del istmo. El panegírico a El Salvador le corresponde a Julio Enrique Ávila cuyo discurso aparece publicado diez días después). (39)

EL SALVADOR TÍPICO

## PANCHIMALCO, Pueblo Indígena Ciento Por Ciento

**A** cuatro leguas al Sureste de la capital de El Salvador se halla enclavado entre colinas rocosas, con vista al mar y ventilación sana, el pueblo indígena de Panchimalco.

Es Panchimalco el poblado autóctono de mayor número cercano a San Salvador, no sólo por su población un tanto densa comparada con la de los demás pueblos indígenas aledaños a la capital, como Palcaz, Cuscatancingo y Mejicanos, sino porque en él—gracias a no sabemos qué fenómeno etnológico—hase logrado el mantenimiento de la raza americana en toda su pureza.

Cuando Ud. llegue a Panchimalco, lo primero que llamará poderosamente su atención, desde la eminencia de la entrada por el camino adoquinado con grandes piedras, será la iglesia colonial. Ahí está, empedrado del caserío de humilde aliento, entre paredes escaladas, techos rojizos de teja y techos primitivos de paja, como si fueran por aquí pasaron la Conquista y el Colonialismo, con su cortejo de heroicos y calamidades; pero algo bueno quedó de aquella vestigia, algo puro y noble, trascendente y bello. Blanco, con blancura gastada de años. Fuerte. Masiva. Con débiles bellas en las grandes festi-

vidades: adornos y flores de intensas colorido.

En Panchimalco han pintado artistas salvadoreños algunos de sus mejores cuadros, habiendo obtenido uno de ellos con su «Retrato de una Pancha» el Primer Premio de Pintura en la Primera Exposición de Artes Plásticas Centroamericanas, celebrada en San José, Costa Rica, en 1935.

Tiene muchos atractivos Panchimalco para el turista, para el viajero de mirada comprensiva de lo primitivo, para el artista. Podrá ver lindos tejidos las telas para sus tradicionales trajes. Quedan todavía algunos indios que, a más del español, hablan el náhuatl, la lengua que hablaban los primitivos cuscatlecos. Cerca de la población existen cascadas y ríos con rincos encantadores.

Panchimalco ha merecido la visita especial de Gabriela Mistral, de Francisco Cornejo, notable artista mexicano aficionado al arte y las cosas bellas de nuestra América autóctona, como también de algunos artistas norteamericanos.

Cuando venga Ud. a El Salvador, visite Panchimalco. El viaje, desde San Salvador, cuesta en buen automóvil, por una tarde, de cinco a ocho colones.

## PANCHIMALCO

### The Hundred Per Cent Indian Town

**T**HE Indian town of Panchimalco, is situated among rocky mountains, sixteen miles South West of San Salvador, within sight of the ocean and in healthy and cool location.

Panchimalco is the most interesting purely native town near San Salvador, not only on account of its large population compared with that of other native villages near the Capital, such as Palcaz, Cuscatancingo and Mejicanos, but also because—due to some ethnological phenomenon—the American race has been preserved in its original purity.

The first impression of the visitor to Panchimalco, from the entrance by the steep road paved with stones, is that of the Colonial Church, surrounded by the groups of humble whitewashed houses with red tiled roofs and primitive thatched huts, as a sign of the passing of the Conquest and the Colony with its retinue of heroes and calamities; but which also left something good, pure, noble and lasting. The white Church, a white spire by the caserío; strong and massive. Barbarously beautiful on

feast days, wreathed with flowers and decorations of intense colouring.

Salvadoran artists have painted some of their best work in Panchimalco; one of them obtained the First Prize in the Exposition at San José de Costa Rica with his «Portrait of an Indian Girl», in 1935.

Panchimalco has many attractions for the tourist, the archaeologist and the artist. They may see the Indians weaving the cloth for their typical dress. There are many who, besides Spanish, speak perfect Náhuatl, the primitive language of Cuscatlan. There are many picturesque rivers and waterfalls within striking distance of the town.

Panchimalco has received special visits from Gabriela Mistral, Francisco Cornejo, the Mexican artist and expert in American archaeology, and of many North American writers and artists.

When you come to El Salvador, do not fail to visit Panchimalco. The trip from San Salvador, in a good automobile, costs from 5 to 8 Colones for the whole afternoon.

*Revista El Salvador. Órgano Oficial de la Junta Nacional de Turismo* (octubre-noviembre/1937). El interés oficial por la plástica indigenista de Mejía Vides se revierte en propuestas de desarrollo del etno-turismo en Panchimalco, modelo de antropología aplicada.

## 1937-1939

En los años siguientes, se prosiguen contactos regulares—aún por documentar— durante varias conferencias indigenistas interamericanas: México (1937), Perú (1938) y Bolivia (1939). Estos encuentros políticos y profesionales culminan en Pátzcuaro, Michoacán, México, en abril de 1940. En ese año se promueve la fundación del Instituto Indigenista Interamericano (III) con sede en la capital mexicana.

(Nota: en anécdota sutil, el antropólogo salvadoreño Alejandro Dagoberto Marroquín, férreo oponente de Martínez, trabaja en el mismo instituto que la presidencia de su rival político toma iniciativa de fundar. Su esposa, Amparo Casamalhuapa forma parte de los grupos masferrerianos que defienden la presidencia del general Martínez hacia 1933 y durante su reelección en 1934. (40) Además, la obra *Panchimalco* (1959) de Marroquín la ilustra el mismo pintor que desde 1933 apoya la política indigenista del martinato, José Mejía Vides. Las imágenes indigenistas que fundan el despegue pictórico nacional poseen tal flexibilidad que, dos décadas después, adornan posiciones de izquierda en pugna con su contexto original).

## Ideario

A continuación, el breve comentario reseña el *Informe* referido al inicio y la participación salvadoreña en el Primer Congreso Interamericano de Indigenistas. Lo curioso de este documento soterrado es doble. Revela la existencia de relaciones estrechas entre el general Martínez y un gobierno revolucionario mexicano que implementa medidas reformistas radicales. Asimismo, descubre la acción política salvadoreña que los contemporáneos de Martínez califican de indigenismo, ramo que la historia actual le inculpa de reprimir.

Se trata de un capítulo olvidado de la historia diplomática y antropológica. Parecería que la antropología salvadoreña carece de la memoria histórica sobre su propio pasado institucional, aquel entramado social que permite el auge de la investigación científica. Por el martinato, el reconocimiento que la plástica indigenista obtiene en San José, Costa Rica (1935), la antropología lo logra en 1940 en México.

(Nota bibliográfica: las reacciones guatemaltecas y peruanas las recopilan las obras *Orientación y recomendaciones del Primer Congreso Indigenista Interamericano* de David Vela (Guatemala: Publicaciones del Comité Organizador, 1940/1959) y *La Cámara de Diputados del Perú y el Primer Congreso Indigenista Interamericano* de José Ángel Escalante (Lima: Librería Gil, 1940: 23-24, “indios que constituyen el gran problema nacional en [...] El Salvador”). Para las actas oficiales, véase: Acta final (Pátzcuaro: Congreso, 1940), Revista Educación (Vol. 1, No. 4, junio/1940) y *Primer Congreso Indigenista* (México, D. F.: Confederación de Trabajadores de América Latina, 1940). Por último, la versión estadounidense la recoge el libro *Indians and the Land* (Washington: S/n, 1940)).

## II. LA DELEGACIÓN SALVADOREÑA

La delegación salvadoreña se compone de los miembros siguientes cuyos trabajos de investigación se enumeran a continuación. Además, participa el Dr. Héctor Escobar Serrano sin investigación citada: (41)

“El trabajo intitulado “Hacia la reivindicación del indio cuscatleco”, por el profesor José Andrés Orantes, fue clasificado en la Sección Socio-Económica y aprobado con carácter de información. (42) Según el Acta final (1940: 9-10), ocupa el puesto de “vice-presidente efectivo” y “relator” de la “sección biológica”. Su firma certifica la “declaración de los acuerdos del congreso”. (43)

“Escarceos etnológicos indígenas como contribución al estudio autoctonista de América”, por el señor Tomás Fidias Jiménez, fue discutido también en la misma Sección Socio-Económica, y aprobado como una recomendación a los países de América.

El trabajo titulado “El pipil de los Itzalcos”, por el señor don Próspero Arauz, fue clasificado por la Sección de Iniciativas, como ilustrativo y fue archivado en dicha sección” (44) Su nombre no aparece citado dentro de los “delegados oficiales” del país. (45)

Únicamente el ensayo de Orantes lo reproduce la publicación del *Informe*. De

los otros dos estudios sólo se anota la rúbrica inicial. La tesis más interesante de Orantes la anticipa el título mismo que augura una defensa del indígena salvadoreño. Prosiguiendo cifras estatales que aparecen en *La República. Suplemento del Diario Oficial* (diciembre/1935) el escrito de Orantes asegura que en El Salvador existe “el 20 % de campesinos indígenas”. (46) No sólo sorprende este reconocimiento de un vasto contingente de población indígena salvadoreña, aunado a la sinonimia indígena-campesino. Asombra la dimensión histórica que el delegado le concede a la cuestión demográfica.

Orantes asegura que el porcentaje de indígenas se mantiene constante en el curso de un siglo, de 1837-1937, y esta proporción relativa oculta un verdadero incremento poblacional. La población indígena se ha “cuadruplicado” durante cien años. Por dos publicaciones oficiales —*La República* (1935) e *Informe* (1940)— resulta posible afirmar que en cinco años de presidencia, el gobierno de Martínez testifica la existencia de una población indígena de un quinto de la salvadoreña total. (47)

La defensa del “indígena cuscatleco” la certifica “el vasto plan de Mejoramiento Social”, cuyo “reglamento para la adjudicación —por lotes— de terrenos de propiedad nacional” se compara al quehacer cardenista por los ejidos. (48) El reporte asevera que “de 1933 hasta 1939” se entrega un total de “45.193 Mz. (8.326 V2)” por un monto de “802.815,68 colones”. (49) Luego de exaltar la actividad laboral del “indio campesino salvadoreño”, Orantes reivindica los derechos “del trabajador indígena” como exigencia “en provecho de la economía nacional”. (50)

“Los intereses de las masas campesinas y obreras son también los vitales intereses del gran conglomerado indolatino” (nótese término indigenista en boga para designar a los habitantes actuales del continente latinoamericano). Al reseñar las actividades generales del Congreso Indigenista, se descubrirá la identidad de vocabulario social entre el discurso oficial salvadoreño y el revolucionario mexicano. Parecería que de Martínez a Cárdenas, la misma terminología recorta los anhelos por implementar un nuevo proyecto de nación.

Por último, los inicios del estudio gramatical de la lengua indígena más importante del país —el náhuat o pipil de la zona occidental— se desarrollan

bajo la égida cultural del martinato. Dos de los delegados salvadoreños —Arauz y Fidias Jiménez— escriben obras clásicas sobre ese idioma. Aun si trabajos contemporáneos las juzgan científicamente deficientes —en relación a recopilaciones extranjeras como la de Leonhard Schultze-Jena (1935)— su carácter “especulativo” e “inexacto” califica la generalidad de la antropología de la época, influida por la teosofía. (51) Las ideas que la ciencia social juzgaría descabelladas en otros países —origen atlante y lemúrico de los indígenas— en El Salvador las defiende la Academia de Historia y se prolongan en Salarrué hasta 1974 como verdad en vigor que el presente aún no se atreve a cuestionar. (52)

### **III. CONTACTOS MEXICANOS Y RECOMENDACIONES**

Durante su estadía los tres integrantes de la delegación salvadoreña interactúan con reconocidas autoridades mexicanas en materia de antropología en sus más diversos ramos. Entre las personalidades notables que los salvadoreños encuentran destacan: Julio de la Fuente (antropólogo social reconocido por implementar una antropología aplicada al desarrollo comunal indígena), Manuel Gamio (reconocido por estudios interdisciplinarios en Teotihuacán), Paul Kirchoff (reconocido por forjar el término de Mesoamérica como región cultural unificada), Vicente Lombardo Toledano (reconocido etno-historiador), Moisés Sáenz (organizador del Congreso y promotor de la educación rural e indígena), Mauricio Swadesh (fundador del estudio sistemático de lenguas indígenas y de su promoción educativa) y José A. Vivó (reconocido por trabajo sobre migraciones náhuat a Centroamérica y colaboración con Pedro Geoffroy Rivas). La delegación salvadoreña también entabla contactos estrechos con comisiones indígenas, aun si no se hallan presentes representantes salvadoreños directos de esos grupos.

Esta interacción resulta inédita a nivel oficial, ya que sólo bajo la presidencia del general Martínez la antropología salvadoreña —en particular la etnología, etnografía y lingüística, el estudio del náhuat y de la comunidad aldeana— recibe apoyo un financiero estatal para realizar trabajos de campo, publicar resultados científicos y diseminarlos en el extranjero. Posteriormente, casi todo financiamiento estatal decae y, en plena democracia, todavía no se recibe igual impulso. No se logra una cohesión intelectual similar a la que se presenta durante el martinato. De forma oficial, existen intercambios entre

los proyectos de investigación y el desarrollo en el país y sus correspondientes latinoamericanos —mexicanos revolucionarios— más destacados

Las ponencias mexicanas hacen recomendaciones que el *Informe* recolecta para transmitir las a las instituciones gubernamentales correspondientes. Inicialmente, el propio presidente Cárdenas reclama la “emancipación del indio y [...] del proletario”, en términos semejantes a los de “liberación” que utiliza *La República* desde el segundo semestre de 1934. (53) Ese discurso emancipador justifica la campaña electoral, democrática del general Martínez, apoyada por grupos teosóficos que lideran Salarrué y José Mejía Vides, así como favorecida por el indigenismo masferreriano de María de Baratta. Del discurso revolucionario mexicano al del martinato existiría una continuidad insospechada, salvo en el giro laico del primero y teosófico del segundo. Ambos se reúnen en el objetivo por “mexicanizar [salvadorenizar] al indígena”. (54)



*El ciudadano Presidente de la República Mexicana, Gral. Lázaro Cárdenas, pronunciando el Discurso de Inauguración del Primer Congreso Indigenista celebrado en Patzcuaro, Michoacán, México.*

A la Junta de Mejoramiento Social se le sugiere promover vivienda, servicios médicos, estudiar medicina indígena y plantas medicinales. Asimismo, se le recomienda implementar “producción y distribución de alimentos”, al igual que “proteger las artes populares indígenas” e “industrias indígenas” por la “creación de organismos nacionales” con “autonomía”. (55) Esta misma Junta debería capacitarse en materia de “distribución de tierras”, “colectiva o individualmente [...] a disposición de las poblaciones indígenas”, facilitar créditos y trabajos de irrigación. (56) Si falta la efectividad de esos designios en el territorio nacional, no por ello, dichas disposiciones no se hallan en la mesa de debate durante el martinato.

A otros institutos gubernamentales se les aconseja mejorar la educación infantil indígena, “uniformizar” alfabetos y transcripción de lenguas, así como promover la extensión del vocabulario a partir de sus propias “estructuras gramaticales” flexibles (*Informe*, 1940: 44). Esta ratificación de los idiomas se acompañaría de un “fomento [de] la música, las danzas y el teatro autóctonos”. (57) En materia jurídica, debería asegurarse que se “protegería el trabajo de los indígenas”, al equiparar oportunidades, labor y pago masculino y femenino, así como al “declarar libres de todo adeudo a los trabajadores indígenas”, colonos de haciendas. (58)

## IV. CONCLUSIÓN

El *Informe* les transmite al presidente Martínez mismo, a varios Ministerios y organismos estatales medidas que el indigenismo interamericano bajo el liderazgo de Cárdenas debería aplicar en El Salvador. Lo interesante del caso no reside en el éxito o fracaso de esos requerimientos. Lo inédito de la situación consiste en que el martinato abre las puertas a una discusión indigenista sin precedente en el pasado y de mucha actualidad, a saber: derecho indígena a tierras ancestrales. (59)

¿Existen otros gobiernos militares o democráticos que, desde perspectivas indigenistas, interroguen el problema agrario de manera global desde la tierra, a la educación, medicina, uso de lenguas vernáculas, folclor, promoción de las artes populares y académicas? De existir, a imagen del martinato, ese cuestionamiento los conduciría a impulsar una agenda masferreriana (pensión a la señora Rosario viuda de Masferrer (esposa del oponente político y enemigo

acérrimo) y “Grupo Masferrer”, vivienda popular en nombre del maestro, terrenos, escuela rural...), artes (Cáceres Madrid, Espinoza, Mejía Vides, Ortiz Villacorta...), folclor (Baratta), literatura (Salarrué...), antropología (Arauz, Fideas Jiménez...), financiamiento para contactos internacionales de artistas e intelectuales, hasta culminar en la fundación de un organismo continental: el Instituto Indigenista Interamericano en el cual trabajan antropólogos, como A. D. Marroquín, quienes se oponen a uno de sus promotores originales. (60)

Si del legado del martinato la actualidad retoma ciertos rubros selectos (herencia masferreriana, artes, literatura...) —se olvida de su enlace con la antropología, teosofía y política— esta escisión oculta el compromiso primigenio que alimenta esa creatividad como proyecto integral de nación. Ante la magnitud del despliegue del martinato, la democracia en vigor no ofrece alternativas culturales que la reemplacen. Sólo se permite el olvido de la política y la celebración del arte. Exime a los clásicos de toda culpa de colaboración oficial con un régimen que impugna para conmemorar su herencia artística indigenista. Ante la carencia de una historia de las políticas culturales en El Salvador, falta también establecer una política cultural que promueva un ámbito artístico y científico total en la sociedad salvadoreña del siglo XXI.

Tal es la trascendencia del Congreso Indigenista de Pátzcuaro. Sus principales afirmaciones fueron las siguientes: I.— Luchar contra los efectos perniciosos del latifundio y de la concentración de la tierra. II.— Dotar a los núcleos indígenas de tierras, aguas, créditos y dirección técnica. III.— Respetar la integridad social y cultural de los núcleos indígenas. IV.— Emplear las lenguas autóctonas para transmitir mediante ellas, la cultura universal a los indígenas. V.— Aceptar a los indígenas en la vida de América, no como hombres vencidos, ni como menores sujetos a tutela, sino como una fuerza humana que ha de contribuir al enriquecimiento de la cultura de cada país, al de la cultura americana, y al de la cultura universal.

*Primer Congreso Indigenista Interamericano*, México, D. F.: Confederación de Trabajadores de América Latina, 1940: 4.

## NOTAS

- (1) *La República. Suplemento del Diario Oficial*, Año I, No. 87, 4 de marzo de 193.
- (2) San Salvador: S/Ed., 1940, véase ilustración de cubierta.
- (3) *La República*, Año I, No. 4, 5 de diciembre de 1932 sobre Salarrué y No. 68, 10 de febrero de 1933 para Mejía Vides; fechas similares establecen la cooperación institucional de la Universidad Nacional con el gobierno de Martínez.
- (4) Véase la contradicción actual entre la multi-citada “Mi carta a los patriotas” (1932) de Salarrué y toda referencia acallada a su trabajo de colaborador en *La República Suplemento del Diario Oficial* desde 1932. Esta selección arbitraria de los documentos del pasado es indispensable para apropiarse de la política cultural del general Martínez sin mencionarlo como mecenas obligatorio.
- (5) En escala mínima, nótese colaboración intelectual bajo el gobierno de Arena —por la publicación estatal de la *Poesía completa* (2007-2009) de Roque Dalton— armonía que el presente tiene problemas de lograr. Arena pagó los derechos de autor de un escritor de izquierda que el primer gobierno de izquierda no puede publicar.
- (6) *La República*, Año I, No. 42 y 44, 10 y 12 de enero de 1933 que reproduce editorial de *El Imparcial* de México.
- (7) *La República*, Año II, No. 307, 8 de diciembre de 1933, nótese el giro vasconceliano, y teosófico que adquiere la defensa del martinato: “raza [“conciencia”] cósmica”.
- (8) *La República*, Año II, No. 318, 21 de diciembre de 1933.
- (9) *Rompiendo cadenas. Las del imperialismo norteamericano en Centro*

*América*, México, D. F.: Ciade, 1933: 289 y 228.

- (10) Sáenz, 290. Su defensa de Martínez aparece en la prensa mexicana y la difunde en conferencias en la Universidad Nacional Autónoma de México en marzo de 1933.
- (11) *La República*, Año I, No. 68, 10 de febrero de 1933.
- (12) *Boletín de la Biblioteca Nacional*, No. 7, abril de 1933: 1-2.
- (13) *La República*, septiembre-diciembre de 1934.
- (14) *La República*, 8 de septiembre de 1934.
- (15) 18 de septiembre de 1934. El uso del término “liberación” para dos ámbitos distintos, agrario y espiritual, es de *La República*.
- (16) *La República*, Año III, No. 860, 13 de noviembre de 1935 y *VII Congreso: discursos pronunciados en el acto inaugural*, México D. F.: Editorial Cosmos, 1935.
- (17) *La República*, Año III, No. 870, 25 de noviembre de 1935.
- (18) *La República*, Año III, No 868, 22 de noviembre de 1935 y Año V, No. 1192, 15 de enero de 1937.
- (19) Lugar citado; véase: *Acta final*, México D. F.: Secretaría de RREE, 1936.
- (20) *La República*, Año III, No. 875, 30 de noviembre de 1935.
- (21) *Mitos en la lengua materna de los pipiles de Izalco*, 1935), quede fuera de esta conciencia histórica indigenista (el viaje de Schultze-Jena a El Salvador (1930) lo financia Franz Boas, pionero de la antropología estadounidense y contribuyente a la mexicana). En crasa paradoja, los literatos indigenistas ignoran la literatura indígena nacional, al igual que

su lengua materna de los indígenas a quienes le conceden la palabra.

- (22) *La República*, Año IV, No. 981, 17 de abril de 1936.
- (23) Véase cifra anterior e *Informe* más abajo.
- (24) *La República*, Año IV, No. 1031, 17 de junio de 1937.
- (25) *La República*, Año IV, Nos. 1129 y 1140, 23 de octubre y 7 de noviembre de 1936.
- (26) *La República*, Año IV, No. 1038, 26 de junio de 1936.
- (27) *La República*, Año IV, No. 1105, 23 de septiembre de 1936.
- (28) *La República*, Año IV, No. 1141, 9 de noviembre de 1936.
- (29) *La República*, Año IV, No. 1162, 3 de diciembre de 1936.
- (30) Nótese la correlación arte-guerra que el presente ignora.
- (31) *La República*, Año IV, No. 1173, 17 de diciembre de 1936: 3.
- (32) *La República*, Año V, No. 1184, 5 de enero de 1937.
- (33) *La República*, Año IV, Nos. 1145 y 1182, 13 de noviembre y 30 de diciembre de 1936.
- (34) *La República*, Año V, No. 1133, 10 de febrero de 1937; errores de numeración reproducen el original.
- (35) *La República*, Año V, No. 1242, 17 de marzo de 1937.
- (36) *La República*, Año V, No. 1436, 26/noviembre/1937.
- (37) Nótese presencia de escritores fallecidos, Masferrer y Espino, cuya obra el gobierno la vuelve oficial bajo auspicio de la viuda y los seguidores

masferrerianos al igual que, quizás de Espino-padre y hermano, Miguel Ángel el segundo.

- (38) *La República*, Año V, No. 1379, 15 de septiembre de 1937.
- (39) *La República*, Año V, No. 1387, 25 de septiembre de 1937.
- (40) *La República*, Año I, No. 260, 14 de octubre de 1933.
- (41) Según el *Acta final* (1940: 9), ocupa el puesto de “vocal”.
- (42) El prestigio intelectual de Orantes lo confirma Juan Felipe Toruño en el Ateneo de El Salvador y en la Universidad Nacional, véase: *El sentido de vivir*, San Salvador: S/Ed., 1941; prólogo de Toruño. Nótese el acuerdo entre los círculos intelectuales —Universidad, Ateneo— y el gobierno de Martínez hacia 1940-1941, es decir, a tres años de su declive.
- (43) *Acta final*, 1940: 56.
- (44) *Informe*, 1940: 66-67.
- (45) *Acta final*, 1940: 1.
- (46) *Informe*, 1940: 83.
- (47) Para una opinión contraria, véase: “Antecedentes, 1936” que cita a Calderón.
- (48) *Informe*, 1940: 89 y 91.
- (49) *Informe*, 1940: 89.
- (50) *Informe*, 1940: 88.
- (51) Campbell, *The Pipil Language*, 1985: 943 y 948.

- (52) Véase: introducción a obra de Fidias Jiménez, *Idioma Pipil ó Nahuat de Cuzcatlán* (1937) y *Catleya luna* (1974).
- (53) *La República*, septiembre-diciembre de 1934.
- (54) *Informe*, 1940: 10.
- (55) *Informe*, 1940: 33.
- (56) *Informe*, 1940: 41.
- (57) *Informe*, 1940: 53.
- (58) *Informe*, 1940: 58.
- (59) La falta de aplicación de muchas recomendaciones, a nivel continental, más que salvadoreño, la reseña Juan Comas en *La antropología social aplicada en México*, México: III, 1964: 48.
- (60) Véase: Comas, 1964: 48-50.



# ÍNDICE ANALÍTICO

1932, 1, 2, 3, 8, 9, 10, 11, 14, 15, 17, 18, 19, 20, 26, 28, 37, 39n11, 40n16, 46n45, 48n63-64, 59, 63, 69, 70, 71, 75, 77, 78, 81, 82, 90, 95-99, 100, 101, 104, 117, 112, 122, 124, 127, 142, 145-146, 149, 153, 175n4.

1944, 79, 74, 75, 142, 143, 145, 146.

Alemán Bolaños, Gustavo, 11, 30, 38n3, 135n33.

Ambrogi, Arturo, 90, 95, 98.

Ávila, Julio Enrique, 7 y ss., 119, 192-193.

Baratta, María de, 15, 37, 51n88, 82, 111, 114, 117, 129, 139n94, 139, 141, 145, 167, 192, 198, 200.

*Boletín de la Biblioteca Nacional*, 2, 38n3, 89, 91, 95, 102, 104, 122, 125, 127, 135n31-32, n39 y n42-43, 136n45-48, n50, n53 y n57, 138n71 y n84, 139n84 y n87, 98, 132n2, 133n16, 134n28, 137n68, 178n46, 202n12.

Borges, Jorge Luis, 34, 51n86.

Borgeano, 29, 32.

Brannon, Max, 2, 120, 138n76, 139n87, 167, 191, 192.

Cáceres Madrid, Luis Alfredo, 2, 28, 101, 102, 105, 111, 117, 126, 141, 151, 167, 187, 190, 200.

Calderón, José Tomás, 39n13 y n16, 44n34, 46n45, 61, 70, 71, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 89, 91, 95, 96, 97, 98, 100, 106, 127, 133n13 y n19, 134n24 y n26, 189.

Casamalhuapa, Amparo, 105, 138n84.

Castro Ramírez, Manuel, 26, 27, 42n29, 91, 95, 99, 120, 192.

Cárdenas, Lázaro, 112, 164, 183, 186, 188, 196, 198-199.

Cervantes y Saavedra, Miguel de (cervantino), 71, 82, 84, 85, 101, 104, 125.

Dalton, Roque, 8, 9, 12, 20, 22, 23, 26, 29, 30, 32, 33, 34, 35, 37, 40n19, 45n41, 46n45, 47n.52-58, 48n66-67 y n69, 49n72 y n.75, 50n76-82, 51n83-84 y 87-89 52n89-90, 145, 201n5.

Enzensberber, Hans Magnus, 30, 65-66.

Espino, Alfonso (padre), 73, 87, 91, 82, 85, 86, 87, 91, 120, 204n37.

Espino, Alfredo, 39n11, 82, 86, 120, 126, 192, 203n37.

Espino, Miguel Ángel, 2, 15, 102, 105, 114, 129, 136n47, 139n87, 204n37.

Espinosa, Francisco, 24, 52n89, 136n49, 200.

Espinoza, Pedro Ángel, 95, 117, 119, 140, 166-167, 179, 190, 192.

Flores, Saúl, 24, 25, 33, 36, 44n34, 46n51, 60, 134.

Gandhi, Mahatma, 91.

Gallegos Valdés, Luis, 45n42, 170.

García, Miguel Ángel, 104.

Garibay, Ángel María, 39n13, 128, 139n91.

Gavidia, Francisco, 2, 15, 34, 35, 37, 39n11, 49, 50n80, 70, 71, 82, 90, 91, 92, 95, 97, 98, 99, 101, 104, 106, 120, 129, 134n26, 135n54, 190, 192.

Geoffroy Rivas, Pedro, 15, 21, 34, 39n11, 40n13, 45n41, 47n55, 63, 102, 128, 197.

González y Contreras, Gilberto, 15, 39n11, 45n45, 63.

Gordoa, Marcos, 39n13, 128, 139n91.

Grupo Masferrer, véase: Masferrer Grupo.

Gould, Jeffrey L. y Aldo Lauria-Santiago, 40n15, 43n24, 48n63, 77.

Guerra Trigueros, Alberto, 38n3, 95, 98.

Guzmán, David J., 84, 85, 87,

Haya de la Torre, Víctor, 17, 42n19, 43n20, 63, 77, 89.

Hernández Martínez, Maximiliano, 1, 2, 3, 17, 28, 30, 39n16, 37n3 y n4, 44n29, 67, 92, 95, 97, 98, 99, 101, 105, 106, 107, 108-110, 111, 113, 115-117, 118, 120, 122, 123, 124, 125, 127, 128-130, 132n7, 134n26, 135n30, 138, 140, 141, 142, 147, 148, 153, 160, 165, 169, 183, 186, 194, 196-198, 199, 201n3-4, 202n10, 204n42.

Conferencias, 89, 123, 134n25-26, 137n58, 139n87.

Anti-imperialista, 71-73, 98, 118, 125, 127, 142, 186.

Martinato, 2, 3, 16, 28, 30, 38n4, 40, 42n20, 46n50, 48n63-65, 52n89, 66, 69, 70, 71, 74, 75, 79, 81, 82, 97, 101, 102, 107, 108, 114, 115, 117, 118, 120, 125, 126, 127, 128, 131, 132, 132n6, 136n47, 142, 145, 147-149, 150, 153, 158, 159, 160, 164, 166, 168, 169, 176n17, 184, 186, 187, 189, 193, 194, 197-200.

En 1955, 141 y ss.

Jiménez Alpízar, Octavio (Juan del Camino), 23, 75, 122.

Jiménez, Tomás Fidas, 61, 134n26, 195, 197, 200, 205n52.

Krishnamurti, 113, 187-188, 189.

Landarech, Alfonso María (Tapón), 7, 26, 36, 47n455-56.

Lardé de Venturino, Alicia, 19.

Lardé, Zelia, 190.

Lars, Claudia (Carmen Brannon), 2, 13, 18, 19, 37, 60, 95, 107, 117, 120, 126, 139n88, 145, 167, 191, 192.

Lindo, Hugo, 24, 26, 120, 173, 192.

López Vallecillos, Ítalo, 22, 45n44, 46n52.

Martí, Farabundo, 3, 13, 36n3, 88, 137n58, 142.

Martínez Molina, Carlos, 24,

Cypactly, 24, 25, 27, 36, 38n4, 40, 46n49-50 y n73, 60, 62, 63, 95, 97, 98, 99, 103, 120, 122, 125, 127, 129, 133n13 y n17, 134n25 y n28-29, 135n41 139n88 y n93, 141.

Masferrer, Alberto, 2, 3, 28, 34, 42n19, 90, 91, 95, 104-105, 106, 120, 126, 136n56, 145, 187, 190, 192, 194, 203n37.

Grupo Masferrer, 2, 3, 70, 71, 110, 102, 104-105, 120, 137, 187, 199, 200.

Homenaje del martinato, 104, 107, 117, 122, 127, 131, 133n16.

Masferreriano/a, 106, 126, 142, 186, 198, 199, 204n37.

Viuda de Masferrer, 2, 104, 105, 120, 137n58, 145, 187.

Mejía Vides, José, 2, 6, 28, 43n20, 101, 102, 105, 114, 116, 117, 118, 139n87, 141, 149, 151, 154, 155, 156, 167, 169, 170, 179, 184, 187, 190, 191, 192, 193, 194, 198, 200, 201n3.

Mejía Vides, Luis (hermano), 115, 117, 149, 149, 179, 168, 169, 189.

Mistral, Gabriela, 8, 9, 12, 10, 11, 13, 14, 15, 18, 19, 20, 22, 26, 34, 30, 33, 36, 37n1, 38n2 y n5, 39n8-11, 40n15, 43n25-29, 44n30 y n35-37, 95, 108, 130n32.

Mussolini, Benito, 11, 120, 192.

Ortiz Villacorta, Miguel, 84, 88, 95, 117, 119, 140, 151, 167, 190, 192, 200.

Peralta Lagos, José María (T. P. Mechín), 40n13, 86, 87, 89, 92, 95, 96, 98, 99, 100, 133n13, 192.

Quiteño, Serafin (Quino Caso), 98, 105, 118, 127.

*Repertorio Americano*, 10, 11, 13, 38n3, 39n9, 41n17, 42n20, 43n27, 53, 57, 75, 95, 99, 111, 113, 116, 119, 120, 122, 125, 129, 132n4-5, , 134n30, 139n89.

Salarrué, 2, 13, 23, 28, 46n46, 60, 63, 70, 71, 82, 97, 98, 102, 105, 106, 111, 113, 114, 118, 126, 127, 129, 131, 133n15, 134n26, 135n31, 137n58, 139n88, 140, 141, 142, 197, 198, 200, 201n3-4.

*Amatl*, 103, 120.

Biblioteca Nacional, 69, 101, 137n.68.

*Cuentos de barro*, 131.

*El Cristo negro*, 190.

*Remotando el Ulúan*, 81,.

Pintura, 147 y ss.

Sandino, César Augusto, 2, 3, 11, 17, 28, 37n2, 38n2-5, 67, 77, 81, 88, 90, 98, 107, 108-110, 111, 127, 135n33, 140, 142.

Sandino, Gregorio (padre), 2, 3, 26, 28, 30, 35, 66-68, 86, 107, 108-110, 160, 186.

Sandinismo, 2, 8, 9, 11, 14, 17, 20, 38n3-4, 42n19, 73, 75, 77, 81, 97, 98, 111, 132n7, 142.

Schultze-Jena, Leonhard, 189.

Tagore, Rabindranath, 85, 189.

Teosofía, 63, 69, 77, 81, 85, 86, 87, 90, 107, 11, 97, 113, 115, 125, 129, 169, 184, 187, 197, 200.

Toruño, Juan Felipe, 38n3, 45n40-41, 51n88, 73, 82, 85, 86, 87, 89, 90, 95, 97, 99, 102, 123, 129, 133n12, 135n33.

Trigueros de León, Ricardo, 18, 38n3, 44n30-32, 178n46.

Universidad Nacional, 15, 16, 17, 20, 27, 33, 41n17, 42n19, 46n49, 95, 99, 102, 120, 142, 143, 145, 151, 192.

Valdés, José, 91, 98.

Vasconcelos, José, 8, 9, 16, 20, 33, 41n17, 43n28, 44n29, 49n73, 63, 85, 88, 91.







